This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

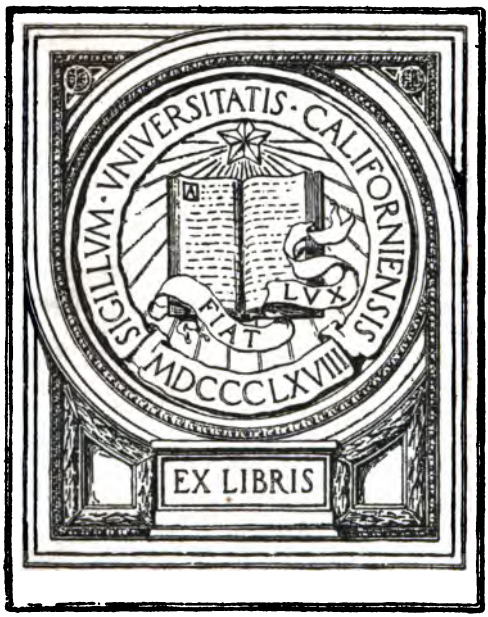
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 315 875

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



nov

Veladas de la familia

NOVELAS CORTAS

POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

El Tesoro de la casa.—Filipina
La Corona nupcial.—Modestia y vanidad
La Maestra de escuela

MADRID:
JUAN ROLDAN
9—Nuncio—9
1890

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 5191

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

J. C. CEBRIAN

MADRID, 1890.—Tipografía Franco-Española, 26-Bailén-26.

UNIV. OF CALIFORNIA

EL TESORO DE LA CASA.

I

En un comedorcito elegante, pero modesto de la calle Neuve-des-Petits-Champs, una señora y una jovencita, vestidas de luto, se hallaban sentadas cerca de una mesa completamente dispuesta, y parecían esperar la llegada de alguna otra persona.

—Ya deben ser las once, mamá,—dijo la joven levantándose y yendo hacia la ventana,—¡papá tarda mucho!

—¡Quiera Dios que su viaje haya sido bueno!—respondió la madre con un ligero tinte de tristeza.

—¿Y crees tú, mamá, que mi prima querrá venir á París?—preguntó la joven;—ella misma nos ha escrito, que, después de su padre, nada amaba tanto en el mundo como su pueblo, su jardín y sus pollos.

—¡Ay, hija mía!—repuso la dama;—la

339894

UNIV. OF CALIFORNIA

pobre Mariana, ahora que es huérfana, no pensará ya en esas cosas.

—¿Y mi prima se quedará para siempre con nosotros, mamá?—preguntó la joven.

—No puedo decírtelo, mi querida Enriqueta,—repuso la madre;—tu papá será quien decida en este asunto, pues que él ha sido nombrado tutor de Mariana, como hermano de su padre.

—¿Sabrá Mariana tocar el piano?

—Sin duda que no, hija mía, porque perdió á su madre demasiado pronto; su padre se ha ocupado siempre del comercio y de sus negocios, no ha puesto á su hija en el colegio, y yo presumo que la educación de la pobre niña ha sido muy descuidada.

—¿De modo, mamá, que será una verdadera aldeana?

—Esperemos á verla para juzgarla, y como quiera que sea, Enriqueta piensa que es tu prima, que es huérfana, y que tú debes ser para ella buena, dulce é indulgente.

El sonido de la campanilla interrumpió á madama Derval, que se levantó en seguida y exclamó:

—¡Ya están aquí!

En efecto, la puerta se abrió, y monsieur Derval entró conduciendo por la mano

á una jovencita pequeña y flaca, de tez morena, y cuyo rostro estaba medio oculto por un velo de crespón negro sujeto á su deteriorado sombrerito.

El recién llegado abrazó á su esposa é hija y luego les dijo:

—Aquí tenéis á Mariana: querida mía,—añadió dirigiéndose á su esposa,—te traigo una segunda hija, y espero que la amarás como á tal.

—¡Que sea muy bien-venida!—dijo madama Derval abrazando tiernamente á la huerfanita.

—Enriqueta,—prosiguió el padre,—esta es tu prima; pero de hoy más, quiero que sea tu hermana, porque desde hoy no volveréis á separaros.

Enriqueta, que era más alta que Mariana la abrazó también, inclinándose hacia ella con bastante frialdad.

—Hija mía,—prosiguió monsieur Derval volviéndose á su sobrina,—aquí estás en tu casa. Enriqueta, lleva á tu prima á tu cuarto, ayúdala si te necesita, y en seguida que haya descansado un poco y se haya lavado y aseado, vuélvela á traer para almorzar.

Y monsieur Derval depositó un beso en la frente de su sobrina.

—Mi querida amiga,—dijo á su esposa tomando asiento á su lado,—mi viaje ha sido muy triste, según ya te lo he escrito; hallé á mi llegada á Abbeville, á la pobre huerfanita llorando con una anciana criada en la casa que mi hermano habitaba y que estaba casi desprovista de muebles; después de haber consolado lo mejor posible á la desgraciada niña, me he ocupado de negocios de interés; como me lo había figurado, mi hermano ha dejado deudas solamente; había sido muy desgraciado en sus negocios durante estos últimos años... He reunido á los acreedores, con los que me he convenido lo mejor posible; después he hecho anunciar la casa en venta, y he encargado al notario que salde todas las cuentas al instante que la venta tenga lugar; espero que el precio de la casa bastará á satisfacer á todos, pues tiene jardín y un corral bien provisto de aves: arreglado todo, he dicho á mi sobrina que preparase su pobre equipaje y la he sacado de aquella triste casa.

—¡Pobre niña!—exclamó madama Derval,—¡nada le queda, pues, en el mundo!

—Nada.

—¿Y cuáles son tus proyectos acerca de esa niña?

—No pueden ser otros que tenerla con nosotros y reemplazar tanto como sea posible á mi pobre hermano.

—Yo pensaba lo mismo,—repuso madama Derval después de algunos instantes de reflexión,—y sin embargo...

—Será preciso hallar un medio de hacer economías, para poder mantener y vestir á Mariana.

—¿Pero cómo? ¡Ya vivimos tan modestamente!

—Mira,—dijo monsieur Derval;—ya hace veinte años que soy cajero en la casa Descombres, voy á pedir un aumento de sueldo.

—¡Es una buena idea!—exclamó alegremente madama Derval:—te estiman mucho y te concederán el aumento, porque lo pides con justicia.

—Me ocurre otra idea,—prosiguió el señor Derval.

—Sepámosla.

—Tú tienes una vieja casa de campo con honores de castillo.

—¿Ese vetusto edificio que mi tío me ha dejado?—preguntó riéndose madama Derval;—¡gran cosa es por cierto, sólo lo estimo como una memoria del difunto, mas para nada vale!

dad? ¡Qué lástima que no la hayan educado!

—No he tenido tiempo para interrogarla acerca de esto,—repuso monsieur Derval,—lo que sí he podido notar, es que tiene una destreza maravillosa para todo lo que hace; me parece que es muy activa y muy laboriosa, y creo que Enriqueta tendrá en ella un buen ejemplo, y que dejará de jugar con las teclas del piano durante horas enteras y de ser tan descuidada y tan indiferente en todas sus acciones.

II

No bien llegó Mariana á la habitación de Enriqueta, se desembarazó de su sombrero y de su chal, y puso en orden todos los objetos que se hallaban en su reducida y deteriorada maleta de viaje.

Si Enriqueta hubiera estado menos prevenida contra su prima, hubiera reparado en las magníficas trenzas negras, sedosas y brillantes, que daban la vuelta tres veces á la

cabeza pequeña, fina é inteligente de Mariana; sus ojos negros, grandes, rasgados y aún húmedos de lágrimas recientes, brillaban entonces con la dulce luz del reconocimiento.

Arrodillóse delante del gran armario que encerraba los vestidos y ropa blanca de su prima, y se puso á arreglar en la parte inferior su modesto equipaje, con tanta destreza como agilidad.

—¿Donde vas á colocar todas esas botellas y todos esos cucuruchos de papel?—preguntó Enriqueta mirando la maleta abierta;—¡ya no queda sitio en mi armario!

—Los dejaré en la maleta, prima mía,—respondió Mariana con dulzura;—nada temas, porque no quiero incomodarte.

Dicho esto, Mariana tomó un cepillo, y se puso á limpiar cuidadosamente su vestido negro, no sin haber entreabierto antes la ventana.

—¿Acaso no vas á cambiar de traje?—preguntó Enriqueta que la miraba.

—Sólo tengo este vestido,—respondió la pobre Mariana.

—Por cierto que, aunque viejo ya, está muy bien hecho,—observó Enriqueta.

—¿Te parece bien de veras? Pues yo lo he cortado y cosido.

—¡En verdad que tienes mucha habilidad, prima mía!

—Trato, á lo menos de tener alguna,—respondió Mariana modestamente,—porque es tan agradable como económico el poderse hacer una misma los vestidos.

—Creo que tienes razón,—observó Enriqueta,—yo estoy siempre incomodada con mi modista; ya ves mi vestido, tiene un gran defecto en la espalda, y sin embargo, me lo ha hecho una modista cuya habilidad es muy alabada.

—¡Oh! ¡Es muy fácil de arreglar!—dijo Mariana examinando el defecto,—quítatelo, y en un instante lo dejaré á tu gusto.

—Supuesto que ya has terminado, vamos á almorzar;—dijo Enriqueta sin pensar en dar gracias á su prima por su buen deseo.

En la mesa, monsieur Derval no pudo menos de admirar la graciosa vivacidad de su sobrina; tres ó cuatro veces se levantó para ir á tomar del aparador diversos objetos que faltaban al servicio, y para ofrecerlos á su tía y á su prima: se la veía siempre pronta á satisfacer los deseos de ambas, teniendo la vista fija en todo, como si fuera el ama de la casa, y esto con una naturalidad amable y sin ninguna afectación.

—Mi prima ha traído su biblioteca,—dijo de repente Enriqueta,—he visto libros en su maleta.

—¡Oh! ¡Una biblioteca que no es pesada! Tengo cuatro volúmenes, ni más ni menos, y desgraciadamente sólo esos he leído, por lo que soy muy ignorante.

—¿Cómo se llaman esos libros?—preguntó monsieur Derval.

—Uno de ellos es una *Historia de Francia,* el otro es una *Geografía*, los otros dos son una *Botánica* y un gran *Tratado de la buena ama de casa.*

Enriqueta no pudo reprimir una sonrisa.

—Son cuatro excelentes libros,—observó monsieur Derval;—por ellos debía empezar siempre la educación de la mujer.

—De modo, prima mía,—dijo Enriqueta,—¿que no sabes el italiano ni el inglés?

—¡Oh! No, prima mía, sólo sé el idioma que se habla en el país en que he nacido.

—Eso es lo principal,—dijo el padre.

—¿Sabes música?—preguntó Enriqueta.

—¡Ay! No,—respondió Mariana,—y no obstante, ¡me gusta tanto la música! ¡Hasta cuando trabajo tengo la mala costumbre de cantar!

—¿Y dibujar, sabes?

—No, —contestó ingénuamente Mariana,—ya te he dicho, prima mía, que lo poco que sé lo he aprendido sola en mi biblioteca.

—Entonces,—dijo la incorregible Enriqueta,—si no sabes ni el italiano, ni la música, ni el dibujo, creo que tus libros no te han enseñado gran cosa.

—Eso es lo que veremos más tarde,—dijo monsieur Derval, levantándose de la mesa,—yo voy á mi despacho; pasado mañana es domingo, y si Mariana ha descansado del todo, la haremos conocer alguna cosa de París: hasta entonces, querida Enriqueta, cuento contigo para iniciar á tu prima en nuestra vida y nuestras costumbres.

—Yo voy á salir ahora mismo, hija mía,—dijo madama Derval; —tengo varias cosas que hacer. Enriqueta, te recomiendo á tu prima.

Las dos niñas quedaron solas; Enriqueta llevó á Mariana á su cuarto y le fue enseñando sus vestidos, sus chales, sus sombreros, y algunos lindos juguetes, que á pesar de sus diez y seis años, la entretenían todavía; luego la hizo entrar en el salón, abrió el piano, y tocó unos lanceros de grande efecto, que hicieron abrir á Mariana sus grandes ojos llenos de asombro.

Llegó después la exposición de los dibujos, Enriqueta abrió su álbum y empezó á volver las hojas delante de su prima que guardaba silencio.

—Mira esta vista que he dibujado,—dijo madamoiselle Derval,—es de nuestro castillo.

—¿Y le iremos á habitar cuando llegue el verano, verdad? ¡Oh, cuanto me alegraría!—exclamó Mariana.

—A tí te gustará mucho el campo,—observó secamente Enriqueta,—como que te han educado en él.

—No lo creas, he vivido casi siempre en Abbeville, prima mía.

—¡Abbeville! ¡Gran población, como quien dice una aldea! Para tí será lo mismo que estar en Abbeville, ir á nuestro castillejo ó casa de campo, que más merece este nombre por lo fea y destartalada; pero cuando una ha nacido parisiense, cuando no se ha dejado nunca á París, es muy triste el irse á confinar en un caserón arruinado.

—Sin embargo, querida Enriqueta, según he oído decir, los alrededores de Etampes son encantadores; hay bosques enteros de viejos árboles; extensos viñedos; hay montañas, rocas, arroyos y una campiña siempre verde y risueña.

—Sí, sí,—repuso Enriqueta desdeñosamente,—se admira el cielo puro, se aspira el aire fresco; pero yo quiero mejor admirar á París, sus fiestas y sus placeres: á mí me agrada más vivir entre gentes bien educadas é instruídas que entre aldeanos.

Mariana calló; Enriqueta que se había puesto de malísimo humor á la vista de la casa de campo de sus padres, en la que con tanto disgusto había pasado dos meses, tomó una tapicería, se sentó al lado de la ventana, y se absorbió en sus pensamientos, nada alegres á la verdad.

Al cabo de algunos instantes, Mariana se atrevió á romper el silencio.

—¿Y yo, qué hago?—preguntó tímidamente.

—¿No tiene una tapicería empezada?—observó Enriqueta.

—No, prima mía,—respondió humildemente la niña,—nunca he hecho tapicería.

—¡Ah, ya! No sabes bordar en cañamazo; ¿y en blanco?

—Tampoco sé.

—Entonces, ¿qué es lo que hacías en Abbeville?

—Componía mi ropa blanca y la de casa; ponía todas las cosas en orden, y después

iba con nuestra criada Petra á cojer hierbas al campo; pero ahora toda mi poca ropa está arreglada y zurcida, y como no estoy en mi casa ni conozco las costumbres de ésta, no sé lo que hay que hacer.

—Pero, mi querida prima,—dijo Enriqueta asombrada,—las faenas de la casa no son para tí; ¡mis papás no tienen intención de tratarte como á una criada!

—Ya me lo figuro,—dijo sencillamente Mariana;—pero estoy tan poco acostumbrada á estarme ociosa, que me fastidio cuando no hago alguna cosa; si quieres cambiar de traje, te arreglaré el que llevas y esto me entretendrá.

—¡Vaya una diversión!—dijo Enriqueta riendo.—¿Y cómo con solos catorce años has de saber arreglar un vestido de seda? ¡Puedes echarlo á perder más!

—No lo temas, prima mía.

Enriqueta fue á su cuarto y cambió de vestido; al entrar de nuevo en el salón, trayendo el que había de componerse, halló á Mariana ocupada en quitar el polvo á los candelabros y á las lámparas, con un plumerito que había hallado sobre la chimenea.

—Decididamente,—pensó,—esta muchacha tiene la manía de la actividad.

Mariana tomó el vestido de su prima, descosió un lado de la espalda y recortó un costadillo, que por ser largo, se arrugaba; al cabo de una media hora de coser, Mariana, bajo cuyos dedos el trabajo volaba, presentó á su prima su traje admirablemente arreglado.

Enriqueta quedó muy satisfecha, pero su prima, así que se vió ociosa, volvió á ponerse pensativa y preocupada.

Madamoiselle Derval, silenciosa, bordaba lentamente y con un aire profundamente fastidiado, cuando llamaron ligeramente á la puerta, apareciendo un instante después Juana, la criada de la casa.

—Señorita,—dijo con acento lleno de embarazo,—son cerca de las cuatro y la señora no vuelve, ya es hora de poner la liebre al fuego.

—Ponedla, pues,—dijo Enriqueta.

—Es que la señora me ha dicho que tenía que aderezarla con salsa de cebolla y yo no la sé hacer.

—¿Cómo, no sabéis hacer una salsa? Una cosa tan usual en la cocina...

—La salsa no la sé hacer, señorita,—repuso Juana toda confusa y dando vueltas á una punta de su delantal entre las manos;—

si vos quisierais decirme cómo se prepara!

—¿Acaso lo sé yo?—exclamó Enriqueta con enojo;—eso es cuenta vuestra y no mía; todas las cocineras saben hacer salsas.

—¡Ya previne á la señora, cuando me recibió, que yo sabía pocos guisos; por eso me quedé por tan poco salario!

Enriqueta iba á estallar en dicterios contra la criada; pero Mariana dijo suavemente:

—Si quieres, Enriqueta, yo la enseñaré; sé hacer la salsa de cebolla.

—¡Ah, es verdad!—exclamó Enriqueta riéndose burlonamente,—no me acordaba de que tenías el tratado de *La buena cocinera.*

—De *La buena ama de casa*, prima mía, y ya ves cómo esto puede servir algunas veces,—dijo Mariana siguiendo á Juana.

En la comida, monsieur Derval dijo que en su vida había comido una liebre más delicadamente compuesta. Juana, que estaba sirviendo á la mesa, dijo:

—La señorita Mariana me ha enseñado á hacer esta salsa.

Enriqueta se puso á reir á carcajadas, pero su padre le dirigió una mirada tan severa, que la obligó á bajar la vista encarnada y confusa.

III

Al día siguiente, Mariana, según su costumbre, se despertó á las seis; cansada de dar vueltas en su lecho, se vistió despacito para no despertar á su prima y salió de la habitación; recorrió toda la casa buscando en qué ocuparse, pero todos los aposentos estaban silenciosos y hasta la criada dormía; triste por no tener que hacer, fue á sentarse en el comedor, desalentada y con los ojos llenos de lágrimas.

Un instante después madama Derval salió de su cuarto.

—¡Cómo!—exclamó al verla.—¿Ya estás levantada? ¿Pero lloras? ¿Qué es eso? ¿Dónde está Enriqueta?

—Mi prima duerme,—dijo Mariana abrazando á su tía;—yo he salido despacito para no despertarla; si me he levantado pronto, tía mía, es porque esta es mi costumbre. ¡Perdonadme, vos sois tan madrugadora como yo!

—¿Pero por qué tienes los ojos llenos de lágrimas? ¿Estás mala? ¿Has dormido mal?

—¡Oh, no, tía mía! ¡Vos sois muy buena! Yo no estoy mala nunca, pero es preciso que me deis alguna cosa que hacer, porque no me podré acostumbrar á estar ociosa. ¡Me moriría de fastidio!

—¿Y qué, por eso lloras?—exclamó riendo madama Derval;—tranquilízate, que yo te daré ocupación.

—¡Pero vos no sabéis, tía mía, que yo soy muy ignorante, ni bordar sé! ¡Soy muy desgraciada al confesarlo, pero yo no sé hacer nada de lo que hace mi prima! ¡No obstante, os pido que me empleéis, por Dios, en alguna cosa! Yo sé cuidar una casa, porque yo cuidaba la de mi pobre papá en Abbeville.

—Yo te prometo ocuparte,—dijo la señora,—y ahora, para distraerte, te voy á llevar conmigo; iremos al mercado, porque hoy es sábado y haré las provisiones para dos ó tres días.

Un cuarto de hora después, madama Derval y su sobrina, seguidas de Juana, que llevaba un gran cesto, llegaban á la iglesia de San Eustaquio, que se eleva delante de los mercados del centro.

—Entremos á rezar,—dijo madama Derval.

Cuando la huérfana hubo elevado su corazón hacia la Providencia, que acababa de darle una nueva familia, se dedicó á admirar las altas bóvedas majestuosas y elegantes, las capillas escultadas, las bellas pinturas y la admirable decoración de aquel hermoso templo.

El mercado excitó también su admiración.

Mariana siguió con atención las instrucciones de madama Derval; cuando volvieron á casa, le dijo dulcemente:

—Mi querida tía, creo que yo sabré hacer las compras como vos; si no queréis levantaros tan temprano, yo os reemplazaré é iré con Juana.

—Eres una excelente niña y te doy gracias por tu buena voluntad,—dijo madama Derval muy enternecida del ofrecimiento de su sobrina:—ya veremos.

Después de la adquisición de las provisiones para la despensa, enviaron á Juana á casa con el cesto, y madama Derval y su sobrina entraron en una tienda de telas, donde aquella hizo algunas compras.

Cuando volvieron á casa aún dormía Enriqueta y entraron en el comedor; madama

Derval puso sobre la mesa algunos paquetes y dijo á su sobrina:

—Aquí tienes ocupación, hija mía. He visto en tu maleta patrones de vestido y de paletot y aquí tienes tela para un traje de alpaca negra, bonita y fina, y percal blanco para enaguas; ya no podrás sentir en algunos días la falta de quehacer.

—¡Ah, tía mía!—exclamó Mariana.—¿Conque todas estas compras eran para mí? ¡Cuan buena sois y qué agradecida os estoy!

Y la niña desenvolvió los paquetes y se puso á contemplar las telas con tanta admiración como enternecimiento.

—¡Pero esto es demasiado hermoso para mí!—dijo mirando la alpaca,—esto debe ser para mi prima. Tía mía, no os enfadéis... pero yo creo que Enriqueta debe tener vestidos usados y pasados de moda, que no querrá llevar...

—¡Y qué!—repuso madama Derval.—¿Piensas, querida Mariana, que yo consentiré en que vistas los deshechos de tu prima? No, no, eso es para tí.

—Tía, yo soy más pequeña de estatura que Enriqueta,—dijo Mariana,—y además,—añadió con su bella y angelical sonrisa,—vos no sabéis, tía mía, que yo tengo un-

talento muy particular, como decía mi papá, para hacer de cosas viejas cosas nuevas. Dejadme probar y veréis, y si queréis hacerme muy dichosa, guardemos esta hermosa alpaca tan brillante y tan fina, para hacer á mi prima un lindo traje de luto de verano; ella tiene en este gran París amigas elegantes, lo sé porque me lo ha dicho; yo no tengo conocimiento alguno y de cualquier manera estoy bien, y con esta tela nueva haré yo un traje á mi prima, según mi gusto. ¡Ya veréis qué bonita está, tía mía!

Madama Derval se enjugó con disimulo dos gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas, y dijo á Mariana:

—Quédate, á lo menos, la tela para las enaguas.

—¿No iremos este verano á la casa de campo?—preguntó aquella.

—Nos iremos dentro de muy pocos días,—respondió la señora,—así lo ha dicho tu tío.

—¡Ah, tanto mejor!—exclamó Mariana,—yo adoro el campo; pero tía mía, ¿he de hacerme enaguas blancas para correr por el jardín? ¡Oh, no; tendría miedo de mancharlas y la pobre Juana no tendría tiempo bastante para lavar! Yo he visto en el armario de Enriqueta algunos vestidos viejos de per-

cal y haré de ellos lindas faldas interiores para mí; les pondré un ribete de un galón de lana, y podré ir de la bodega al granero y del granero al jardín, sin temor de romper enaguas blancas y delicadas como las que lleva Enriqueta, y de las que yo nunca he tenido: y además, yo guardo algunas varas de una guarnición bordada que me regaló una señora de Abbeville y podré guarnecer dos de las que tengo; eso es de buen gusto, porque lo he visto recomendado en el periódico de modas que recibe Enriqueta.

—Pero, hija mía,—exclamó madama Derval,—tú eres demasiado buena, demasiado modesta. ¿Temes serme gravosa, no es verdad? Tranquilízate, pues, y déjame hacer por tí á lo menos lo que pueda, que no será mucho; esas compras son de algunos ahorrillos que yo tenía, y las he hecho para tí.

—Yo os doy mil gracias, mi buena tía,—dijo Mariana,—pero mirad, tan póco acostumbrada como estoy á tocar el piano y á bordar, estoy á llevar esas cosas... ¡Ah! creo que oigo á Enriqueta: guardaré todo esto, porque quisiera darle una sorpresa.

En un instante Mariana volvió á hacer los paquetes, y los sumergió en el fondo de un armario del comedor, mientras que su tía,

admirada y enternecida, iba á contar esta conversación á su marido.

Un gran armario, que contenía los trajes fuera de uso, fue puesto á disposición de Mariana, con gran contento suyo, aquella misma tarde; al instante halló de qué hacerse media docena de faldas de color, y después llevó al comedor un vestido negro y otro gris, desdeñados por Enriqueta, pero aún en buen estado.

Mariana traía además en la mano dos de las pequeñas botellas que se habían quedado en su maletilla de viaje, y de las cuales tanto se había burlado su prima.

Descosió agilmente los vestidos, y extendiéndolos sobre la mesa se puso á limpiarlos con el agua de los frascos, dejando muy pronto la tela fresca y como nueva.

—¿Quién te ha dado esa agua?—le preguntó Enriqueta no pudiendo menos de reconocer la ventaja del líquido.

—Yo la he hecho,—respondió sencillamente Mariana,—se compone sólo de algunas hierbas y de alcohol, y es la mejor de las aguas conocidas para limpiar telas, aunque sean las más delicadas.

Mariana empleó todo el día del sábado en limpiar y preparar los dos trajes viejos de

su prima; al día siguiente, que era domingo, Monsieur Derval y su familia fueron con su sobrina á visitar el Louvre y las Tullerías.

El lunes, á las seis de la mañana, Mariana se hallaba cosiendo en el comedor, y el sábado siguiente por la tarde, presentó á su tía y á su prima dos trajes, que le estaban maravillosamente, y seis enaguas de percal de fondo blanco con florecitas y cuadros, bordeadas cada una de una cinta de lana del color del dibujo.

—No están mal hechas las enaguas,—observó Enriqueta desdeñosamente,—pero supongo que no pensarás salir en París con ellas.

—No, prima mía,—respondió la huerfanita,—estas están destinadas solamente al campo; mientras estemos en París, tengo todavía dos enaguas blancas que llevar.

Acercándose luego á madama Derval, le dijo en voz baja:

—Ahora, querida tía, ya he trabajado bastante para mí, y os suplico que me dejéis ocuparme de mi prima durante las madrugadas; de este modo, mientras vais á paseo, le haré su traje nuevo.

Pocos días después anunció monsieur Derval en el almuerzo, que el viaje al campo es-

taba próximo, y que convenía hacer los preparativos de la marcha.

—¡Dios mío!—exclamó su esposa,—que tragín nos espera. ¡Ahora una mudanza de casa.

—Es preciso,—observó monsieur Derval;—avisé al casero que dejábamos el cuarto, se ha alquilado y la semana que viene quiere ocuparle ya el nuevo inquilino.

Enriqueta dejó escapar un profundo suspiro; aunque ya sabía que se iban al viejo caserón que tanto detestaba, no creía que la marcha fuera tan pronto.

—Mamá,—dijo,—es preciso empezar nuestras despedidas desde mañana, y lo siento mucho, porque mi traje de luto se ha puesto muy ajado, ¿cómo haré? Todavía no puedo aliviarme el luto de mi tío con un traje gris, y no hay tiempo que perder.

—Prima mía,—observó Mariana,—no te desconsueles por tan poca cosa; ve al cuarto de mi tía y allí encontrarás con qué remediar ese mal.

Enriqueta, de muy mal humor, se dejó conducir por su prima al cuarto de su madre; pero una vez allí, la expresión de su rostro cambió por completo y la joven dejó escapar un grito de alegría.

Extendido sobre el sofá, se veía un lindo traje de alpaca con paletó igual, y una enagua fina adornada de un entredós bordado y de algunos plieguecitos menudos.

—¡Oh, que bonito es todo esto!—exclamó Enriqueta batiendo las manos con alegría.—¡Ah, mamá, cuanto te lo agradezco!

—No es á mí á quien debes agradecerlo,—observó madama Derval,—sino á tu prima; ella es la que te ha cedido esas telas, que yo había comprado para su uso, y ella la que ha cortado y cosido lo que ves.

—¡Oh, Mariana, que buena has sido para mí!—exclamó Enriqueta abrazando á su prima.

La huerfanita sintió que sus ojos se llenaban de dulces lágrimas de gratitud al recibir estas muestras de afecto.

—No me des gracias por eso, mi amada Enriqueta,—respondió,—soy ágil para coser y estoy tan acostumbrada á ello, que lo hago muy fácilmente.

—Según veo,—se dijo monsieur Derval,—mi sobrina va á mimar á Enriqueta tanto como mi mujer, y no es eso lo que yo desearía.

IV

Durante los días que costó de desalojar la casa y de preparar el viaje al campo, fue sobre todo cuando monsieur y madama Derval pudieron admirar la destreza y vivacidad de Mariana.

Mientras que Enriqueta se quejaba del polvo, del calor y de la fatiga, y no sabía por donde empezar al ver su ropa blanca, sus vestidos, sus alhajas y esos mil juguetes de tocador, tan caros para las jóvenes, Mariana abría riéndose las maletas y los guardaba en ellas con una ligereza maravillosa y un orden perfecto; arreglaba paquetes, los cosía, les ponía la dirección por escrito; embalaba las porcelanas, los vasos, las lámparas; acudía á todas partes, ayudaba á Juana con sus consejos, tanto como con sus manos, y reñía á su tía, que se fatigaba, decía, *sin deber hacerlo, puesto que ella estaba allí.*

De cuando en cuando, su vocecita pura y fresca cantaba una melodía que había oído

tocar á su prima en el piano, como si quisiera atestiguar su contento en medio de tan penosas faenas.

—Es un pajarito que alegra la casa,—decía su tía,—una hada benéfica que Dios nos ha enviado.

En fin, el día fijado todo estuvo pronto, y nuestros cinco personajes tomaron el camino de Etampes, después de haber hecho colocar los equipajes.

Al llegar al viejo castillo, Mariana dejó escapar exclamaciones de placer y de admiración, contemplando aquellas ruinas majestuosas, cubiertas de yedra, de musgo y de altas hierbas; admirando la cintura de grandes árboles que rodeaban la antigua casa, y el bosque sombrío y verde que delante de ella se extendía.

—¡Esto es expléndido!—exclamó la huerfanita;—Enriqueta, no me habías dicho nada de este hermoso castillo.

—Ya lo has visto dibujado en mi album,—repuso madamoiselle Derval.

—No creía... no suponía que fuera tan pintoresco.

—Un dibujo hecho por la mano de Enriqueta no puede dar sino una idea muy pobre de este sitio,—observó monsieur Derval.

—Tío mío, yo no he querido decir eso,—murmuró Mariana confusa del bochorno de su prima.

—Si no lo has dicho, al menos lo has pensado, como todas las personas á las que Enriqueta tiene la tontería de enseñar su álbum de dibujos con gran ostentación.

—Papá,—dijo Enriqueta colorada de despecho,—tú me has dicho, sin embargo, que había en él algunos buenos dibujos.

—Sí, por cierto, los primeros; los que hacías en el tiempo en que te aplicabas, porque no te creías una eminencia en el dibujo; hija mía, si quisieras, llegarías á ser algo; no se trata más que de *trabajar todos los días un poco*, poniendo en práctica la lección de Lafontaine.

Monsieur Derval salió de la estancia para ocuparse del arreglo de sus libros y papeles, y madama Derval quedó sola con las dos jóvenes para desembalar, pues Juana tuvo que ir á disponer la comida.

Enriqueta se dejó caer desalentada en un sillón y exclamó:

—Yo renuncio á esto; ¡dos veces en un día hacer y deshacer paquetes, es demasiado, estoy rendida y hasta mañana no puedo ocuparme de estas cosas!

—¡Bah!—dijo Mariana.—¡Si esto no vale nada! ayúdame un poco solamente, y verás qué pronto queda cada cosa en su sitio; yo deseo mucho acabar para ir á visitar toda la casa, el jardín y el bosque.

—¡Dios mío!—exclamó lánguidamente Enriqueta.—¿Y es para eso para lo que te das tanta prisa? ¿qué diversión has de hallar en esas correrías? ¡El bosque está húmedo, el jardín es de lo más feo! ¡no hay nada en él!

—¿Y las ruinas vestidas de musgo y de guirnaldas de liquen?

—Y llenas de arañas y de ratas.

—¿De modo que no querrás venir conmigo?—exclamó Mariana llena de asombro;—y sin embargo, debe ser muy hermoso el ir por las mañanas á la descubierta.

—¿Qué es eso de *la descubierta?* no te entiendo y me admira mucho que todo lo veas tan risueño.

—¿Pero acaso no es interesante el visitar los alrededores de un viejo castillo, las ruinas, las piedras y hasta los sitios cubiertos de espesa hierba? ¿Y el jardín y el bosque? ¡oh! eso es hechicero; tan pronto se descubren guirnaldas trepadoras de liquen y yedra, tan pronto animalitos que corren por la

hierba, y que el buen Dios cuida de alimentar: se hallan nidos de pájaros y hermosas flores salvajes...

—¡Sí, sí, es una gran dicha!—interrumpió Enriqueta con su sonrisa amarga y burlona,—vé á ver salir el sol, querida Mariana, ya que te gusta tanto madrugar; corre en el bosque y en el valle vecino, tanto como quieras; estropéate los vestidos, fatígate, pues que eso te gusta; en cuanto á mí, no quiero ir á ver salir la aurora, sino que ella venga á mi lecho á buscarme; después de todas las fatigas de un cambio de casa, pienso que está más puesto en razón el reposar un poco.

Mariana se sonrió al escuchar esta conclusión en los labios de su prima.

A la hora de la comida, gracias á su incesante actividad, se halló todo en su sitio, y todo en orden, y cuando Juana fue á avisarla que la esperaban en la mesa, no pudo menos de lanzar un grito de admiración al observar la acertada distribución y el arreglo perfecto del cuarto de la joven.

—¡Ah, señorita Mariana!—exclamó;—á todo lo que pasa por vuestra mano, parece que le cae una bendición; ¡qué bonito está esto, que limpio!

Al día siguiente, á las siete de la mañana, Mariana se puso sobre su calzado unos chanclos, se vistió con un traje de indiana negro con lunarcitos blancos, y, cubriéndose la cabeza con un sombrero de paja ligero y cómodo, salió *á la descubierta,* según ella decía con su ingenuidad de niña; empezó á recorrer el jardín, inmenso terreno plantado de árboles frutales, cuyas hojas empezaban á desenvolverse; dió la vuelta á los muros, altos y en buen estado; examinó los albaricoqueros y perales jóvenes que sólo exigían un poco de cuidado para dar en adelante una buena cosecha; las hierbas espesas y vigorosas acusaban una tierra nueva y fértil; en seguida se encaminó al bosque por una doble calle de castaños y de espinos, y admiró, con el profundo placer de un alma de artista, aquellos árboles seculares, cuyos troncos desaparecían bajo las guirnaldas de yedra: las ramas frondosas é incultas interceptaban el paso; por entonces tuvo que renunciar á penetrar en aquel santuario de verdor, y volvió atrás.

—Mi tío hará muy bien en mandar que poden su bosque,—se dijo Mariana,—y tendremos mucha y buena leña para el invierno.

Dirigióse por el lado de las ruinas, respirando el aire puro de la mañana, mirando el cielo azul tachonado de nubes de plata, cogiendo acá y allá una florecita ó una hierba, deteniéndose delante de un grupo de carrasca silvestre, como el pajarillo que reposa sobre una rama. Mariana escuchaba el canto de los insectos y los mil ruidos de la naturaleza, que se asemejan, por la mañana, á un himno de alabanza al Todopoderoso.

Llegó, por fin, la valerosa niña en medio de las ruinas: era una de las alas del grandioso castillo, que había venido al suelo con el peso de los años; desde allí, vió Mariana las altas paredes grises desgastadas y roidas por la yedra, y al lado derecho apercibió una larga escalera que conducía á un terrado, cuyo pavimento se hallaba cubierto de musgo verde y de algunas hierbecillas, nacidas en sus grietas, cuyas cabecitas estaban coronadas de una flor, canto de amor al mes de mayo.

El terrado, guarnecido de un pretil de piedra, dominaba todo el valle. Mariana tendió los ojos en derredor suyo, y dejó escapar un grito de sorpresa y de admiración.

Descubríase, por un lado, el bosque que se extendía como un magnífico manto de ver-

dor; por otro, inmensas viñas, anchurosas praderas, vergeles llenos de frutos y de flores y extensos jardines: á sus pies, y siguiendo la vía férrea, como un monstruo alado, llegaba un tren á todo vapor; á lo lejos se oía la campana de la ermita llamando á los fieles; toda la campiña se veía sembrada de quintas y de casitas blancas; un arroyo se deslizaba como una cinta de plata á través de la verdura de los campos; más lejos, colinas, bosques y otras ruinas que aparecían vagamente á través de los vapores del matinal rocío; los arbustos, los grandes árboles y hasta las hierbecillas, se mecían susurrando dulcemente; la voz del pastor, debilitada por la distancia, llamaba á lo lejos á los rebaños y á los perros que salían del establo.

El corazón de Mariana se elevó hacia Dios, y en una muda y ferviente plegaria, pidió al Criador que derramase sus bendiciones sobre aquel viejo castillo y sobre la familia que lo habitaba.

Eran ya cerca de las ocho cuando la huerfanita volvió á casa; Juana se hallaba en el umbral de la puerta y la dijo que todos se hallaban ya levantados.

—Entonces,—dijo Mariana,—ya puedo

ir á hacer una excursión al granero sin temor de despertar á nadie.

Pero, al llegar á la puerta, vió que ésta se hallaba cerrada, y tuvo que volver á la cocina, y buscar un grueso manojo de llaves enmoecidas para ver si hallaba la que le hacía falta.

—¿No sube nunca mi tía al granero?—preguntó á Juana.

—No, señorita,—respondió ésta,—ni el señor tampoco; este castillo les pertenece sólo desde el último verano, y la señora y la señorita le han habitado nada más que dos meses: el señor se quedó en París, á causa de no poder dejar su despacho, y la señorita Enriqueta no quiso estar aquí más largo tiempo, porque se aburría mucho.'

—Aquí hay una llave que me parece debe ser la de la puerta del granero,—dijo Mariana,—voy á ver lo que hay en él.

—Id, señorita, id,—dijo la buena Juana riéndose;—no es malo ser curiosa, pues siempre sirve para alguna cosa el serlo.

Mariana subió corriendo, abrió la puerta del granero y se halló en medio de un caos de toda clase de objetos; el anterior propiepietario debía haber relegado allí un mueblaje entero y numeroso; dos antiguas có-

modas muy grandes, guarnecidas de cobre cincelado, estaban medio ocultas por algunas viejas sillas descompuestas y por pedazos de alfombra en malísimo estado: sobre un artesón de madera se veía un gran reloj de remota fecha y una jaula de pollos, de las que se ponen en las cocinas, sostenía una enorme cantidad de libros devorados de polvo y cubiertos de telas de araña; muchos y grandes cuadros se hallaban vueltos contra la pared.

—Bueno,—se dijo Mariana;—en primer lugar he descubierto algunos objetos de lujo cuya existencia ignoran mis tíos; yo volveré; por ahora cierro y me guardo la llave en el bolsillo; lo que hay aquí vale algo.

V

El almuerzo se hizo más temprano que en París, y al levantarse de la mesa, monsieur Derval dijo que iba á buscar á un jardinero de las cercanías.

—Tu tía está un poco fatigada,—añadió dirigiéndose á Mariana,—así, yo te ruego que te vayas á paseo con Enriqueta hasta la quinta situada detrás del bosque; arréglate con la arrendadora para que nos traiga todas las mañanas leche y huevos, y ajusta el precio de estas provisiones; yo confío en tu buen juicio para este asunto.

—Tío,—dijo Mariana,—sólo compraremos huevos hasta que nosotros tengamos gallinas.

—Te dejaré el cuidado de tenerlas, mi pequeñita ama de gobierno,—observó monsieur Derval acariciando la mejilla de su sobrina y pensando que hablaba en broma.

Enriqueta salió con Mariana, no por su gusto, sino solamente para no incomodar á su padre; pero desde que empezó á andar empezó también á quejarse del mal camino y de la molestia de las hierbas que crecían en él; cuando llegaron á la quinta, Enriqueta se quedó á la puerta, diciendo que ella no tenía paciencia para hablar con los colonos, y Mariana entró sola á hacer su ajuste con la arrendadora, buena mujer que por muy poco precio se encargó de proveer al castillo de leche y huevos.

—La jaula de los pollos servirá,—dijo la

huérfana como hablando consigo misma al tomar el camino para volver á casa.

—¿Qué jaula?—preguntó Enriqueta.

—Una que he hallado en el granero,—repuso Mariana.

—¿Ya has subido al granero?

—Sí, esta mañana.

—¡Bueno estará de polvo y de ratas!

Una hora más tarde Mariana se hallaba sentada y cosiendo al lado de su tía.

A pesar de la agilidad de su aguja, se pintaba en su rostro una penosa indecisión. Dos ó tres veces levantó la cabeza y quiso hablar, sin atreverse á ello; por fin dijo con voz insegura:

—Querida tía, creo que me vais á reñir; me he atrevido á proporcionaros gastos nuevos; pero ya sabéis que para coger es preciso sembrar.

—¿De qué se trata?—preguntó la señora, que no podía menos de sonreir al ver la formalidad de su sobrina.

—He mandado á la arrendadora que nos traiga un saco de avena.

—¿Para los caballos?—preguntó con ironía Enriqueta.

—No, prima mía, para las gallinas. He escogido cuatro que por su color obscuro

deben ser muy ponedoras; dos son negras y dos grises; además, traerán un gallo y dos conejos.

—Esto va á ser una verdadera casa rústica,—dijo Enriqueta,—¡qué aumento de cuidados!

—Yo me encargo de los animalitos,—observó Mariana,—yo los cuidaré; sólo se comprarán huevos para el almuerzo esta semana, y luego nuestras gallinas los darán, y es un ahorro muy grande; además ya sé yo que á tí te gustan las tortillas de yemas y yo las sé hacer. En mi libro *La buena ama de casa* he aprendido á poner cluecas, y tendremos pollitos que luego serán hermosas gallinas. Todo esto, mi buena tía, ¿no es preciso en el campo?

Madama Derval iba á responder, pero en aquel instante entró la arrendadora, trayendo las gallinas y el gallo atados por las patas; un aldeanito, hijo de la buena mujer, conducía un cesto tapado y un saco de tela gris lleno de avena.

—Pero, ¿dónde vamos á poner todo esto?—preguntó aturdida madama Derval.

—En el corral, querida tía,—respondió la jovencita, que no se apuraba por nada;—allí hay alojamientos para las gallinas y ni-

chos para conejos; yo lo ví esta mañana registrando toda la casa. Ven, Enriqueta, y vamos á instalarlos en su nueva residencia.

—Ve tú sola,—contestó su prima,—esas cosas no me divierten.

Tres días después, Mariana entró corriendo en el comedor, trayendo dos huevos frescos en el delantal.

—¡Ved, tío mío!—exclamó,—¡mirad, tía! La arrendadora no me engañó al asegurarme que eran buenas ponedoras, y además, yo les he hecho tan excelentes nidos de paja, que se dan por muy satisfechas con poner en ellos.

—¿Y los conejos?—preguntó monsieur Derval.

—Aprecio mucho vuestra atención, tío mío,—dijo Mariana;—les va muy bien y tienen gran apetito; á Dios gracias no les falta buena hierba.

Como unos quince días después de la llegada al viejo castillo de la familia Derval, presentaba aquél un aspecto extraordinario. En el bosque se oía el ruído del hacha y el rumor de las ramas que caían. Pilas de leña se elevaban secándose al sol; dos hombres vigorosos trabajaban en el jardín y recogían en haces las hierbas inútiles y nocivas.

Cuando Mariana vió al jardinero preparar sus simientes, fue á su cuarto y trajo en el delantal una multitud de saquitos de papel, cada uno de los cuales llevaba su etiqueta.

Uno decía: *Simiente de rábanos, rosados y blancos.* Otro: *Simiente de zanahoria azucarada de Holanda.* Y en otros varios se leía: *Simientes de cebollas blancas, grandes y pequeñas; simiente de judías,* y *simiente de lentejas.*

—¿Quién te ha dado todo esto, Mariana?—preguntó madama Derval al examinar los paquetes.

—El jardinero del castillo de Abbeville, tía mía; estos son los cucuruchos de papel que se quedaron en mi maleta, y de los que se reía Enriqueta; el pobre hombre me regalaba esto para nuestro jardinillo; yo siempre he dicho que *el que guarda halla,* y ya veréis cómo ahora viene bien; porque habéis de saber, queridos tíos, que las legumbres y las ensaladas del castillo de Abbeville tienen fama por su calidad y su tamaño.

—Anda, da eso al jardinero,—dijo riéndose su tío,—de aquí á algunos meses, el castillo Derval tendrá tan buenas legumbres y ensaladas como el magnífico de Abbeville.

Una mañana, Mariana llevó misteriosa-

mente á su tío y á su tía al corral, y les mostró bajo el cobertizo una hermosa gallina gris, agachada é inmóvil en su nido.

—Debajo tiene doce huevos,—dijo la niña muy quedito;—se los he puesto yo, no los abandona; dentro de ocho días tendremos pollitos, y Enriqueta quedará sorprendida al verlos.

A la salida del corral Mariana corrió á la cocina, y suplicó á Juana que la acompañara al granero para ayudarla á bajar la jaula de pollos que se hallaba en él, á fin de tenerla preparada para los que iban á salir de los huevos.

Bien pronto la gallina gris tuvo alrededor una docena de pollitos, que picoteaban los granitos de avena que Mariana les extendía en el suelo. Una de las gallinas negras fue clueca también á los pocos días y, por último, una mañana, monsieur y madama Derval apercibieron bajo el cobertizo de los conejos un nido abrigado con estopa por la mano de Mariana, entre la cual asomaban una multitud de cabecitas con largas orejas.

Por la noche y después del paseo que seguía á la comida, Mariana hallaba también medio de ocuparse útilmente. Mientras Enriqueta, fatigada de su misma ociosidad y

agobiada de un humor desapacible, causado por el fastidio profundo que experimentaba, destrozaba en el piano una desgraciada sonata, Mariana se sentaba delante de un gran cesto, lleno hasta los bordes de retazos de paño y de lana, de cintas viejas y de trozos de toda clase de telas, los cortaba en largas tiras, los cosía unos á otros y formaba cojines y *portiers.*

Enriqueta la miraba alguna vez, se encogía de hombros con desprecio y retiraba su silla todo lo posible para no mancharse con el polvo que salía de *aquellos asquerosos trapos.*

Mariana veía esta pantomima, pero, dulce y paciente, seguía en su obra y guardaba silencio.

—Ya verás prima mía,—le dijo una velada,—lo que yo hago con esto que llamas *trapos,* y que en efecto lo son; de aquí saldrán, á fuerza de trabajo y de ratitos empleados con paciencia, excelentes y espesos tapices para las puertas del corrredor y para las escaleras. Esto será preferible para el invierno que viene, á pisar la piedra húmeda y helada y á las corrientes de aire que se cuelan por las puertas que dan al terrado y al jardín. ¿Qué había yo de hacer en es-

tos ratos perdidos? Tú tocas el piano, tus papás juegan al *ajedrez,* estas dos ó tres horas de la noche las aprovecho, y empleo esa inmensa cantidad de trapos que para nada sirven.

Mariana llamaba á las noches del estío *sus ratos perdidos;* las madrugadas las consagraba al cuidado de las aves del corral, á la limpieza de la casa y del pequeño parterre que el jardinero había llenado de flores; antes de almorzar hallaba tiempo para dar un paseo por las ruínas y en los alrededores del castillo, y siempre traía á casa alguna hierba útil, un ramillete de flores del campo y algunas veces un delantal lleno de achicorias, que daba á Juana para que las aderezase y las pusiera en la mesa, sabiendo que gustaban á su tía.

Los días los pasaba en trabajar con madama Derval; le ayudaba á arreglar los cajones de la ropa blanca, componía lo roto y cosía á la perfección; sin embargo, durante los eternos días del estío, tan largos para el trabajo y en los cuales monsieur Derval se hallaba en su despacho de París, era cuando Enriqueta se burlaba de su prima y procuraba revestir de ridículo todas sus acciones.

—Enriqueta,—le dijo un día su madre;—tú me afliges con tu carácter; ¿no ves, no comprendes que la pobre Mariana hace todo cuanto puede por ser agradable y útil á todos?

—Puede ser, querida mamá, que todos la hallen agradable,—repuso Enriqueta;—pero confesad que es para mí una muy triste compañía; ¿es culpa mía que no tenga yo los mismos gustos que ella? ¿puedo yo hacer que me agrade el correr por el jardín á las seis de la mañana, el fatigarme subiendo sin cesar del salón al granero y del comedor al gallinero? ¡yo me asombro cuando veo á papá extasiado ante todo lo que hace mi prima! pero entonces, ¿por qué si quiere que la imite me hace estudiar el piano y el dibujo?

—Ni tu padre ni yo exigimos que imites á Mariana,—observó madama Derval;—pero hija mía, es preciso hacer justicia á la destreza, á la actividad, al buen corazón de tu prima. Dios no ha destinado á todas las jóvenes para saber únicamente tocar el piano, dibujar un árbol y hacer cortesías; hay cosas más útiles y mejores, á mi parecer, y de este género son los talentos de tu prima. Es forzoso no rebajar sus aficiones, por hu-

mildes que te parezcan, y debes pensar en que valen, á lo menos, tanto como las tuyas; cada uno tiene su sitio en el mundo, y sólo te pido que recuerdes lo que decía anoche tu buen padre.

Si la Providencia ha criado á la brillante mariposa que encanta los ojos y alegra la Naturaleza, ha criado también la modesta abeja, la obrera diligente, la trabajadora infatigable que olvida su bienestar para contribuir con todas sus fuerzas al de los demás.

La joven nada respondió, bajó la cabeza y desde aquel instante mostró á su prima un gesto más desdeñoso.

VI

Enriqueta, encerrada en su cuarto desde hacía algunos días, salía muy poco de él; se ocupaba en bordar una elegante gorra de recibir, para su madre, pues se acercaba el santo de madama Derval.

Mariana nada sabía; pero la criada Juana

tuvo una mañana la feliz idea de decirle que estaba ya próximo aquel día venturoso.

—¡Ay Dios mío!—exclamó la joven sorprendida y llena de tristeza,—¡y yo que no lo sabía! ¡cuantas gracias debo daros, Juana, por habérmelo advertido! La verdad es que es un poco tarde... ya no faltan más que tres días... ¿qué podría yo ofrecer á mi buena, á mi querida tía? ¡yo no tengo dinero! ¿y decís que mi prima está terminando para ella una hermosa gorra bordada? ¡qué dichosa es! y yo ¡qué infeliz! ¡no poseo ninguna habilidad!

Mariana se sentó y quedó pensativa y abrumada de pena; gruesas lágrimas bañaban su carita, nada hermosa, pero sí sentimental é interesante. ¿Qué podría ella regalar á su tía, huerfana desdichada, que sólo poseía algunos vestidos de desecho, dados por caridad? No tenía un cuarto ni á quién pedirlo, y sin embargo, su corazón honrado y agradecido se destrozaba á la idea de no poder dar á su tía ni la más leve muestra de afecto.

—¿Qué hago yo aquí llorando?—se dijo después de algunos instantes.—Así nada voy á conseguir; subiré al granero á ver si entre aquella multitud de objetos, que mi

tía no conoce, hallo alguno que le pueda ser agradable; ya verá mi buen deseo y la imposibilidad en que estoy de hacer lo que yo quisiera.

La huerfanita tomó el camino del granero, rezando fervorosamente una salve á la Virgen de la Esperanza para que la ayudase en sus pesquisas; ¡santa é inocente plegaria, formulada por los labios de una niña desvalida y que no podía menos de ser escuchada por la madre de los huérfanos!

Después de muchos esfuerzos, Mariana consiguió abrirse paso entre aquella multitud de objetos, y, á través de una nube de polvo, llegó hasta las dos grandes cómodas embutidas de bronce, abrió los cajones y estaban vacíos. Cerca de las cómodas y bajo unas pirámides de sillas viejas, halló un enorme cofre de encina negra, de admirable trabajo, algunas mesas antiguas de artística forma y los grandes cuadros que ya en otra ocasión había visto vueltos contra la pared y que preocupaban no poco su curiosidad de niña.

Probó á volver uno, y su sorpresa fue grande al hallarse con un guerrero vestido de una ferrada armadura, de figura noble y fiero continente como los caballeros anti-

guos: aunque ella no sabía dibujar, juzgó por la expresión de la fisonomía la postura digna y segura, y la delicadeza del colorido, que el cuadro debía ser bueno y tener bastante valor; reparó también que el marco había perdido casi por completo el dorado y la frescura, pero que era de madera maravillosamente esculpida, y examinándolo atentamente descubrió unas letras de oro en la parte inferior del cuadro, y leyó esta inscripción, que el tiempo no había podido borrar:

ANSELMO DE LA SAULNAYE

caballero por la gracia de Dios y del rey Enrique IV de este nombre.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Mariana;—mi tía es de la noble familia de La Saulnaye; me acuerdo haber oído decir que se casó por amor con mi tío, pero que hizo un matrimonio desigual... sí, sí, La Saulnaye es el apellido de mi tía... ella era la bella y nobilísima señorita de La Saulnaye, á cuya familia arruinó la revolución... este nombre se halla también en el escudo de armas que corona la puerta del castillo...

La viva imaginación de Mariana comprendió al instante que los retratos de los antecesores de su tía, eran los que se hallaban en fila apoyados en la pared del granero; todos en la casa ignoraban la existencia de aquellos retratos. Mariana se puso á volverlos y contó hasta el número de ocho; entre ellos había los de tres hermosas damas con el cabello empolvado, y cubiertas de encajes y diamantes: era la tatarabuela, la bisabuela y la abuela de madama Derval. Mariana, encantada de su descubrimiento, empezó á saltar de alegría batiendo las manos, y bajó la escalera con la celeridad del rayo.

—¡Juana!—exclamó,—¡venid á ayudarme! ¡Ah, si supiérais qué gran hallazgo! ¡Dios me lo envía para que haga á mi buena tía un regalo inestimable!

Volvió á subir armada de un plumero, y se puso á sacudir el polvo de los retratos; luego, ayudada de Juana, los puso á un lado del granero, volvió á bajar, y subió con dos pequeñas botellas en la mano y una esponja cubierta de un pañito de hilo muy fino.

En seguida empezó á limpiar dulcemente las pinturas, y la absorta Juana vió renacer poco á poco los ricos colores, la sonrisa de

las damas y la altiva y brillante mirada de los caballeros.

—Gracias, mi buena Juana,—dijo la joven,—ya no os necesito y os podéis marchar; pero os ruego encarecidamente, que á nadie digáis una palabra de esto; el jueves, muy temprano, me ayudaréis á bajar estos cuadros al salón; y yo creo que mi tía, al verlos, se sorprenderá muy agradablemente.

Mariana pasó todo el día en el granero, ocupada en restaurar del mejor modo posible su precioso descubrimiento; ni Enriqueta, muy atareada en terminar su bordado, ni madama Derval, que no sospechaba la sorpresa que le preparaban, la llamaron por una casualidad providencial.

Llegó, en fin, la víspera de la fiesta; los ocho retratos, limpios y restaurados, parecían querer salirse de sus cuadros, de tal modo resplandecían de vida y de brillantez; Mariana los admiraba, les sonreía, los volvía y los saludaba; había uno entre ellos que se había hecho dueño de todas sus simpatías; era el de un hermoso anciano con una larga barba blanca, vestido de un hábito talar de terciopelo negro.

Este fue el primero que Mariana se dispuso á bajar con la ayuda de Juana; pero, al

separarle de la pared, cayó del marco un pergamino muy pequeño, lleno de caracteres escritos, y que el tiempo había vuelto amarillos. Mariana, que jamás dejaba perder nada, lo recogió y lo guardó en el bolsillo de su vestido, sin pensar en mirarlo por entonces, muy ocupada en bajar sin estruendo todos los abuelos de su tía, y en colocarlos en el salón apoyados en las sillas y sillones.

Cuando todos estuvieron en orden, Juana confesó que presentaban un hermoso golpe de vista. Mariana, enajenada de alegría, iba del uno al otro los admiraba y los hablaba.

Madama Derval, atraída por aquel ruido inusitado, entró en el salón vestida aún de su bata de mañana.

La palabra espiró en sus labios á la vista de aquellas nobles figuras que parecían mirarla; volvióse hacia su sobrina que se puso á enumerar en voz alta los nombres y los títulos de sus antepasados; á las exclamaciones de su esposa, acudió monsieur Derval, y no quedó menos estupefacto. Enriqueta no pudo entrar porque dormía todavía, según costumbre.

—Querida tía,—dijo Mariana,—permitidme que los coloque hoy mismo en las paredes y al derredor del salón.

—¡Ah!—exclamó madama Derval abrazando tiernamente á la niña;—¿es acaso posible rehusarte alguna cosa, mi pequeña hada bienhechora? ¡Qué trabajo te has tomado para encontrar, limpiar y bajar todo esto! ¡Pero qué dichosa me has hecho con tu descubrimiento! ¡Gracias á tí, veo en torno mío á mis queridos abuelos, á mis nobles antecesores, á las memorias de mi respetable y desgraciada familia!

—Puesto que mi hallazgo os es agradable, mi buena y querida tía, mi trabajo nada vale; ¿no hubiera sido gran lástima el dejar á esos hermosos retratos perderse en el granero?

A este tiempo llegó Enriqueta con su obra terminada, que presentó á su madre abrazándola al mismo tiempo con ternura; madama Derval la llenó de caricias, y, terminadas aquellas dulces efusiones, le dijo:

—Mira, hija mía; ¡mira qué galería de nobles damas y de esforzados caballeros! ¡Son tus antepasados, que Mariana ha encontrado en el granero, y cuya compañía me ofrece hoy!

Enriqueta, transportada de alegría, se lanzó hacia los retratos; su vanidad de raza, el orgullo de su sangre, lucieron en sus ojos

con rayos de gozo; miró estática aquellas nobles y severas imágenes y exclamó:

—¡Oh, qué dicha, qué feliz hallazgo! ¡Algún ángel ha conducido los pasos de Mariana! Cuando vengan las señoritas del coronel Bréade, que me han prometido venir sin falta, verán que nuestro castillo es de la antigua y noble familia de La Saulnaye. ¡Qué lástima,—añadió Enriqueta suspirando,—qué lástima que con esos hermosos retratos no esté nuestro salón un poco mejor amueblado!

—Es verdad,—repuso su madre;—en este gran salón parece que hay menos muebles que en el pequeño que teníamos en París.

—No hay que lamentarse,—dijo Mariana alegremente;—hay en el granero un cofre de encina antigua, que es una obra maestra; dos cómodas grandes embutidas de bronce; dos mesas doradas y un regimiento de sillones; estoy segura de que si todo esto se sacase del polvo, se limpiase y barnizase, podría amueblarse el salón con magnificencia.

Monsieur Derval pidió la llave del granero, y seguido de su sobrina, subió á ver los muebles.

—¡Vengo maravillado!—dijo á su esposa;—las consolas del reinado de Luis XV; las có-

modas adornadas de cobre cincelado y de la misma época, son magníficas; los sillones soberbios; todo está en buen estado y sólo necesita de una buena restauración inteligente: dentro de quince días tu salón será magnífico.

VII

Durante algunos días, la atención de la familia, se halló exclusivamente ocupada con los objetos nuevos que se iban descubriendo en el granero; gracias á los cuidados de monsieur Derval, el salón estuvo pronto soberbiamente amueblado con objetos antiguos, tan á la moda y tan caros en nuestros días.

Enriqueta estaba encantada, y deseaba con tanto ardor la llegada de sus amigas, que les escribió para apresurarla; las señoritas de Bréade no tardaron en aprovechar la invitación, y Mariana quedó muy sorprendida, viendo una hermosa mañana llegar de visita á dos señoritas vestidas con trajes de

seda de color claro y con sombreritos blancos, pidiendo ver á la señorita de La Saulnaye: bajo este nombre pomposo había firmado Enriqueta su invitación á sus amigas de colegio.

Mariana se fue al jardin; se hallaba vestida con un modesto traje de indiana y temía disgustar á su orgullosa prima mostrándose en tan completa *negligé*.

—No hay necesidad de que yo me presente á esas señoritas,—se dijo,—Enriqueta les hará los honores y yo pasaré desapercibida.

La huerfanita fue á sentarse en un lugar retirado á fin de descansar un poco, pues acababa de limpiar el cuarto de su tío; pero aunque sus manos estuviesen inactivas, su imaginación trabajaba siempre, y en este momento pensó en el manuscrito que había caído del retrato algunos días antes; sacóle vivamente de su bolsillo, y se puso á leerlo; hallóse de pronto con una inmensa dificultad para descifrar aquellos caracteres escritos por una mano temblorosa, y de formas desiguales; las expresiones antiguas y extrañas la desorientaban por completo; iba ya á renunciar á la lectura, cuando su curiosidad y su atención se redoblaron, leyendo poco más ó menos estas frases:

Este tesoro se halla sepultado en la bóveda pequeña del subterráneo... la tierra del centro de la bóveda citada es poco espesa, y al instante que la remuevas un poco descubrirás un anillo ó asa de hierro; este es del cofre que encierra los tesoros de mis padres...

Mariana, temblando de emoción, volvió á empezar la lectura de esta frase, muy clara, pero que á ella, sin embargo, le parecía obscura. Un gran ruído de voces y de alegres carcajadas le hizo levantar la cabeza; volvió á poner el papel en su bolsillo y se quedó inmóvil reconociendo la voz de su prima que se iba acercando cada vez más, que se oía ya distintamente.

—Sí, amiga mía,—decía Enriqueta,—á mi prima debo yo el vivir aquí, en este viejo nido de águilas.

—¿Qué queréis decir?—preguntó una de las hijas del coronel.

—Una cosa muy sencilla; mi prima es huérfana y pobre; mis papás la han adoptado y recogido; mi papá, que hace noblemente todas las cosas, ha decidido mirarla como á su segunda hija y partir con ella mi corto dote; con el aumento de atenciones, ha habido necesidad de hacer economías, amen-

guar los gastos; por esta razón tenemos que habitar este caserón la mayor parte del año.

—¡Pobre amiga mía,—exclamó una de las jóvenes,—te han sacrificado! No sé yo si mi padre hubiera hecho otro tanto.

—Así, pues, no os admiréis, queridas mías,—prosiguió Enriqueta,—¡si yo no me entusiasmo con las bellas cualidades de mi prima, de las cuales mi mamá acaba de haceros tantos elogios: ya comprenderéis que no puedo amarla!

—¡Es imposible! Debéis aborrecerla como á un verdugo.

—¿Es bonita vuestra prima, Enriqueta?—preguntó la hermana menor de Bréade.

—Es muy viva; pero tan morena, que parece negra, y tan flaca como un palo; y después es insoportable; sin cesar está moviéndose; cosiendo, cortando, arreglando, limpiando... ¡os aseguro que el verla me ataca á los nervios! ¡Mirad ,—concluyó Enriqueta, con una carcajada,—aquí tenéis su retrato!

—¿Dónde?—preguntaron las dos jóvenes.

—¡A nuestros pies! ¿Veis esa hormiga que corre llevando un grano de trigo en sus patas? Ese es el retrato más parecido de mi prima.

Las tres amigas soltaron la carcajada.

La pobre Mariana, inmóvil y temblorosa, oyó perderse á lo lejos sus voces burlonas: su corazón estaba henchido de amargura y de sollozos y las lágrimas inundaron su semblante; un tropel de pensamientos dolorosos asaltaron su espíritu, y le pareció que toda la felicidad de su vida se aniquilaba; ¡su prima no la amaba, lo confesaba con complacencia, casi con orgullo!

—¡Oh, mi querido tío! ¡Oh, mi buena tía!—exclamó en medio de sus lágrimas;—¿conque por mí habéis venido á habitar este castillo? ¿Conque queréis darme hasta un dote? ¿Y para qué? ¿Qué necesidad tengo yo de él? ¡Ah, Enriqueta! ¿Cómo has podido pensar que yo aceptaría la mitad de tu ya tan escasa fortuna? ¡Yo, que he rehusado los vestidos que tu madre me daba! ¡Ah, no lo temas, guarda tu fortuna, guárdalo todo, yo no te pido más que un poco de amistad; yo no quiero más que un sitio pequeñito y humilde bajo tu techo, en tu hogar, y yo me esforzaré para traer á él el bienestar y la dicha, como la pobrecita hormiga á la cual acabas de compararme!

Mariana empezó á llorar de nuevo, sacó del bolsillo su pañuelo para enjugar sus ojos, y al mismo tiempo un pequeño objeto salió

con él y cayó al suelo; lo recogió y se halló con el pergamino que se había deslizado de detrás del cuadro; su contenido se presentó en seguida á la memoria de Mariana, lo desdobló y leyó de nuevo esta frase misteriosa:

El tesoro está en la bóveda...

La joven enjugó vivamente sus ojos y se puso á estudiar el contenido de aquel vetusto escrito.

—Sí,—pensó después de algunos instantes de reflexión,—es evidente que un conde de La Saulnaye ha enterrado sus riquezas á fin de que su hijo las encontrase á la vuelta de una guerra lejana; ¿pero este tesoro existe todavía? ¿No ha sido descubierto? Muchos años han pasado, y las torrecillas y las salas del castillo, que existían en otro tiempo, cubren ahora sin duda con sus ruínas el subterráneo y la bóveda de que habla este pergamino. ¡No importa! Quizá es la Providencia quien ha hecho caer este papel en mis manos; quizá quiera permitirme á mí, pobre y débil huérfana, que devuelva á mi buena tía la fortuna de sus antepasados.

Mariana salió del jardín absorta en sus reflexiones, y se dirigió al comedor, en el cual

se hallaba colocado en un cuadro el plano primitivo del castillo, dibujado en un gran pergamino, y con los nombres de las salas y la designación de cada pieza.

Tan absorta se hallaba en examinarlo, que no oyó venir á su prima.

—¡Calla!— dijo Enriqueta con su risita burlona;—¿estás estudiando el plano del castillo? ¿Serás también Ingeniero? Acaso llegará tu habilidad hasta levantar lo que está arruinado, en cuyo caso yo seré la primera en reconocer tu talento

—¿Quién sabe?—respondió Mariana sonriendo á su vez con la paciente dulzura que nunca la abandonaba; luego, viendo que su prima dejándose caer en una silla se ponía á bostezar, añadió:

—¿Se han marchado ya tus amigas?

—¡Desgraciadamente sí! Te he buscado por todas partes para presentarte á ellas...

—Como no estaba vestida...

—Esa es una de tus buenas costumbres: vas siempre peor vestida que Juana.

—Pero no voy rota, ni manchada,—observó la joven;—es muy justo que tú estés elegante: yo ando en todo, y los trajes que me pusiera, se estropearían al instante.

—A tu gusto,—repuso Enriqueta desde-

ñosamente;—pero ahora que recuerdo, mamá te llamaba.

Mariana corrió en busca de su tía.

—¿Dónde has estado, querida mía?—exclamó la excelente señora tomando la mano de Mariana, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente;—si supieras cuanto he sentido que no vieras á las señoritas Bréade. ¡Si hubieras visto cómo se extasiaban al ver estos retratos y este tapiz de los Gobelinos que tu has compuesto con tanta habilidad! ¿Y los muebles? ¡No volvían de su admiración al ver estas cómodas cinceladas y estas consolas del tiempo de Luis XV! ¡Y todo esto lo tenemos gracias á tí, mi querida Mariana!

Después de la comida, la joven volvió á estudiar el plano del castillo, en tanto que su prima tocaba el piano y que sus tíos hablaban en el hueco de la ventana, disfrutando el fresco de la noche.

—¿Qué tiene Mariana?—preguntó monsieur Derval á su mujer en voz baja;—me parece que está preocupada y triste, cualquiera diría que ha llorado.

—Nada he notado, amigo mío,—respondió madama Derval;—¿por qué había de llorar?

En aquel instante, la joven se volvió con

los ojos brillantes, la frente radiosa y la sonrisa en los labios.

—Ya ves que te has engañado,—dijo madama Derval á su esposo.

Mariana fue á buscar la canastilla de su labor, que se hallaba sobre la mesa; tomó unas gruesas agujas de madera con las que había empezado un almohadón de lana, y se puso á trabajar de una manera febril, y con una especie de sorda agitación.

—Yo te aseguro que Mariana tiene alguna cosa extraordinaria,—insistió monsieur Derval.

Después de haber observado á su sobrina durante algunos instantes, se levantó y se acercó á un velador que sostenía varios albums; tomó el de su hija y se puso á hojearlo maquinalmente, pero un instante después, se detuvo estupefacto, y la expresión de un vivísimo disgusto se retrató en su semblante.

Sobre una hoja en blanco, Enriqueta había dibujado un pequeño cuadro y en medio una hormiga negra, que alargaba sus patas para sostener una carga muy pesada para su debilidad; debajo, se hallaban escritas por la mano de madamoiselle Derval estas palabras:

Retrato de mi prima, visto y aprobado por mis amigas.

Monsieur Derval quedó un instante inmóvil y pensativo; aquel insulto hecho á la niña desvalida, le parecía una cobardía infame: tomó un lápiz y en la misma hoja del dibujo diseñó un *cigarrón* con larga cola volteando por encima de un arroyuelo de agua y de algunas flores; debajo escribió imitando á la perfección la letra de Mariana:

Retrato de Enriqueta, visto y aprobado por mi tía y mi tío.

Después por encima del cuadrito de la hormiga escribió estas palabras:

La hormiga es previsora y laboriosa porque piensa en el porvenir.

Y por encima de lo que él mismo acababa de dibujar estas otras:

El cigarrón es un animal insustancial y tonto que para nada sirve sino para mirarse en el agua.

Terminada su tarea, abandonó su sitio, dejando el album abierto sobre la mesa.

Cuando Enriqueta se levantó del piano, fue hacia la mesa, vió su album abierto y al mismo tiempo la nueva página, que contempló con un asombro mezclado de indignación; alzó sus ojos cargados de las llamas del enojo sobre su prima, á la que halló enteramente ocupada de su labor; pero en seguida un ardiente rubor cubrió sus facciones, al encontrar la severa mirada de su padre, comprendiendiendo de donde venía aquella lección tan justamente merecida.

VIII

Mariana durmió muy poco aquella noche; mil pensamientos diversos vinieron á asaltarla y á turbar su habitual inocente reposo; tan pronto se reconvenía por no haber dado parte á su tío del descubrimiento del pergamino, tan pronto dudaba de la existencia milagrosa del tesoro; acosada por la alegría de la certidumbre, y por el desaliento de la

duda, se agitaba en su lecho y buscaba en vano el reposo; decíase que la bóveda del subterráneo no existía quizá y que había examinado mal el plano del castillo; que era preciso ante todo, asegurarse de la existencia de la bóveda, remover la tierra y buscar el anillo de hierro indicado en el pergamino.

¡Qué decepción! ¡Qué dolor! ¡Cuántas burlas despiadadas de parte de Enriqueta tendría que sufrir si después de haber revelado la existencia del tesoro se reconocía el sitio y un desengaño coronaba todas las esperanzas! ¡No! Decididamente era lo mejor asegurarse desde luego, y sin decir nada á nadie, de la existencia del anillo ó argolla de hierro, signo cierto del cofrecillo que encerraba el tesoro.

Ya muy tarde se adormeció un poco; pero se despertó cuando el alba derramaba en el horizonte sus débiles tintas.

El primer cuidado de Mariana fue dirigir á Dios una ferviente plegaria desde lo más íntimo de su corazón; bajó en seguida al patio y dió á los habitantes del corral su acostumbrado desayuno; volvió á subir después, entró en el comedor y se puso á examinar de nuevo el plano del castillo.

Después de estar durante un cuarto de hora absorta en un largo estudio, fue á la cocina, buscó una linterna sorda, que encendió, tomó de un rincón la azadilla que le servía para trasplantar las flores, y bajó con el corazón tembloroso la escalera negra y estrecha que conducía á los vastos subterráneos del castillo.

Entró en el primer recinto sembrado de arena fina, apoyados contra la pared, había algunos barriles y varios haces de leña.

Una especie de puerta abovedada y redonda daba paso á la segunda estancia de aquella tenebrosa série de habitaciones; todo al rededor había una gran cantidad de arena, y en ella enterradas muchas botellas: era la bodega del castillo.

Mariana, sin detenerse allí, franqueó una segunda abertura y pasó por otro subterráneo, yendo á buscar la tercera puerta, que le condujo á un cuarto recinto más estrecho que todos los anteriores.

La huerfanita hubo de detenerse allí; el aire, escaso y húmedo, era sofocante, gotas de agua caían con ruído débil y lúgubre á lo largo de las paredes; dos aberturas bajas y negras, como otras tantas bocas del infierno, se abrían ante ella... ¿cuál debería tomar?

Mariana procuró recordar las indicaciones del plano; su corazón angustiado trataba á la vez de hallar algún consuelo en la oración, dulce alimento de los espíritus desfallecidos; pero en aquel instante, dos ó tres ratas enormes pasaron cerca de ella, rozando casi su vestido, y á la luz de la linterna, que temblaba en su mano, vió dibujarse en la pared una araña negra de un tamaño extraordinario.

La pobre niña quedó inmóvil, yerta de espanto, su corazón cesó de latir; quiso gritar y la voz se anudó en su garganta; por un movimiento instantáneo y sin reflexionar nada, tomó una de las dos bocas negras para huir de la terrible araña, que rápida bajaba hacia ella.

Mariana anduvo algún tiempo muy de prisa conducida en alas del espanto; su frente se hallaba cubierta de un helado sudor, de repente se vió obligada á detenerse; el terreno estaba de tal modo inclinado, que se resvalaba á cada paso. Su angustia llegó á los últimos límites, su cabeza se desvanecía, veía arañas y ratas por todas partes y su imaginación, exaltada y perdida, le forjaba visiones espantosas; mas ¡oh cielos! ¡Dios viene en auxilio de la angustiada niña! ¡De

súbito un punto luminoso aparece á su vista! ¡El corazón de Mariana late de nuevo, ya respira!... Vuelve á emprender su marcha vacilante, su valor renace, los ejércitos de arañas y de ratas que su imaginación forjaba, desaparecen... el punto blanco se agranda, un aire vivo y puro viene á refrescar el pálido rostro de Mariana y seca el helado sudor de sus sienes; algunos instantes después llega á una abertura practicada en la pared y que daba al bosque, cubierta á medias por plantas salvajes y espeso verdor.

Un suspiro de alivio y bienestar salió del pecho oprimido de Mariana, que con su candidez de niña, se echó á reir al recordar su pasado espanto.

—¡Cómo!—pensó.—¡Yo he tenido miedo de una araña... de una rata... esto es vergonzoso! ¡Ya sabía que las bodegas y subterráneos eran obscuros y estaban poblados de alimañas!

Las palabras mágicas de *subterráneo, anillo* y *tesoro* se presentaron á su mente, y la joven se puso á dar vueltas valerosamente en busca de su objeto.

No hallando nada, salió al subterráneo y tomó la abertura contraria á la que antes había elegido, perseguida por su espanto.

Marchó resueltamente, llevando su linterna por delante. pero cuando menos lo esperaba, sintió que el suelo faltaba bajo sus pies y cayó de rodillas; por dicha, la linterna no se apagó, y cuando se levantó, vió ante ella tres escalones de tierra en los que no había reparado y que habían causado su caída.

Estos tres escalones anchos y poco inclinados, daban acceso á una escalera de piedra que se sumergía en la bóveda y que bajó valientemente hasta su fin.

Mariana dejó escapar un débil grito de alegría al hallarse en un pequeño sótano cuadrado; el suelo era de tierra fina y movediza. La huerfanita puso en el suelo su linterna y empezó á moverlo con su azadilla hacia el centro; al cabo de un cuarto de hora de trabajo, el pequeño instrumento tropezó con un obstáculo, inclinóse la niña y vió una superficie negra y pulida semejante al hierro; la tocó con la azadilla, la sondeó, la hirió con todas sus fuerzas y oyó como un sonido metálico que la hizo palpitar de gozo; empezó á separar la tierra y halló en fin un anillo de hierro enmohecido, que parecía unido á una caja bastante grande del mismo metal.

A esta vista su corazón saltó en su pecho,

y levantándose en seguida, se lanzó con la linterna en la mano y sin equivocarse esta vez, hacia la salida.

Juana se hallaba en la cocina preparando el almuerzo.

—¿Dónde está mi tío?—preguntó Mariana dejando la linterna sobre la mesa.

—Escribiendo en su gabinete, señorita,—respondió la criada.

Mariana subió rápidamente la escalera y llamó suavemente á la puerta del gabinete de monsieur Derval.

—Tío mío,—dijo,—¿puedo entrar?

—Sí,—respondió desde adentro la voz de monsieur Derval.

Mariana abrió la puerta y fue á abrazar á su tío con efusión.

—¡Ah, ah! siempre tan madrugadora,—exclamó monsieur Derval.—¡Pero qué cara tan alegre tienes, que ojos tan brillantes! ¿De dónde vienes? ¿De qué granero oculto has salido? Porque estoy viendo telas de araña en tu traje, y no es eso sólo, vas llena de tierra; ven, acércate un poco... ¿Dónde te has hecho ese gran chichón que llevas en la frente?

—No hagáis caso de esto, tío mío, y oidme, tengo que pediros una cosa.

—¿Y qué es? Con tal que no se trate de pedirme una vaca para que dé leche y un rebaño de ovejas...

—No se trata de eso por ahora.

—Entonces te lo concedo.

—Muy bien, querido tío; venid.

Monsieur Derval dejó la pluma, se levantó y siguió á su sobrina sin dejar de reirse.

Al llegar al fin de la escalera, Mariana le dijo tomando su airecito grave.

—Tío, tomad un azadón del jardinero, un martillo y unas tenazas de arrancar clavos; todo esto nos hará falta.

—¡Bien está!—repuso riéndose monsieur Derval.—Veo que quieres hacerme trabajar.

—Pensad,—repuso Mariana con un tono enfático,—que en la vida no hay placer sin trabajo; yo me atrevo á predeciros que aquí hallaréis algo más que placer.

—¡Diablo! Entonces merece la pena de que yo cargue con todos estos útiles. ¿Pero á dónde me llevas, á las bodegas?

—Tío mío, me habéis prometido hacer lo que yo os pida, ¿no es verdad?

—Sin duda,—respondió monsieur Derval;—vamos, ya te sigo á ojos cerrados. ¿Pero qué nuevo descubrimiento has hecho? ¿Algunas botellas enterradas en la arena?

—Algo que vale más, tío mío; por lo pronto, para desenterrar botellas no hace falta un azadón.

—Ni un martillo; pero espera, no andes tan de prisa, porque yo no veo una gota.

—¡Oh, es que yo conozco el camino; dadme la mano, tío, y seguidme!

—Ya, ya veo que tú conoces el camino, y en verdad que es feo é incómodo... Estas entradas, negras como boca de lobo, son poco agradables.

—Es como el camino de la fortuna, tío; está erizado de obstáculos y de dificultades.

—¿Sabes,—dijo monsieur Derval,—que esta aventura parece un capítulo de novela? El subterráneo, la linterna sorda, el azadón, el martillo, nada falta para hacer creer que vamos en busca de un tesoro.

—Tal vez no se engañaría el que lo pensase,—dijo Mariana bajando la escalera que llevaba al último subterráneo.—Ya hemos llegado tío, mirad al suelo, yo he empezado ya á trabajar.

—Te confieso, Mariana,—dijo monsieur Derval,—que no sólo no veo nada, sino que tampoco comprendo nada.

—Pues bien, mi querido tío,—repuso la niña,—si yo no temiese engañarme os diría:

Aquí hay un tesoro enterrado por uno de los condes de La Saulnaye; pero como no hago más que suponerlo, sin tener la seguridad, sólo os pido que cavéis con fuerza y que busquéis, porque hay aquí un anillo de hierro, unido á una plancha de lo mismo, y es preciso buscar lo que hay debajo.

Monsieur Derval, que ya empezaba á conmoverse un poco, se arrodilló y siguió el consejo de su sobrina, que le alumbraba con la linterna; bien pronto halló el anillo unido á la plancha de hierro, con el martillo hirió ésta ligeramente y percibió un sonido sordo. Entonces se levantó, tomó el azadón y se puso á separar con él la tierra que cubría la placa; al cabo de cinco minutos estaba del todo desembarazada y presentaba una superficie de un metro cuadrado.

Monsieur Derval se detuvo, enjugó el sudor que bañaba su frente, y comprimiendo las palpitaciones de su corazón y el temblor de sus manos, tocó las charnelas y la cerradura, asegurándose de que era un cofrecillo de hierro. Enseguida probó á levantar la tapa con el auxilio del anillo, pero viendo que era imposible, se armó de las tenazas, que su previsora sobrina le había hecho llevar y atacó á la cerradura, que consiguió

violentar; en fin, sirviéndose de toda su fuerza, consiguió levantar la pesada tapa, que poco después caía sobre la arena.

No bien tío y sobrina fijaron sus miradas sobre el contenido de la caja, dos gritos se escaparon de su pecho; monsieur Derval tuvo un instante de deslumbramiento. Un monte de monedas de oro y una cantidad fabulosa de pedrería llenaban hasta los bordes el ancho cofre, que parecía aún demasiado estrecho para contener aquel inmenso tesoro.

Monsieur Derval cayó de rodillas y alzó al cielo sus ojos y sus manos.

—¡Dios mío!—exclamó con entusiasta fervor.—¡Yo os doy gracias por el tesoro que me enviáis! ¡Seáis mil veces bendito! ¡Vos sois Todopoderoso y las leyes de vuestra sabiduría son tan infinitas como incomprensibles!

Mariana se arrodilló al lado de su tío y oró también con íntimo fervor.

Después de haber vuelto á tapar el cofrecito, monsieur Derval salió del bienhechor subterráneo.

Mariana iba apoyada en su brazo y le explicaba por qué casualidad milagrosa había ella descubierto la existencia del tesoro, ter-

minando por darle el pergamino que había hallado detrás del retrato del conde de La Saulnaye.

IX

Mariana y su tío entraron en el comedor, después de dejar en la cocina los utensilios que les habían servido en su expedición. Enriqueta notó al instante el desorden de los vestidos de su prima.

—Has hecho algún nuevo descubrimiento, ¿no es verdad?—preguntó con ironía.

—Sí, por cierto,—contestó su padre.

—Ya me lo figuraba al ver cómo viene de sucia.

—Ven conmigo, Amelia,—dijo monsieur Derval á su esposa,—tengo que hablarte antes de almorzar.

—En verdad, Mariana,—dijo Enriqueta sentándose á la mesa,—que cuando tú haces algún descubrimiento tan útil á todos, la casa entera se trastorna.

—¡Ah, mi querida prima!—repuso Ma-

riana,—¿por qué te burlas de esta pequeña manía? Nadie es perfecto en el mundo; pero yo estoy segura de que, por esta vez, apreciarás mi descubrimiento.

—Sí, ya me figuro que será maravilloso.

—Lo que ahora he hallado,—dijo Mariana algo herida,—es en efecto, muy importante.

—¿Para quién? ¿Me lo podrás decir?

—Para mis tíos y para tí, querida Enriqueta. ¡Ah! ¡soy ahora tan feliz!

—Bien, bien,—interrumpió con enojo madamoiselle Derval;—como siempre, haces la víctima y aparentas sacrificarte; esa es tu manía; pero por esta vez me incomodas más que de costumbre, y puedes guardarte para tí sola lo que has hallado...

—Tienes razón,—interrumpió monsieur Derval, que apareció súbitamente y que había oído las últimas palabras de su hija.—Mariana sola se aprovechará del descubrimiento que hoy ha hecho, y yo declaro aquí que usará de él como mejor le parezca. Ahora almorzaremos, y así que concluyamos, Mariana nos enseñará lo que ha encontrado esta mañana.

Enriqueta estuvo silenciosa durante toda la comida, pero notó con asombro que los

semblantes de sus padres y de su prima llevaban impresa la expresión de una emoción profunda y de una viva alegría, y llegó á creer que esta vez se trataba de un objeto más precioso que los cuadros y los muebles que tanto halagaban, sin embargo, su gran vanidad.

Terminado el almuerzo, monsieur Derval dió la señal de la partida y toda la familia bajó al subterráneo.

Enriqueta y su madre quedaron desvanecidas por algunos instantes á la vista de tantas riquezas. Aquel monte de oro, aquella inmensa cantidad de pedrerías las deslumbraba; las miradas de la joven egoista iban casi espantadas á fijarse, ora en su padre, ora en su prima, que se sonreía con una expresión de inefable dicha.

—Este es,—dijo monsieur Derval,—el descubrimiento que ha hecho Mariana; ya ves que lo que ella ha dicho hace poco no merecía tus burlas, porque era justa, y aun más que justa, demasiado humilde, al hablarte de lo que había hallado; la pobre niña era muy dichosa al anunciártelo, mientras que yo contaba á tu madre por qué casualidad providencial, nosotros, que éramos pobres ayer, hoy llegábamos á ser ricos; tú

has sido injusta y cruel para tu prima; pero tú misma te has castigado como mereces, declarando que lo que tu prima ha encontrado debe guardárselo...

—¡Ah, tío mío!—exclamó Mariana interrumpiéndole,—¡habéis podido pensar que yo aceptaría ni una sola moneda de ese tesoro que es de mi tía y que le pertenece entero! Y tú, prima mía,—prosiguió adelantando dos pasos hacia Enriqueta,—no me des gracias, porque es Dios quien lo ha hecho todo; sólo te pido un favor, aquí, delante de tus papás, que tanto te quieren; puesto que ya eres rica, puesto que nada tienes que desear, ámame un poco, querida Enriqueta, y yo te devolveré tu afecto centuplicado.

Enriqueta, confusa y avergonzada, alargó la mano á su prima.

—¡Y qué!—exclamó madamoiselle Derval,—¿rehusas tu parte en esta fortuna que tú sola has hallado? Esto es injusto, Mariana, y yo, que he desconocido hasta hoy lo que valías, deseo ahora que aceptes...

Mariana se arrojó en los brazos de su prima.

—Nada quiero de esto, como tampoco hubiera querido la mitad de tu dote,—dijo en

voz baja y al oído de su prima.—¡Oh! no te quieras excusar conmigo,—dijo al ver que Enriqueta iba á hablar;—yo misma te excuso y te perdono; la pobre hormiguita es un poco avara de cariño.

—Sí,—respondió Enriqueta con efusión,—ya veo cuan buena, cuan tierna y cariñosa eres, Mariana mía; déjame que te abrace con todo mi corazón; ¿me perdonas de veras mi dureza y mi injusticia para contigo?

—No hablemos del pasado, sino del presente. ¿Es cierto que me quieres un poco, Enriqueta?

—¡Ah! ¡yo te amaré toda la vida como la hermana más tierna, mi buena Mariana!—exclamó la joven, enjugando sus ojos.

—Hija mía,—dijo madama Derval,—tu arrepentimiento borra tus faltas; porque si tu cabeza ha sido hasta hoy vanidosa y ligera, tu corazón es bueno y tierno; mi esperanza está realizada, porque yo sabía que, gracias á este ángel que llamamos Mariana, tú reconocerías tus errores. Acuérdate, hija mía, de que el tesoro de una casa no es ese montón de riquezas que tenemos á nuestros pies; ¡es una amiga, una hermana buena, cariñosa é inteligente, como lo ha sido y lo será Mariana para tí!

—Tío mío,—dijo Mariana toda confusa con los elogios de madama Derval,—yo he hecho y guardado algunos sacos, que corté de pedazos fuertes. Si vos y mi tía quisierais, podíamos irlos llenando y subir todo esto á vuestro escritorio.

—¡Querida y modesta niña!—exclamó su tío abrazándola con ternura;—¡bendito sea el día en que viniste á esta casa, porque tú has traído, no sólo la riqueza y la dicha, sino también el buen ejemplo de tus virtudes!

—¡Benditos seáis vosotros, tíos míos!—exclamó la niña,—¡vosotros, que me habéis recogido como unos buenos padres! No soy yo quien os da ese tesoro: es *la caridad.*

FIN

FILIPINA

I

Winendale

El sol se ponía al fin de la ancha llanura que se extiende desde la ciudad de Brujas al mar del Norte, sin que ningún accidente, bosque, roca ni monte interrumpiera su monotonía; sólo los campanarios góticos de las ciudades y de las aldeas, tan próximas unas á otras en Flandes, animaban la severidad del paisaje.

En la época en que empieza esta historia, el castillo de Winendale, antigua residencia de los Condes de Flandes, se elevaba no lejos de Brujas y el sol, al ponerse, encendía torrentes de luz en los vidrios de colores de la gótica capilla y en las estrechas y ojivas ventanas de la gran torre del Oeste.

Dos mujeres se hallaban sentadas cerca de una de estas ventanas; parecíanse mucho, si bien la una se hallaba al declinar la

vida y la otra en los primeros años de la juventud; ambas tenían la misma frente despejada y noble, mas la una la mostraba cruzada de arrugas y la otra pura y tranquila como la de un niño; iguales eran sus ojos, azules, dulces y pensativos, pero de un color más pálido, en la que había llorado y sufrido; de un matiz más obscuro y más vivo en su hija; los de la niña brillaban bajo largas pestañas de seda negra y parecían sonreir á la vida, cuyos umbrales tocaban apenas; ambas, en fin, tenían la misma tez blanca y tersa propia de las razas del Norte y la misma estatura elevada y esbelta.

Llevaba la madre en su semblante y en su actitud el sello irrecusable de la edad, de las fatigas y de los pesares y la hija se parecía en su belleza inocente á un querubín descendido á la tierra y que se asombra de que en ella se pueda sufrir.

Estas dos mujeres eran dos princesas: Margarita de Luxemburgo, condesa de Flandes y esposa de Guy de Dampierre, y Filipina, la más joven y la más amada de sus hijas, prometida, aunque sólo contaba catorce años, al Príncipe de Galles, que fue, después Eduardo II de Inglaterra.

La condesa se levantaba frecuentemente,

se asomaba á la puerta de una estancia vecina y miraba á las doncellas de honor y á las meninas doblar y colocar en los cofres de viaje los preciosos vestidos y las ricas joyas de la regia desposada; de vez en cuando daba alguna orden nueva y parecía enteramente ocupada de estos preparativos.

—Mi buena madre,—dijo en fin, Filipina, besando una mano de aquélla,—os tomáis demasiada pena por mí.

—Es la última vez,—repuso la condesa.—¡Mañana, pobre hija mía, ya no tendrás á tu madre para velar por tí! ¡Mañana ya no estarás aquí!

—¡Madre mía,—dijo Filipina, pasando un brazo alrededor del cuello de la condesa;—dicen que seré reina de Inglaterra, es decir, una muy grande señora; pero yo hubiera preferido quedarme cerca de vos para consolaros en vuestras tristezas y para alegraros en la ausencia de mi padre y de mis hermanos! ¡Ay! ¡no tenéis más hija que yo y mi pequeña hermana Isabel, que ahora no sabrá consolaros y que, cuando sepa comprenderos, se irá también!

—Es la voluntad de Dios y de tu padre, hija mía y es preciso someterse á ella; las reinas y las princesas tenemos más penas

que las demás madres, porque nos van quitando á nuestros hijos casi desde la cuna; tú también, mi Filipina, pensarás en tus hijos, que estarán en las batallas y en tus hijas, casadas muy lejos de tí.

—¡Yo volveré, madre mía!—exclamó Filipina!—¡Oh, sí! ¡Yo obtendré del príncipe Eduardo que me traiga cerca de vos, madre mía muy amada! Nuestras naves son ligeras y este viaje no me parece largo ni fatigoso.

—¡Sí, hija mía, tú volverás!—dijo la condesa, besando la rubia cabeza de Filipina.—Pero, ¡ay de mí, que antes de llegar á Inglaterra, donde te espera tu prometido, tienes que hacer otro viaje, que me hiela de espanto!

—¡Cómo, querida madre! ¿Tenéis miedo porque voy á París á ver á mi padrino el rey Felipe? ¿Acaso no es el amigo, el aliado de mi padre? ¡Yo creo, por el contrario, que él me obsequiará con fiestas y torneos, lo mismo que su esposa la bella reina Juana!

Sacudió la cabeza Margarita de Luxemburgo al oir estas palabras llenas de la crédula confianza de la juventud y respondió tristemente:

—El rey Felipe no me inspira ninguna confianza, porque le creo lleno de malicia y

de ambición; desde hace largo tiempo desea nuestra rica Flandes; sabe que este hermoso país y sus nobles ciudades serían el más brillante florón de la corona de Francia y estoy persuadida de que no verá sin profundo disgusto tu matrimonio, que nos da un aliado tan poderoso como el rey de Inglaterra. Dios me perdone si juzgo con temeridad; pero mi alma se halla llena de inquietud y de sospechas y estaría más tranquila al saber que ibas cruzando la mar enfurecida, que abandonada al rey Felipe en la ciudad de París.

—Pero yo no voy sola, madre mía; me acompañan mi padre, dos de mis hermanos, y una gran comitiva de caballeros.

—¡Es verdad! ¡Y por eso temo, hija mía, por tu padre, por tus hermanos y por tí!

Filipina no respondió; angustiada por los presentimientos de su madre, lloraba; la condesa la tomó de la mano y le dijo:

—Vamos á la capilla á rogar á Dios y á su Santa Madre; nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que ha hecho el cielo y la tierra.

II

El rey Felipe

Ocho días después, los curiosos y los habladores, que siempre han florecido en gran número en la buena ciudad de París, se reunía en la calle de la Cité, á fin de ver el suntuoso cortejo del conde de Flandes y de su hija la futura reina de Inglaterra.

Ninguna nación igualaba entonces á Flandes en riqueza y elegancia; se esperaban maravillas y las esperanzas no fueron ilusorias.

El pueblo de París admiraba con la boca abierta á los músicos, con trajes escarlata, que abrían la marcha; venían luego numerosos servidores y escuderos que precedían á los barones y á los caballeros; éstos eran los herederos de los más hermosos nombres de Flandes y el esplendor de sus equipajes anunciaban á los más grandes señores del más rico país de Europa; montaban poderosos caballos adornados de gualdrapas blaso-

nadas; sus brillantes armaduras eran de oro y sus cascos, ornados de plumas y de lambrequines, parecían robados á las armaduras de guerra de los antiguos escandinavos; muchos pajes, vestidos con los colores de sus señores respectivos, llevaban sus armas y sus escudos.

En medio de esta lucida tropa avanzaba el viejo conde, vestido de un traje talar, de terciopelo negro; caían sobre su pecho las sedosas ondas de su larga barba, blanca como la nieve; sus cabellos, igualmente blancos, se escapaban por debajo de su toca, también de terciopelo negro y ceñida con la corona de conde soberano.

El pueblo, que sabía que aquel anciano había sido uno de los compañeros de armas de San Luis en las Cruzadas, gritaba á su paso:

—¡Noël! ¡Noël!

A la derecha de Guy de Dampierre y montada en un caballo blanco, cubierto con una mantilla de un precio inestimable, venía Filipina vestida con una túnica de brocado de plata y un justillo de terciopelo rojo cubierto de oro; la joven, llena de timidez, ante tantas miradas, bajaba los ojos y procuraba reunir los pliegues de su velo, de en-

caje de blanco, sobre su lindo rostro; el pueblo aplaudía con entusiasmo su extrema juventud, su delicada gracia y su interesante modestia; los heraldos, que iban delante de su caballo, respondían á las aclamaciones arrojando con abundancia monedas de oro y plata.

Entre los gritos de *¡Noël y larga vida!* llegó el cortejo en buen orden al palacio que el rey Felipe habitaba y que elevaba entre sus grandes torres, edificadas por Felipe Augusto, la flecha aérea de la Santa Capilla fundada por San Luis.

El Conde y su hija echaron pie á tierra y fueron conducidos á la presencia del Monarca.

Filipina temblaba al atravesar las vastas salas con los muros cubiertos de tapices, en los que se veían las lises de Francia y llenas de pajes y de servidores del Rey vestidos de largas túnicas, sobre las que llevaban ceñida la coraza; esta tropa abigarrada y deslumbradora retrocedió delante de ella y le dejó ver, sentado bajo un alto dosel y en toda la majestad real, al rey Felipe.

Embargada por su turbación, la princesa no reparó ni en el pálido semblante del rey, ni en su noble estatura, ni en la belleza sor-

prendente de toda su persona; inclinóse con ademán sumiso ante aquel en quien veneraba á la vez la dignidad del cetro y los derechos casi paternales. El conde Guy tomó la palabra y dijo:

—Querido señor, ved aquí á mi hija, vuestra prima y ahijada, que yo y mis buenas ciudades de Flandes hemos prometido al rey de Inglaterra para su hijo y que no ha querido partir sin despedirse de vos.

El semblante de Felipe había ido tomando una expresión dura y airada; miró sin emoción y sin piedad á aquel anciano, á quien su santo abuelo había dado el nombre de hermano de armas y de amigo y á aquella niña, por la cual, al darle su nombre, se había comprometido á velar delante de Dios; á aquellos dos seres que venían á él con tanta confianza.

Después de un instante de silencio, respondió con voz breve:

—¡Por Dios santo, señor conde, pienso que vuestra hija no ha formado una alianza tan perjudicial á nos y á nuestro reino, sino por orden vuestra! ¡Pero no se llevará á cabo! ¡Vos habéis tratado sin prevenirme como á vuestro soberano señor; vos y vuestra hija, pues, quedaréis aquí!

—Señor rey, ¡esto es una felonía!—exclamó el anciano conde;—yo no puedo disponer de mis tierras sin vuestro consentimiento, pero puedo disponer de mi hija, porque mi derecho paternal no reconoce vuestro derecho de soberano; yo os debo sólo el servicio de la guerra y lo rendí á vuestro abuelo.

—Vos me debéis consultar en vuestras alianzas, como deudo mío,—interrumpió Felipe con dureza,—y lo aprenderéis, si lo ignoráis; ahora mismo van á conduciros á la torre del Louvre; en cuanto á los señores y caballeros de vuestra comitiva, libres son de volver á Flandes. ¡He dicho, señor conde!

Filipina dió algunos pasos hacia su padre, y éste la estrechó con un brazo contra su pecho, y levantando la mano derecha que le quedaba libre, hacia la estátua de Luis IX, allí presente, exclamó:

—¡Ah, señor rey! no estamos ya en los tiempos de San Luis.

Esta queja resignada fue inútil; los sargentos reales, advertidos de antemano, colocaron en medio de su sombría cohorte al padre y á la hija, mientras que los caballeros flamencos eran detenidos y desarmados en una de las salas bajas del palacio.

Media hora después la puerta de la gran torre del Louvre se cerraba detrás del conde de Flandes y de la prometida de Eduardo de Inglaterra.

El gobernador les recibió y les condujo á un departamento que había ya servido de prisión á algunos príncipes.

—¡Fernando de Portugal ha estado encerrado aquí trece años!—dijo el conde Guy recorriendo con una triste mirada la ancha y sombría sala.

—Perdonad, monseñor,—respondió el gobernador con un profundo saludo;—donde estuvo aquel desventurado príncipe fue en el calabozo situado bajo la torre del reloj, y el más duro de todos; desde aquí podéis ver la ventana.

El conde meció la cabeza tristemente como para protestar de su curiosidad.

—¿Y mi hija?—dijo al gobernador, que esperaba sus órdenes de pie;—¿dónde debe habitar?

—Allí, monseñor; á la derecha de vuestro departamento hay dos estancias para la noble señorita, y una para una joven que le hará compañía y la servirá; las órdenes del rey, mi señor, son precisas acerca de este particular.

—¡Ah; él nos esperaba!—murmuró el conde con profunda amargura;—y como una loca avecilla que se lanza hacia la red, yo me he dejado prender en el lazo... Si sólo se tratase de mí... ¡pero mi pobre hija!...

Suspiró el conde, y Filipina, que adivinaba sus pensamientos, le abrazó llorando y diciendo con voz dulce:

—¡Valor, padre mío! Mi hermano y las buenas gentes de Flandes no nos dejarán aquí, y yo no tendría cuidados ni tristeza si no pensara en mi madre. Nuestra cautividad será corta, ¡pero á ella le parecerá muy larga!

El gobernador, compadecido, les dejó solos, y, á lo menos, con la libertad de la palabra, de la mirada, de la sonrisa y de las lágrimas; hacia la noche se puso á disposición del conde uno de sus criados y se presentó á Filipina una de sus camaristas, nombrada Alix, é hija de una noble familia flamenca.

III

Cautividad

Una especie de aturdimiento reemplazó en los prisioneros á la primera violencia de la indignación y del dolor; parecíales que estaban bajo la impresión de un horrible sueño, y no podían creer en la cautividad que reemplazaba, en el anciano conde, al ejercicio del poder soberano; en la joven, á las caricias de su madre, á la dulce libertad, á las esperanzas, vistas tan de cerca, de una dichosa unión.

Agitábanse, como nos agitamos en una pesadilla; pero los días sucediéndose á los días, les enseñaron que su sueño era una realidad terrible.

El viejo conde sostenía su infortunio con una firmeza cristiana; llegado al término de la vida, no parecía querer disputar á sus enemigos algunas horas de autoridad, algunos últimos instantes de alegría... pero la vista de su hija abatía todo su valor.

Filipina, tranquila como la ignorancia, fuerte como la esperanza, ofrecía siempre á su padre los ojos rientes y la frente serena; algunos días de tempestad no habían podido marchitar aquella fresca y delicada flor; ¡se creía tan segura del próximo socorro, de la pronta libertad, del triunfo inevitable! Sentada cerca de su padre, Filipina le exponía todos sus motivos de esperanza.

¿No era, acaso, la Flandes un país con el cual debían contar los reyes? Sus hermanos, el petulante Roberto, el valeroso Guillermo, ¿no eran conocidos por su amor filial y por sus hechos de armas? ¿dejarían ahora á su padre y á su hermana en la prisión? ¡Ellos tan valerosos caballeros! ¡Oh, tal cosa era imposible!

Después enumeraba con complacencia los recursos de los estados de su padre; hablaba de los gremios de Gante, armados y belicosos; de la población de Brujas, tan poderosa y tan rica; de sus numerosas flotas, de los arqueros de Courtray, y de los labradores armados de hachas, en quienes vivía el valor y casi la ferocidad de sus antecesores paganos. ¿El rey de Francia no debía temer á tales soldados?

El conde sonreía ante estos cuadros; no

UNIV. OF CALIFORNIA

obstante, él sabía mejor que la niña cuantas dificultades traerían á la libertad de su soberano aquellas ciudades potentes, pero celosas entre sí.

Cuando el anciano recaía en sus sombríos pensamientos, Filipina, á fin de distraerle, buscaba en su memoria y cantaba con voz pura y melodiosa las baladas de su país; luego recitaba en francés, en flamenco y en inglés, las poesías que había aprendido, y cuando su padre parecía dispuesto á hablar, le rogaba que le contase sus antiguas guerras; el conde alzaba entonces su cabeza venerable, el recuerdo de San Luis le exaltaba, y repetía:

—¡Yo le defendí en Palestina! ¡Yo hice cuanto pude con mis bravos flamencos! ¡Muchos franceses me han debido la vida, y, no obstante, estoy prisionero en el Louvre!

—¡Padre mío,—replicó la niña,—puesto que hay aquí una capilla dedicada á monseñor San Luis, invoquémosle!

—Yo le invoco todos los días, hija mía, como á un pariente que tengo en el cielo; pero es preciso invocarle mucho, porque preveo grandes males para el reino de Francia.

Ninguna nueva conseguía penetrar en la

prisión, y hasta la queja que el conde de Flandes había dirigido á los pares de Francia había quedado sin respuesta.

Muchos meses se pasaron. La misma Filipina empezaba á dudar.

Una noche, en el momento mismo en que iban á cerrarse las puertas de la fortaleza, entró el gobernador, seguido de algunos servidores que llevaban antorchas; un joven de gallarda presencia les acompañaba; precipitóse con ansia en la prisión, arrojóse á los pies del anciano conde, y le dijo con una voz en la que temblaban las lágrimas:

—¡Monseñor, mi venerable padre, estáis libre!

—¡Roberto, hijo mío! ¡eres tú!—exclamó el conde;—¡no has olvidado á tu anciano padre!

—¡Ni un instante, monseñor, ni vuestras buenas ciudades os han olvidado tampoco! No hemos cesado de pedir vuestra libertad al rey Felipe; los pares han juzgado en solemne asamblea vuestra causa, y os han declarado inocente de toda felonía hacia el soberano; sin embargo, Felipe no abría vuestra prisión, y he venido yo mismo á París con mis hermanos Guillermo y Felipe, y fuertes con el apoyo del Soberano Pontífice,

á quien hemos invocado, hemos hablado al rey de Francia: el rey nos ha impuesto duras condiciones, y nosotros las hemos aceptado, á fin de que seais devuelto á vuestros pueblos y á nuestra madre.

Al acabar estas palabras, Roberto bajó los ojos.

—¿Y mi hija? ¿y tu inocente hermana? ¿no dices nada acerca de ella?—preguntó Guy con angustia.

—Padre mío, Filipina tiene que quedarse en el Louvre en rehenes.

—¡Bendito sea Dios, mi querido padre!—exclamó Filipina;—partid, volved al lado de mi madre! ¡Yo iré muy pronto á reunirme con vosotros!

—Sí, hermana mía,—dijo Roberto;—por mi fe de caballero, te aseguro que te sacaré de la prisión.

Guy vacilaba; una cruel amargura se extendía sobre su libertad inesperada; sus dos hijos se pusieron de rodillas y le suplicaron en nombre de su madre, que se moría de dolor, que aprovechase la buena voluntad del rey.

Era preciso ceder; con el corazón desgarrado dió el anciano su bendición á Filipina, que le besó las manos y enjugó sus lágrimas.

—¡Oh, hija mía!—exclamó el anciano;—¡era tu viejo padre el que debía morir, y tú ser libre!

Roberto no le dejó acabar, arrastróle en pos de él, dejando un beso de despedida y una última mirada á su hermana cautiva; la desgraciada niña oyó los pesados cerrojos que se abrían y se cerraban; en el silencio de la noche distinguió los pasos de los caballos de la escolta que llevaba á su padre; el ruído se perdió á lo lejos, Filipina miró en torno suyo, se vió sola entre aquellos muros siniestros, y sumergida en un profundo desaliento, lloró amargamente; de repente una mano asió la suya, la estrechó, y una dulce voz le dijo:

—¡Esperad en Dios!

Volvióse Filipina, y vió á su camarista Alix que lloraba á su lado.

IV

Alix

Desde aquel momento Filipina se sintió verdaderamente cautiva: hasta entonces su alma había volado sin cesar por encima de los muros de su prisión, y hacia los caminos por donde á su parecer, debía llegar el socorro; sus miradas se habían dirigido incesantemente hacia el horizonte; había esperado había vivido en el porvenir, y sobre todo, había vivido para su padre, para consolarle y fortalecerle; ahora se encontraba sola; veía las rejas espesas de su prisión; parecíale que se ahogaba, y el peso de la cautividad pesaba entero sobre su alma, donde la esperanza se apagaba.

La desgraciada niña contemplaba, como si aún no lo hubiera visto, el formidable circuito de la fortaleza; aquellos muros enormes, ligados entre sí por veinte espesas torres; aquellas puertas de hierro; aquellos corredores sombríos y casi impracticables;

aquellas grandes salas destinadas á los reyes, y tan tristes en medio de su magnificencia; aquellos calabozos donde gemían los cautivos durante largos años, y cuyo sólo nombre inspiraba un horror mortal.

—¡Aquí viviré y moriré!—se decía Filipina.—¡Ya no veré más las verdes praderas de mi querida Flandes, y nunca llegaré á las costas de Inglaterra, á donde me espera Eduardo!... ¡El rey Felipe no me dejará nunca volver con mi madre ni con mi prometido!... ¡Cautiva estoy para siempre, para siempre!

Cuando la infeliz princesa se entregaba á estas melancólicas ideas, caía en ese negro abatimiento, que es una de las enfermedades mortales del alma, lloraba y huía la luz; entonces su joven camarista Alix iba á buscarla, se sentaba á su lado y llenaba á su vez el papel de consoladora, que tan bien había desempeñado Filipina con su padre.

Alix era huérfana; dedicada desde su infancia al servicio de la joven condesa de Flandes, la amaba con la ternura de una hermana, con la abnegación de un corazón que había concentrado todos sus afectos en un solo sér; sufría solamente por los pesares de Filipina, porque, decidida á consagrarle

su vida, le era indiferente que fuese en Inglaterra ó en el Louvre; cuando sus discursos, su alegría, sus bellos razonamientos, hacían brillar un rayo de esperanza en el corazón de la joven, ésta decía:

—Cuando yo me case con el príncipe Eduardo, te casaré con un noble inglés, Alix, y serás la primera dama de mi corte.

—¡Oh, no!—respondía Alix,—no quiero dejaros; viviré y moriré camarista de la reina de Inglaterra.

Para engañar el tiempo, ambas jóvenes leían juntas algunos libros de piedad y algunas obras de caballería, que Filipina había traído de Flandes; cantaban á duo, bordaban sentadas al mismo bastidor, y cultivaban algunas pálidas flores en una especie de terrado situado entre dos torres, y que el gobernador había designado para sus paseos.

Algunas veces obtenían permiso para bajar á la capilla y eran para ellas instantes de suprema dicha aquellos en que, cautivas, podían orar en presencia del Dios cautivo también en el tabernáculo.

Ninguna nueva de afuera llegaba á sus oídos, nadie les hablaba de Flandes, y algunas veces decía Filipina suspirando:

—¡Oh! ¡No han podido olvidarme! ¡Mi padre, mi madre, piensan en mí! ¡Roberto me ha dado su palabra de caballero, y si no vienen á libertarme es porque no pueden! Pero Eduardo, mi prometido, ¿ por qué no reclama á su futura esposa?

Un día, el capellán del Louvre, que entraba á ver á la princesa algunas veces, y al que tanta desgracia é inocencia inspiraban una gran piedad, le dijo:

—Aseguran, noble señora, que el conde de Flandes, vuestro padre, se ha aliado con el poderoso rey de Inglaterra, y que los dos reclaman vuestra libertad; ¡quiera el Señor concedérosla para su mayor gloria!

Filipina no durmió desde aquel día; á cada instante le parecía oir el ruído de pasos y de voces que había precedido á la entrada de Roberto; parecíale que iba á ver á su valeroso hermano y que éste le decía:

—¡Eres libre!

Durante diez meses la sostuvo esta esperanza que ninguna noticia alimentaba, porque el capellán, ó nada sabía, ó nada más se atrevía á decir; en fin, llegada al último extremo la inquietud de la princesa, se atrevió á preguntar al gobernador:

—El rey Felipe sale victorioso en todas

sus empresas,—respondió éste,—y ha triunfado de la soberbia de Flandes, lo mismo que su abuelo, de ilustre memoria, Felipe Augusto; la ciudad de Lille ha capitulado, y vuestro hermano Roberto, señora, ha debido á la clemencia del rey el poder retirarse con sus armas, bagajes y aprestos de guerra.

—¿Y el rey de Inglaterra no le ha socorrido?—preguntó con ansia Filipina.

—El rey de Inglaterra había llevado sólo con él un pequeño cuerpo de ejército, y se asegura que volverá á pasar el mar, entrando derrotado en su reino.

Filipina guardó silencio, pero la más sombría tristeza volvió á posesionarse de su alma infantil; algún tiempo después le dijo el gobernador, sin que ella le preguntase.

—El rey, mi señor, ha concedido treguas al conde de Dampierre, vuestro padre; ya es dueño de la mejor parte de la Flandes; la ciudad de Brujas se ha sometido al soberano, y éste ha puesto guarnición francesa en las principales ciudades del condado.

—¡Gran Dios, todo se ha perdido!—exclamó la princesa, juntando las manos y cambiando con Alix una mirada desgarradora.—¡Mi padre será despojado, y yo moriré prisionera!

El gobernador era hombre y se sintió profundamente conmovido ante aquella gran aflicción.

—Noble señorita,—dijo en voz baja,—no perdáis el valor: se dice que el Soberano Pontífice solicita vuestra libertad.

—¡Ah!—repuso la princesa,—es una obra digna del Padre común de los fieles la de auxiliar á los desgraciados; ¿pero le escuchará el rey, mi padrino?

—Señora,—dijo Alix tristemente, cuando se hallaron solas,—¿el rey de Francia tiene una hija?

—Sí, se llama Isabel,—contestó Filipina,—yo esperaba verla antes de ir á Inglaterra. Pero, ¿por qué me preguntas eso, Alix?

—¡El rey de Inglaterra tiene un hijo!—murmuró la camarista.

—¡Mi prometido no puede hacer traición á su fe!—gritó Filipina,—¡creerías acaso!...

—¡Ah, mi noble señora!—dijo Alix,—¡yo creo que, para guardaros tan duramente cautiva, el rey Felipe tiene algún motivo poderoso!.... ¡Ojalá que mis temores sean vanos!

V

La víctima

Era la víspera de la Natividad de Nuestra Señora, Alix había obtenido el permiso de confesarse con el capellán; acabada su confesión salió de la capilla; un carcelero abrió la puerta de la escalera de la alta torre que constituía su prisión y la de la princesa, y Alix subió lentamente las gradas de piedra.

En cada piso había un descanso, rodeado de bancos de piedra y alumbrado por troneras.

En el segundo piso Alix se sentó para reposar un poco; hallábase recogida, pensativa y tranquila, cuando una palabra pronunciada cerca de ella atrajo toda su atención.

Hablaban en una estancia vecina, y un singular efecto acústico traía las palabras claras y distintas al oído de Alix.

—El rey nos lo agradecerá mucho,—decía una voz de hombre,—si le desembaraza-

mos de esa joven Filipina; ésta le incomoda, porque quiere casar á su hija con el heredero de Inglaterra; una puñalada en el corazón de la flamenca será muy bien pagada.

—¡Si eso fuera cierto!—dijo otra voz.

—Prueba,—repuso la que había hablado antes;—sólo sería ese hecho una cifra más en tu confesión general.

—¡Oh! No es eso lo que me detendría; pero la horca, que puede llamarme...

—Nada tienes que temer; cumples la voluntad del rey, y el Sena se llevará el cuerpo; te diré en confianza que Sire Pedro Flotte quiere hacer este servicio á su señor.

—¿Paga Sire Pedro Flotte?

—¡Mira; con esto!

Un ruido de oro se dejó oir; siguió el silencio; un instante después preguntó la voz más ruda:

—¿Qué es necesario hacer para ganar esa bolsa?

—Subir esta noche á la estancia de la princesita; la llave la tomaré yo del cuarto del gobernador; te la entregaré, y le darás el golpe de gracia.

—Está dicho. Hasta la noche.

Alix no perdió una palabra de este siniés-

tro diálogo; había reconocido las voces de dos oficiales de la prisión.

Temblando, cubierta la frente de helado sudor, llegó penosamente á su cuarto; allí reflexionó en silencio; ningún socorro humano podía salvar á Filipina; pero si el cielo le había revelado este secreto, ¿no era para que hiciese de él un santo empleo?

Alix tomó su resolución con firmeza y sin espanto, con la serenidad de un alma heróica.

Por la noche, Filipina se acostó como de costumbre, después de abrazar á su amiga, que le besó las manos en silencio; en seguida Alix cerró con cuidado la puerta de la cámara y se retiró al oratorio de la princesa.

Encendió una lámpara, cuyos resplandores debían atraer la atención de los asesinos, y cubriéndose con el largo velo blanco que usaba Filipina, se puso de rodillas en el reclinatorio y esperó con el corazón sereno y tranquilo.

A media noche se oyeron en la escalera pasos cautelosos; una mano abrió la puerta del oratorio y una voz dijo:

—¡Aquí está!

Una puñalada mortal hizo caer á la joven,

que se calló hasta en las ansias de la agonía.

Los dos asesinos, perseguidos por el espanto, compañero del crimen, se apresuraron á encerrar el cadáver en un saco, y bajando á favor de las tinieblas lo arrojaron al Sena.

Ningunos ojos humanos vieron más el blanco rostro de Alix, ni sus despojos virginales, arrastrados hacia el Océano por la turbia corriente, donde reposan hasta el día de la justicia y de las recompensas.

Los asesinos, pagados por el ministro Pedro Flotte, creyeron haber ganado su salario, y la misma noche salieron de París (1).

Al siguiente día Filipina preguntó por su compañera; nadie pudo darle noticias suyas, nadie quiso dárselas acaso; los días pasaron sin traer á Alix; la pobre prisionera, privada de su sola amiga, de la que la había amado hasta la muerte, se volvió más triste y más sombría, y cayó enferma.

Se le enviaron dos camareras para servirla; pero la enfermedad fue larga y peligrosa. Filipina vió muy de cerca aquella

---

(1) En Flandes corrió la voz de que Filipina había sido asesinada y arrojada al Sena. Roberto de Bhétune, hermano de la princesa, se sirvió de estos rumores para excitar el odio del pueblo contra el rey Felipe *el Bello*.

muerte que había con tanta frecuencia deseado.

Dios quería probarla aún, y vivió.

El anciano capellán la visitaba con frecuencia, tratando de elevar más y más hacia el cielo un alma á la que Dios parecía rehusar todas las venturas de la tierra; la princesa le escuchaba con sumisión, oraba con él y leía en los libros de piedad los pasajes que le indicaba.

En una de estas lecturas, y hallándose convaleciente apenas, encontró entre las páginas de un manuscrito de las cartas de San Ambrosio sobre la virginidad una estampita de pergamino, representando á Jesucristo en la cruz; debajo, la mano de Alix había escrito estas palabras del Evangelio:

No se puede amar más que hasta dar la vida por nuestros amigos.

—¡Oh Alix, Alix!—exclamó Filipina, besando la imagen.—¿Dónde estás? ¿No volverás nunca, mi única amiga?

Nadie respondió á esta triste queja, y Filipina sintió, más que nunca, en el fondo de su corazón, lo que quieren decir estas dos amargas palabras:

Cautiverio y soledad.

VI

Raoul

Nunca reclusa retirada detrás de las rejas de un monasterio llevó una vida más separada de la tierra que Filipina; no veía más rostro humano que los de las dos mujeres que la servían, á las que nunca hablaba; el del gobernador y el del capellán; aquél, sombrío y regañón; éste, compasivo, pero austero.

La desgraciada niña no oía ninguno de los ruídos del mundo; los rumores de la gran ciudad subían hasta ella, vagos é indefinibles como el rumor del mar, y sus días monótonos no tenían otras distracciones que la oración, la lectura y el trabajo.

Había pedido una rueca y lino, y se ocupaba en hilar como las pobres mujeres de su patria; y cuando tenía alguna cantidad de trabajo terminado, lo enviaba al capellán, á fin de que lo hiciese vender y repartiese el importe á los pobres; porque aque-

lla hija de tantos reyes y príncipes, que habían fundado hospitales y dotado monasterios, no tenía un óbolo que pudiese dar.

Filipina alimentaba algunos pajaritos en su ventana; esta ocupación de niña era lo que más tarde llamó María Stuard *diversión del prisionero;* cuando las avecillas eran grandes, la condesa de Flandes les daba la libertad, y seguía largo tiempo con los ojos su vuelo alrededor de las altas murallas.

Semejante á aquellos pajaritos que venían á posar su vuelo algunas veces sobre las bóvedas ennegrecidas del Louvre, un niño se deslizaba de tiempo en tiempo en la cámara de Filipina, á la que había dedicado un ingenuo y tierno afecto.

Era un sobrino del gobernador, llamado Raoul; un huérfano criado en la sombría fortaleza, que parecía mirar el Louvre como suyo; tanta era la alegría con que recorría las tristes galerías, jugaba ruidosamente y subía con rapidez á las murallas y á las torres.

Ocho años tenía Raoul cuando Filipina fue encerrada en la fortaleza; una tierna y viva amistad por la prisionera nació en su alma infantil, y frecuentemente, fuerte con sus privilegios de niño, iba á verla y se

movía alrededor de la princesa como una alegre mariposilla.

Algunas veces la joven cautiva tomaba también parte en los juegos del niño; pero desde su enfermedad había quedado en extremo débil y lánguida, y Raoul, al verla así, comprendía que debía ser menos turbulento.

Gustaba el niño de oirla leer, ya la leyenda del rey Arturo, ya la historia de los siete hermanos Macabeos, ya las maravillosas narraciones de las Cruzadas, y Filipina se complacía en ver los relámpagos de valor que brotaban del alma de Raoul.

La princesa no tenía otro placer que la vista y la compañía de este niño, que le parecía que sería un día amable, piadoso y valiente.

—Cuando tú seas grande,—le decía,—yo habré muerto; entonces llevarás noticias mías á Flandes, á mis hermanos y hermanas, y les dirás que no dejen mi pobre cuerpo en la capilla del Louvre; que le transporten á Winendale, y que le hagan enterrar en el cementerio de la ciudad, para tener musgo y flores sobre mi cabeza, ya que tan pocas he tenido cuando vivía.

—Cuando yo sea grande vos seréis rei-

na,—respondió Raoul,—yo seré caballero, y vestiré vuestros colores.

—¡Yo reina!—repitió Filipina,—¡jamás! Y no obstante, yo he recibido la promesa de Eduardo, y él tiene la mía.

—Ya vendrá á buscaros,—observó el niño lleno de confianza;—pero es preciso que acabéis de curaros para marchar con él; tomad, adornáos con estas preciosas flores, que he cogido esta mañana para vos, noble señora.

Filipina tomó las rosas y los lirios silvestres que Raoul le presentaba, y dijo con melancolía:

—Las ofreceré á la santa Virgen, como lo hacía en Winendale; en cuanto á mí, ya no pienso en los adornos, mi querido Raoul.

—Entonces, señora, leedme una bella historia; después arreglaremos las flores, las llevaremos al altar del oratorio, y rezaremos á la santa Virgen, para que os liberte; yo me iré con vos.

Filipina sonreía al niño, pero la esperanza, tantas veces desvanecida, no penetraba ya en su alma; deseaba la libertad, pero sin esperarla; aspiraba á la dicha, pero ya no creía en ella; su delicada salud la iba separando de la tierra; estaba tan pálida, tan

flaca, que Pedro Flotte no juzgó necesario mandarle nuevos asesinos.

Contaba con la tristeza, ese lento pero seguro veneno de la juventud y de la belleza.

El silencio sepulcral que reinaba en torno de la princesa era el más cruel de sus tormentos; las semanas, los meses, los años, se habían pasado sin tener noticias de su patria y de su familia; un día se puso de rodillas ante el capellán, y le pidió por Dios que le dijese lo que sabía; el anciano la miró con una profunda comiseración.

—Hija mía,—le dijo,—si lo queréis, hablaré y sabréis cómo vuestro país y vuestra casa han sido duramente probados... ¿Adoraréis esta cruz, hija mía?

—Sí, padre mío,—respondió la princesa,—el silencio es lo más cruel para mí; hablad.

—El rey Felipe es ya señor de los estados de vuestro padre, hija mía; abandonado por sus aliados, vendido por los habitantes de Brujas, el conde de Flandes, después de haber procurado obtener la paz por mil medios, se ha entregado en las manos del rey de Francia.

—¡Oh, mi desgraciado padre! ¿Y qué ha sido de él?

—Al llegar á París, se hallaba abrumado de una tristeza mortal; los que le han visto, me han dicho que hablaba de vos, y que repetía sin cesar: *¡Si yo no hubiera venido á París la primera vez, mi pobre hija no estaría languideciendo en una prisión.* Presentado al rey con vuestros dos hermanos y cincuenta caballeros fieles que le quedaban fue enviado al instante cautivo á la torre de Compiegne; Roberto está igualmente preso en Chinon, y Guillermo en Isoudum; ya véis, hija mía, que el Señor ama á vuestra familia, puesto que le envía tan pesadas cruces.

Filipina cayó de nuevo de rodillas, elevó sus manos juntas al cielo, y exclamó:

—¡Dios mío, mi soberano Señor! ¡yo adoro vuestra voluntad y me ofrezco á vos para sufrir vuestros rigores en el lugar de mi querido padre y de mis hermanos; que yo viva y muera en esta prisión, pero que ellos queden libres! ¡Dadme sus cadenas y las llevaré con vos, Señor mío Jesucristo!

La princesa no pudo continuar; una palidez mortal cubrió su inocente y sublime rostro; el sacerdote la levantó en sus brazos, la colocó en un sillón y le habló largamente, sentado á su lado. No tenía que exhortarla á la resignación, pero la mostró el cie lo y

sus inefables recompensas; le recordó los santos que habían gemido en los hierros, los héroes de la cruz, que habían soportado las persecuciones y las calumnias, el odio de sus prójimos y la traición de sus servidores, y terminó así su consolador discurso:

—¡Su corona será grande! ¡Dichosa sois, hija mía, en no haber participado de la diadema de un rey sobre la tierra, porque Dios os reserva en el cielo la corona de los mártires y de las vírgenes!

VII

Las justas

Pocos días después de esta conversación, el ruído atronador de muchas trompetas resonó en los muros silenciosos del Louvre y llamó la atención de Filipina.

Raoul jugaba á su lado; la princesa, admirada, se volvió hacia él, y le preguntó:

—¿Sabes tú lo que sucede, mi querido niño?

—Sí,—respondió Raoul con aire sombrío

y dejando los juguetes,—y muy bien que lo sé!

—Dímelo, Raoul,—dijo Filipina poniendo su blanca y pequeña mano en la cabeza del niño.

—Es un torneo que tiene lugar allá abajo (1).

—¿Y tú no vas á verlo?—preguntó admirada la joven.

—No, señora; porque el motivo del torneo no me agrada.

La princesa sonrió débilmente al ver el aire serio y convencido del niño.

—¿Puedo saber lo que te contraría? ¡Vamos, dímelo!

Raoul se puso encarnado, hirió el suelo con su pie, y dos lágrimas saltaron de sus ojos, á la vez que decía con voz entrecortada:

—¡Si yo fuera grande, bajaría á la liza y desafiaría á ese orgulloso caballero inglés; le diría además que no tiene honor ni fe!

—¿Pero qué ha hecho ese pobre caballero?

—Le diría que está blandiendo su lanza por una causa infame; con vos era con quien

(1) El Louvre tenía entonces un campo cerrado muy vasto, donde se verificaban los torneos: uno de los torreones se llamaba *La torre donde se pone el rey cuando se justa.*

debía casarse Eduardo de Inglaterra, y no con Isabel de Francia.

El niño, en su cólera generosa, había revelado lo mismo que quería callar; Filipina enrojeció; aquel nuevo dolor tenía mucha parte de afrenta; juntó las manos y dijo:

—¡Mi pobre Alix lo había previsto! ¡Sea bendita la voluntad de Dios! ¿Es acaso para celebrar los desposorios de Isabel y de Eduardo para lo que se celebran esas justas, Raoul?

—Sí, señora mía,—respondió el niño llorando;—yo no quería decíroslo; lo que quería era matar á esos traidores ingleses.

—Cálmate, hijo mío,—dijo dulcemente Filipina,—porque, ya lo ves, estoy tranquila también. ¡Dios bendiga su matrimonio; yo ya no le pido nada, sino que mi pobre padre quede libre!

Durante largo tiempo resonaron las trompetas, se oyeron los relinchos de los caballos y el ruido de las aclamaciones populares.

Filipina no parecía escuchar; pero aquel día estuvo en la capilla más largo tiempo que el de costumbre; á las oraciones que dirigía al cielo por sus padres y por su querida Alix, añadió desde aquel día otra por Isabel de Francia, futura reina de Inglaterra.

Desde aquel día también pareció más profundamente tranquila; toda esperanza terrestre se había secado hasta en su raíz para la desgraciada niña; rezaba mucho, hilaba con sus débiles manos la lana que destinaba á los pobres, y hablaba dulcemente con Raoul; alguna vez se decía á sí misma:

—Este niño crecerá, y se irá muy pronto á servir al rey; entonces quedaré del todo sola.

Pero, sonriéndose interiormente, añadía:

—Entonces ya habré muerto... y si por desgracia viviera, ¿no me quedará Dios? Ya no deseo nada más sino que mi padre y mis hermanos recobren la libertad.

Llegó, en efecto, el día en que Raoul la dejó; tenía catorce años, y fue nombrado paje de Roberto de Artois.

—¡Ah!—exclamó el niño; besando por la última vez la mano de Filipina.—Ninguna escuela de caballería me hubiera servido como vuestra compañía; vos, señora, me habéis enseñado toda lealtad y toda nobleza.

—Sé fiel,—le dijo Filipina;—fiel á tu rey, y sobre todo á tu Dios.

—¡Y á vos!—repuso el niño.—¡Yo vestiré luto en memoria de vuestros dolores, mi noble señora!

Sonrió la princesa dulcemente; y cuando su último amigo se alejaba, la vió éste rogando á Dios por él, con los ojos elevados al cielo y las manos unidas.

VIII

Noticias

La noche de un día abrasador de julio descendía lentamente sobre París, y los últimos rayos del sol penetraban á través de las estrechas ventanas de la cámara de Filipina; había hecho abrir las vidrieras, y su pecho anhelante buscaba un poco de aire fresco y puro; un recuerdo vino á su memoria, ¡un recuerdo bien triste!

—¡Así,—se dijo,—así estaba sentada cerca de la ventana la víspera de mi partida para Francia! ¡Pero entonces mi madre estaba allí... yo veía el verde césped y los floridos campos de mi patria, en lugar de este patio húmedo y de estas tristes torres! ¡Era libre! ¡Hace ya siete años! ¡siete siglos!

Cerró los ojos, y miró al cielo, donde ya temblaban las primeras estrellas.

—¡Vos me habéis probado, Señor,—murmuró,—y vos me miráis favorablemente; en vos espero, Dios mío!

Hizo el signo de la cruz, y quedó sumergida en sus pensamientos.

La puerta se abrió en aquel instante; Filipina se volvió sorprendida y oyó, más sorprendida, una voz juvenil que gritaba:

—No temáis, señora, que es Raoul, vuestro servidor.

Las camareras encendieron luces, y la princesa pudo ver á Raoul cubierto con una armadura rota y llena de sangre y polvo; el joven estaba muy pálido, y parecía abrumado de fatiga y de sufrimiento.

—¡Gran Dios!—exclamó Filipina.—¿Qué tenéis? ¡Me parecéis un fantasma que sale de su tumba.

—He escapado á la muerte,—contestó Raoul.—¡Dios lo ha permitido! Vuelvo de la guerra, noble señora, para deciros que vuestros flamencos han alcanzado la victoria; el 11 de julio, los ciudadanos, los artesanos, los nobles y plebeyos han batido, cerca de Courtray, la innumerable armada que guiaban los más nobles caballeros de la Francia;

mi señor, Roberto de Artois, ha caído bajo los golpes de un arquero, y á los gritos de *¡Flandes y su león!* la caballería francesa ha sido diezmada, ó más bien deshecha. ¡Oh, que terrible espectáculo! ¡Qué carnicería en esas verdes praderas! ¡Qué de sangre han empapado las lises de Francia! ¡Qué de cadáveres cubriendo la tierra!

Filipina se había puesto en pie con su pálida frente teñida de un vivo color encarnado, y preguntó con voz temblorosa de alegría:

—¿De modo que Flandes es libre?

—¿Quién podrá dudarlo después de esta victoria?

—¿Y mi padre? ¿Y mis hermanos?

—También serán libres.

—¿Y vos, mi querido Raoul?

—He cumplido con mi deber, viviendo para traeros estas noticias, llorando á mi señor y á tantos valientes caballeros; yo era dichoso, sin embargo, porque pensaba en vuestra alegría; al llegar he obtenido el permiso de hablaros.

—¡Gracias!—dijo la princesa.—Roguemos ahora á Dios por la paz, y si yo soy dichosa algún día, vos, Raoul, lo seréis también.

Un rayo de esperanza había penetrado en

aquel corazón sumiso y entristecido; pero sólo debía alumbrar los últimos días de la pobre cautiva.

Creía Filipina (¿y quién no lo hubiera creído?) que la brillante victoria de los flamencos iba á abrir su prisión, tan largo tiempo cerrada, y que bajo la custodia de su padre y de sus hermanos, regresaría pronto á su patria.

Durante muchas noches volvieron á mecer á la pobre niña sueños dichosos; durante muchos días espió los pasos de los que aguardaba con tanto anhelo; pero el deseado instante no llegó.

Tantas decepciones helaron su corazón, y por grande que fuese su resignación para soportar las penas, su cuerpo, debilitado por la prisión, la tristeza y la soledad, no pudo ya resistir este último dolor.

IX

Libertad

Poco tiempo bastó ya entonces para consumir la vida de la pobre Filipina; la lámpara había recibido muchas sacudidas, para que la llama pudiese brillar pura y apacible; Filipina sintió que su muerte se aproximaba hacia el fin del otoño.

Hasta el postrer día se dirigió, apoyada en las paredes, á la capilla; hasta el postrer día probó á trabajar, ocupando sus manos débiles y temblorosas; por último, el mal se hizo más fuerte que su voluntad, y hubo de permitir á sus camareras que la acostasen.

El capellán vino en seguida; por la postrera vez se acusó la princesa de las faltas de su corta vida, faltas de fragilidad, tan frecuentemente lavadas con lágrimas de la más sincera penitencia; cuando hubo terminado, dijo á su confesor:

—Yo quisiera disponer de lo poco que poseo; hace algunos días que el rey, mi pa-

drino, ha hecho que me devuelvan las joyas que llevaba en dote al príncipe Eduardo; están en aquel cofrecillo, que os suplico padre mío me deis.

El sacerdote puso el cofrecito en sus manos; la moribunda niña miró pensativa aquellas alhajas, que jamás se había puesto; luego tomó dos sortijas de gran valor y las dió á sus camareras, diciendo:

—Guardad vosotras esta memoria mía.

Sacó enseguida una gruesa cadena de oro, y añadió:

—Esta la destino al paje Raoul, que ha sido para mí tan fiel amigo.

Tomando después un medallón guarnecido de perlas, dijo á su confesor:

—Padre mío, dignáos entregarlo á Isabel de Francia, esposa del Príncipe Eduardo; decidle que mis últimos votos fueron por su dicha, y ahora tomad también todas las demás joyas que quedan en el cofrecito, y vendedlas para los pobres... ¡para los pobres prisioneros!

Filipina se detuvo, falta de aliento y de voz; su confesor le prometió que su última voluntad sería cumplida, y la preguntó si estaba pronta á recibir el Santo Viático.

La princesa hizo una señal de adhesión y

de alegría; el capellán la dejó un instante y volvió teniendo en la mano el divino Copón, y seguido del gobernador y de algunos servidores, que llevaban antorchas.

Antes de dar la sagrada forma á la agonizante, le preguntó el sacerdote:

—Hija mía, ¿perdonáis á vuestros enemigos?

—Con todo mi corazón,—respondió,—y pido á Dios que nos reuna en su santo Paraíso.

Una inefable expresión de paz embelleció aún aquel hermoso é inocente rostro, cuando hubo recibido con la Eucaristía el último don del amor de su Dios; parecía recogida en un pensamiento interior; una vez solamente dijo, abriendo los ojos:

—¡Nadie viene... pero Dios está aquí!...

Estas fueron sus últimas palabras sobre la tierra; algunos minutos después la torre del Louvre no guardaba otra cosa que el despojo mortal de la inocente, santa y bella Filipina de Dampierre.

La justicia divina persiguió al pecador hasta la cuarta generación; Felipe *el Bello* murió joven y detestado de sus pueblos; sus tres hijos no hicieron más que pasar sobre el trono, y murieron sin posteridad.

Su hija Isabel llevó á la casa del rey de Inglaterra sus pretendidos derechos á la corona de Francia; jamás amó á su esposo, que se llamó Eduardo III; su ambición, sus repetidos y escandalosos devaneos, la dureza de su corazón la hicieron odiosa; su esposo reclamó sus derechos al trono con las armas en la mano, y excitó un siglo de guerras sangrientas, durante las cuales la Francia se vió al borde del abismo, como justo castigo de la cruel perfidia ejercida con el ángel que se llamó Filipina de Dampierre.

FIN

LA CORONA NUPCIAL

I

Don Agustín de Andrade, rico armador de Barcelona, tenía una familia tan apreciable y tan apreciada de toda la ciudad, que causaba la envidia de los que menos dichosos contaban con escasas simpatías.

Constaba esta familia de su esposa, señora de cuarenta años, poco más ó menos, de un hijo á quien su padre amaba con pasión, y de dos hijas, menores que éste, en extremo amables y agraciadas.

El primogénito se llamaba Carlos y contaba veinte años; la mayor de las dos hermanas, había recibido en la pila bautismal el nombre de Sofía; su hermana respondía al de Carolina.

De estas dos jóvenes, la mayor contaba diez y seis años y la segunda catorce.

El señor Andrade rayaba en los cincuenta; su calva frente atestiguaba la honradez

de una vida patriarcal y pasada en el trabajo; sus ojos azules retrataban algunas veces la bondad; hijo de un honrado carpintero, había reunido con su aplicación un caudal, que fue aumentando poco á poco con su desvelo y asiduidad.

La paz más envidiable reinaba en aquella casa; todos eran felices: don Agustín y su hijo estaban en el escritorio al frente de ocho ó diez dependientes, que llevaban las cuentas de caja y los negocios de la casa. Doña Dámasa y sus hijas pasaban el día ocupadas en sus labores, de las que las dos jóvenes distraían algunas horas para sus estudios.

Algunos criados antiguos les servían con asiduidad y celo, y además había otros más jóvenes para los oficios pesados de la casa.

Presidían y gobernaban á la servidumbre, Pelagia, anciana ama de llaves y muy regañona por más señas, y Simón ó más bien don Simón, enjuto mayordomo que siempre estaba disputando con aquella.

Pelagia era alta y gruesa, con cara muy ancha y muy colorada, ojos muy pequeños y nariz muy roma; su calma era extremada, y aunque tenía las mejores intenciones del mundo jamás podía apresurarse por nada.

Don Simón rabiaba con ella á más no poder, porque él era listo como una ardilla, y estaba dotado de tan prodigiosa actividad, que no podía estar quieto en ninguna parte.

A cada instante había disputas entre doña Pelagia y don Simón; disputas que hacían reir mucho á don Agustín y á toda su familia.

Sin embargo, á pesar de ser tan diferentes en todo, había una cosa en la cual se asemejaban mucho los dos vetustos servidores, y era en el acendrado afecto que ambos profesaban á sus amos; pero aun esto era origen de mil disputas, pues doña Pelagia distinguía á Carolina, mientras don Simón tenía una ciega preferencia por Sofía.

Carlos era en esta parte, el más afortunado de los tres hermanos, pues los dos viejos le amaban igualmente.

Pero para que jamás faltase motivo de disputa, el joven que se reía de las contiendas de los viejos, era también causa inocente de muchas de ellas, y en honor de la verdad, provocaba cuantas podía por el sabroso placer que hallaba en oirles.

Si doña Pelagia ponía en el tocador de Carlos un traje obscuro, don Simón le aseguraba que aquel día debía vestir de claro;

si doña Pelagia le guardaba algún mimo cuando hacía algún plato de dulce, don Simón la reconvenía, diciéndole que eso eran golosinas perjudiciales, y que sólo quería enfermar al señorito para después hacer el papelón cuidándole; en fin, si le arreglaba por sí misma la cama, mulléndole los colchones, arropándole y corriendo las cortinas cuando se acostaba, la llamaba oficiosa, pesada y otros mil dicterios por el estilo.

Doña Pelagia, no se descuidaba tampoco en tildar todas las acciones del mayordomo; si iba á misa le llamaba *santurrón*, y eso que ella era la cristiana mejor del mundo; si leía, *sabiondo;* si dormía, *perezoso;* si contemplaba ó procuraba adivinar el gusto de sus señores, *lagotero;* en fin, el pobre hombre no tenía palabra ni acción que no se le motejase á cada instante.

Don Agustín se divertía mucho con estas contiendas, y las provocaba siempre que podía; pero su esposa, que estando más en contacto con los contendientes, sufría las consecuencias, solía enfadarse y regañar á los dos, aunque con la mesura que la edad de entrambos exigía.

Entonces cada una de sus hijas defendía á su favorito; Sofía, la mayor, á don Simón;

Carolina á doña Pelagia y la discusión crecía, renovándose cuatro ó cinco veces cada día.

Carlos y su padre, después de haber provocado el alboroto, se iban riendo al despacho á contemplar, como ellos decían, los toros desde la barrera.

Tal era el estado de la casa del opulento don Agustín Andrade en el momento que empieza mi narración.

II

Antes de pasar adelante, daremos á conocer la parte física y moral de los demás actores de esta historia.

Natural es empezar por el padre como cabeza de la familia.

Era un hombre de cincuenta años, de estatura elevada y regular corpulencia.

Ya dige antes que era calvo, y que sus ojos azules respiraban bondad; pero esta cualidad del corazón sólo la reconocían su fami-

lia y sus amigos, pues para sus dependientes era duro, severo y bastante avaro.

No podía dar al olvido que todo cuanto poseía lo había reunido, según su expresión usual, real á real; y esta circunstancia en las almas que no están dotadas de gran elevación de sentimientos, deja un fondo de dureza y amargura que jamás desaparece por completo.

Su juventud había sido triste y llena de humillaciones; huérfano desde una edad muy tierna, no había tenido quien enjugara sus lágrimas y quien le consolase de los rudos tratamientos de su maestro; muchas noches había pasado á la intemperie, ó durmiendo en un portal; muchos días sin comer, muchas veces había sido herido por la mano de su maestro ó de alguno de los oficiales, porque había algunos en el taller que se complacían en maltratarle; ¡tales eran la ruindad de sus corazones y la bajeza de sus sentimientos!

¡Porque hay en la pobreza tantos sufrimientos que vosotros ignoráis, queridos lectores! ¡Ojalá que nunca los probéis ni sepáis lo que cuesta en muchas ocasiones ganar un escaso pedazo de pan, que muchas veces se riega con lágrimas amargas!

Agustín había perdido á sus padres poco después de nacer, quedando á cargo de un tío suyo, que el día en que cumplió seis años, le dijo:

—¡Canalla! ¡A ganar el pan!

Aquel hombre, que era guarda de puertas, no reparó, ó no quiso reparar, en la endeble y mísera constitución de su sobrino, minada más y más por la abundancia de los golpes que le daba y la escasez de aquel pan que hasta el día le había dado, y que entonces le enviaba á ganar.

Si el guarda de puertas hubiera sido maestro de escuela habría puesto un letrero con letras muy grandes á la puerta del aula que dijese:

LA LETRA CON SANGRE ENTRA.

Pero como destinaba á su sobrino al oficio de carpintero, se dijo á sí mismo:

—El conocimiento de la sierra y del escoplo entrará, según creo, con los golpes. Y llevó á su sobrino á casa de un carpintero que tenía fama de ser el más hábil de Barcelona, pero el más brutal y feroz.

El pobre muchacho padeció lo que no se puede describir; en aquella tierna edad en que necesitaba del amor y de los cuidados de

una madre, nadie enjugaba sus lágrimas ni se interesaba por sus infortunios; no tenía ni aun el inefable consuelo de elevar su corazón á Dios en una amorosa súplica, pues el niño, ni sabía rezar, ni que existía un ser Todopoderoso que ha dicho: *¡Bienaventurados los que lloran, porque de ellos es el reino de los cielos!*

¡Pobre Agustín!

Faltábanle, al mismo tiempo que todos los socorros de la tierra, todos los consuelos celestiales.

Cuando nuestra alma se eleva en alas de la oración hasta el trono de Dios, se olvidan todos los dolores de la tierra, y nos parece que el soberano Señor de todo lo criado nos mira sonriendo con paternal bondad.

Otro hermoso refugio tienen la infancia y la juventud, éste es el amor y la devoción á la Virgen María, consuelo de afligidos y amparo de los desconsolados.

Los niños á quienes se les acostumbra á mirar como á su madre á la Madre de Dios, son, por lo común, de carácter bondadoso y tierno; son caritativos y pacientes, y se inclinan al bien con preferencia á todo, por convicción y por tendencia natural.

Agustín, cuya índole era dócil y humilde,

hubiera sido un muchacho angelical si le hubiese educado una madre piadosa y buena; pero abandonado á sí mismo, y no teniendo ejemplos buenos á la vista, ni santas máximas en el oído y en el alma, su corazón se endureció, y se hizo vengativo y egoista.

Aprendió con perfección el oficio; abrió un taller por su cuenta, y algunos años después era uno de los más ricos armadores de Barcelona, sin que su actual ventura le hiciese olvidar ni por un instante sus desventuras pasadas.

Casóse con una joven, hija única de un opulento comerciante, y que le llevó un dote cuantioso, pero que era una de esas criaturas frías, sin voluntad ni sentimiento, y que ni por una hora en tantos años de matrimonio supo comprender á su esposo.

Era un autómata que hacía sólo lo que su marido la ordenaba, y que ni tuvo jamás en su casa el lugar que le correspondía, ni se la ocurrió reclamarlo.

Puede decirse que la gobernadora general era doña Pelagia, cuyo carácter activo y despejado entendimiento eran muy á propósito para gobernar.

Poco á poco la sumisión pasiva y helada de doña Dámasa, (éste era el nombre de la

esposa del armador), fue creciendo, llegando á convertirse en una nulidad completa.

Jamás discutía, mejor dicho, jamás se detenía á discurrir; jamás negó nada á sus hijos; pero jamás tampoco reparó en que estuviesen tristes, sin que la inquietasen más las enfermedades de su cuerpo que las enfermedades de su alma.

En suma, doña Dámasa era una de esas naturalezas heladas y egoistas, que no valen ni aun para sí propias.

De sus hijas, la mayor se le parecía bastante, al paso que la más pequeña estaba dotada de la misma prodigiosa actividad que su padre.

Sin embargo, ni Sofía tenía el alma tan helada como doña Dámasa, ni Carolina tenía tan duro corazón como su padre; aquella, alta, rubia y bastante sosa, era pacífica y algo indolente; Carolina, pequeña, morena y viva, era revoltosa y activa, más cariñosa y entusiasta que su hermana.

Su padre las quería á las dos con igual pasión.

Su madre no era capaz de amar á nadie más que á sí misma, y esto no mucho tampoco.

Cárlos era amado de todos y él amaba á

todos también; era un buen muchacho, alto como Sofía, y moreno como Carolina; gallardo, cariñoso, pulcro y elegante; siempre alegre, su vida participaba del trabajo y de los placeres propios de su edad.

Su padre, á quien la pobreza había ocasionado tan amargos sinsabores, le había educado lo mismo que á sus hermanas, en medio del fausto y de la magnificencia; pues, aunque bastante avaro con los extraños, nunca lo era cuando se trataba de sus hijos, que constituían lo que más amaba en este mundo.

Doña Pelagia, además de sus funciones de ama de gobierno había sido una especie de aya para las dos niñas, que la querían, Carolina con toda la vehemencia propia de su carácter, y Sofía con cuanto cariño podía caber en el suyo.

Educadas en uno de los mejores colegios de Barcelona, en el cual pasaban casi todo el día, la buena doña Pelagia era la que velaba por ellas en las horas restantes; asistía á su tocador, cuidaba, ayudada de una doncella, de sus vestidos y ropa blanca, y las acompañaba á paseo.

Su madre era para ellas una especie de sombra, muy respetable y muy respetada,

pero á la cual no se daba parte ninguna de los acuerdos de la casa.

Don Agustín había educado á Carlos, pues éste no había tenido preceptor; es verdad que la bella índole del joven y su perspicaz inteligencia habían necesitado de muy poco trabajo para pulirse.

Hay algunas almas bellas en las que es natural y nativa la intuición de todo lo hermoso, noble y bueno; la de Carlos era una de estas almas tan escasas en el mundo.

Alegre, activo, trabajaba con placer y jugaba con sus hermanas, hacía reir á su madre con sus entusiastas caricias y llenaba de vanidad el corazón de don Agustín.

Descrita ya la familia, pasaremos á describir la casa del armador, para la mejor inteligencia de esta historia.

III

En el bellísimo paseo de la Rambla, de la culta, la hermosa, la industrial Barcelona, se elevaba una soberbia casa, que más pa-

recía un palacio, y que era la que habitaba la familia de Andrade.

Durante el verano, por las mañanas y á la caída de las tardes, era casi fijo el ver tres bellas cabezas en el gran balcón mirador, cerrado con cristales, que se abría sobre la puerta principal, de dobles hojas y madera esculpida.

Aquella puerta era muy grande; tenía por llamadores dos enormes cabezas de león, de bronce, tan bien cinceladas y tan limpias, que parecían de oro bruñido.

Entrábase en seguida al patio, que era grande y sustentado con elegantes columnas de piedra.

Este patio estaba expléndidamente iluminado con magníficos reverberos de gas.

Un portero principal se paseaba todo el día ó se sentaba á leer majestuosamente en una butaca de cuero, á las horas del calor, junto á la puerta del patio, mientras el tío Benito, viejo y pobre zapatero remendón, que ocupaba una covachita en el rincón más obscuro é invisible del patio, recibía todos los recados y hacía de verdadero portero, aunque no se llevase la gloria de semejante empleo.

Era el tío Benito un viejecito muy delga-

do y de condición tan apacible, que podía tenérsele por santo.

La opulenta familia del armador no le conocía siquiera, ni le miraba, ni sabía quién era, pero todos los criados de la casa, cuya víctima era el pobre zapatero, decían á una voz que era efectivamente santo, por más que esto no les impidiese mortificarle.

Desde el amanecer empezaba la letanía de los mandados del tío Benito.

—Tío Benito,—decía la cocinera,—súbame carbón.

—Tío Benito,—decía el ayuda de cámara,—súbame leña para la chimenea.

—Tío Benito,—decía doña Pelagia,—vaya usted por hilo para zurcir.

—Tío Benito,—decía don Simón,—vaya usted á ver por qué no viene el sastre con mi levita.

—Tío Benito,—decía una camarera,—cósame usted esta chinela, pues hasta que cobre el mes no puedo comprar otras.

—Tío Benito,—decía la otra camarera,—ayúdeme usted á comprar flores ahí abajo.

El pobre tío Benito tenía que multiplicarse para hacer todos aquellos encargos y para contentar á todos los de la casa.

—Y ¿cuándo trabajaba?—podréis pregun-

tarme, y con mucha razón, mis queridos lectores.

Pero yo no os podría dar razón de eso.

Dios, como suele decirse, hacía el gasto para que el pobre viejo Benito pudiese vivir, pues nadie de la casa le daba un cuarto por sus reiterados servicios, ni le dejaba tiempo para acudir á sus remiendos.

He dicho que la familia de Andrade apenas tenía noticias de aquel infeliz inquilino de un rincón del patio, y así era la verdad.

Un día había ido Ventura, el ayuda de cámara, al cuarto de don Agustín por la mañana, y le había dicho si quería dejarle el camaranchón del patio para un pobre viejo á quien conocía desde hacía muchos años. Don Agustín, que estaba muy contento de los servicios de Ventura y que, por otra parte, se hallaba tan preocupado con una combinación mercantil, que apenas atendió á lo que se le decía, accedió sin dificultad á aquella demanda, lo que tal vez no hubiera hecho sabiendo de lo que se trataba, pues tenía rencor y mala voluntad á todos los pobres, acordándose de que él lo había sido en otro tiempo.

El tío Benito fue, pues, al patio y bien pronto se convirtió en mandadero de todos

los criados, que abusaban de su desdicha y de su dependencia.

Los dos balcones del despacho particular del armador daban enfrente del tabuco del zapatero; pero, además de que don Agustín no los abría jamás, el pobre anciano se escondía muerto de miedo en el fondo de su cueva en cuanto le veía aproximarse.

¿De qué provenía el espantoso temor del tío Benito hacia el opulento señor de la casa?

Esto explicaba lo que se decía entre la servidumbre acerca del armador.

Las tres bellas cabezas que cada tarde se veían, según he dicho, en el mirador de cristales, pertenecían á Carlos y á sus hermanas.

Eran una negra, otra rubia y otra castaña.

La hermosura de la rubia, perteneciente á Sofía, traía á la memoria la que admiramos en la Virgen María, en María Magdalena y en Eva, esos tres adorables tipos de la belleza femenina y de las mujeres rubias.

Eran sus cabellos largos, sedosos y finos como un manto de seda; sus grandes ojos, del azul más suave, si bien un tanto fríos en su expresión, eran dulces como los de

una niña; es verdad que Sofía tenía sólo diez y seis años y era su carácter en extremo inocente. Sofía y su hermana vestían casi siempre de blanco; era esta última una niña algo gruesa, pero dotada de gran viveza y penetración. Sus negros ojos chispeaban con el fuego del talento y del ingenio; sus mejillas eran sonrosadas, su tez morena, su cabello negro y abundante.

Era su sonrisa encantadora, y dejaba ver con ella dos sartas de menudas perlas, que tales parecían sus blanquísimos y diminutos dientes.

Divertíase mucho con su hermana, á la que motejaba continuamente por su asombrosa calma para todo, admirándose de que no estuviese muy gruesa.

—¿Qué harías si llegásemos á ser pobres?—le preguntaba algunas veces.

—No sé,—respondía fríamente Sofía encogiéndose de hombros.

—Pero, vamos, mujer,—insistía Carolina,—piensa un poco. ¿Qué harías tú si quedásemos pobres?

—¿Para qué he de incomodarme en pensar en una cosa que no puede ser?

—¿Cómo que no puede ser?

—Nuestro padre es muy rico.

—¿Y eso qué importa? Otros más ricos han empobrecido.

—¡Bah, bah! Déjame en paz.

Así acababan siempre estas conversaciones; Carolina y Carlos se reían de su hermana, y ésta volvía á hacerse aire con el abanico, lo cual era su única ocupación en el verano, ó atizar el fuego de la chimenea que era su único quehacer del invierno.

Carlos venía algunas tardes á tomar parte en estas discusiones; su hermosa cabeza, lo parecía aún más al lado de la rubia de Sofía y de la negra de Carolina. Carlos tenía el cabello castaño y lleno de rizos naturales, los ojos muy grandes, de color pardo obscuro, adornados por largas cejas y rizadas pestañas; la tez trigueña y algo pálida, con ese delicado color que prestan las vigilias del bufete á las personas muy jóvenes; la manos delicadas, la estatura alta y el talle elegante.

Una tarde que Carolina preguntó, según acostumbraba muchas veces, á su hermana qué haría si se volviese pobre, y que ésta no supo qué responder, Carlos lo hizo por ella.

—Sofía,—dijo,—se dejaría morir de hambre primero que trabajar.

La indolente, por toda respuesta, dejó escapar un largo bostezo, como aseveración de las palabras de su hermano.

—Pues yo no,—repuso Carolina alegremente,—yo trabajaría.

—¿Tú?—preguntó Carlos con aire incrédulo.

—¿Por qué lo dudas?

—Creo que nunca os ocupáis de nada ninguna de las dos, y, por otra parte, hacéis bien; el trabajo es para el hombre y no para la mujer.

—Carolina está trabajando todo el día como una criada,—dijo Sofía con indolencia.

—¿Trabaja?

—Sí.

—¿En qué?

—En coser, en bordar, hasta en limpiar la casa.

—Pues ¿y las criadas?

—Dice que no lo hacen bien.

—Así me entretengo,—observó Carolina,—y doña Pelagia me lo agradece; hoy le encañoné dos papalinas.

—Pero, hermana, ¿es posible que hagas eso?—exclamó Carlos.

—¿Qué mal hay en ello?

—¿No ves que te rebajas?

—Más rebaja la ociosidad,—repuso Carolina.—Si papá quedase pobre, yo bordaría, cosería y haría dibujos para vender. ¿No valdría esto más que dejarse morir, como dices que haría Sofía?

Carlos calló: conocía que su joven hermana, á pesar de ser una niña, tenía razón; pero estaba tan poco acostumbrado á ver trabajar á su madre, único modelo femenil que había tenido á la vista, que le parecía por lo menos disparatado cuanto Carolina decía.

En efecto; doña Dámasa en su vida había hecho nada más que estarse tendida en un ancho sillón, y su marido, que no le dejaba participación alguna ni en sus penas ni en sus alegrías, recordaba que le había llevado un excelente dote y que tenía el derecho de todas las mujeres ricas; esto es, el de no hacer nada.

Así, pues, doña Dámasa se ponía los trajes que le llevaba la modista, estuviesen anchos ó estrechos, porque ella no tenía la más leve pretensión de coquetería; se ponía la papalina que le presentaba cada día doña Pelagia en una bandeja de plata, y se dejaba peinar según la moda, ya estuviera bien ó mal á su fisonomía larga y enjuta.

Jamás se le oyó dar la preferencia á un color ni á una hechura; para ella todo era igual, á condición de que se la dejase en su venturosa apatía.

—¿Cómo es que no trabaja mamá?—preguntó Carlos después de reflexionar en lo que había dicho su hermana.

—Porque no quiere, y hace bien,—repuso Sofía.—¿Qué necesidad tiene de hacerlo?

—Tampoco Carolina la tiene.

—Es su genio.

—Justo; y el de mamá así como el tuyo, es de no hacer nada.

—Mamá no sabrá trabajar; siempre ha sido muy rica, en casa de su padre cuenta que había muchos más criados que en la nuestra, y que tenía para ella dos camareras.

—Ese sería un mal para ella si quedáramos pobres,—dijo Carolina.

Reinó el silencio por algunos instantes, y Carlos fue el primero en romperlo diciendo á sus hermanas.

—¿Sabéis que papá hace ya ocho ó diez días que tiene muy mal humor?

—¿Contigo?

—No; más bien con los dependientes.

—¡Bah! ¡Eso no es nuevo!—dijo Sofía;—papá trata mal á esos pícaros, y hace bien.

—Es que ahora los trata peor que nunca.

—También hace bien.

—¿Pero qué manía tienes tú contra esos pobres jóvenes?—preguntó Carolina mirando á su hermana con tristeza.

—¿Y qué manía tienes tú con defenderlos siempre?—repuso aquella.

—Me da pena, porque trabajan mucho y ganan poco.

—¡Oh! lo que es trabajar sí,—dijo Carlos,—desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde no levantan cabeza.

—¡Y eso para ganar cada mes veinte duros, doce y alguno diez!—exclamó dolorosamente Carolina.

—Han nacido pobres, peor para ellos,—dijo Sofía.

—Escucha, hermana,—repuso Carolina;—yo creo que la esclavitud del trabajo es una de las más duras de la tierra: ¿por qué papá, que es tan rico, no había de redimir de esa esclavitud á algunos de esos desgraciados, á todos si pudiese?

—¡Ay, Dios! ¡Pues serían bien empleadas las riquezas!—exclamó Sofía.

—Algunos hay muy dignos de ese beneficio,—dijo Carlos;—sobre todo, uno que mantiene á su madre enferma, y que viene tan

mal vestido á la oficina, que papá dice que le va á echar.

—¡No lo quiera Dios!—murmuró Carolina;—yo creo que semejante inhumanidad, nos atraería alguna desgracia. Mira tú, Carlos, si puedes variar el ánimo de nuestro padre en favor de ese infeliz.

—Lo que es ahora, imposible,—dijo el joven—¡ya os he dicho que tiene un humor que mete miedo!

—¿Por qué será?—dijo Carolina.

—Yo no sé,—repuso su hermano;—cada día recibe cartas que lee con ansia encerrado en su despacho particular, y contesta por sí mismo cosa que jamás le había visto hacer: luego sale pálido y demudado, y empieza á regañar con todos.

—¿Y contigo?

—Conmigo no.

—Tampoco con nosotras.

—El otro día al darme la mensualidad de veinticinco duros que me tiene asignada para mis gastos añadió ocho más y dijo:

—Toma, hijo mío, por si acaso no te los puedo dar mucho tiempo.

—A nosotras,—dijo Sofía,—nos ha dado cuatro más en nuestra pensión de alfileres.

—Y cuando me la dió á mí,—añadió Ca-

rolina,—tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Pues señor, aquí algo pasa,—dijo Carlos.

—Allá veremos.

Los tres hermanos se pusieron á hablar de cosas indiferentes, y Carlos, después de media hora, se despidió de sus hermanas para dar un paseo á caballo con sus amigos.

Al salir, fue á dar un beso en la frente de su madre que estaba sentada en un cómodo sillón.

Doña Dámasa era una señora de semblante muy blanco y algo pálido; pero con esa palidez mate y triste que procede de la carencia de ejercicio, y de no tomar jamás el sol ni respirar el aire libre.

Apenas pareció apercibirse de aquella tierna caricia filial: parecía de contínuo adormecida en una especie de grata somnolencia, de la cual nada en el mundo bastaba á sacarla, ni salía de ella más que á las horas de comer, en las cuales tomaba un alimento muy escaso.

Su fisonomía se animaba algunas veces con una expresión triste, pero dulcemente resignada; pudiera decirse que alcanzaba alguna conciencia de sí misma, que tardaba muy poco en perder, ora fuese por conve-

niencia propia, ora porque su ánimo estuviese por completo apocado y abatido.

En el momento en que su hijo la abrazó ninguna emoción reflejó su semblante; parecía sumergida en el triste sueño que casi siempre invadía sus sentidos y todo su ser.

Carlos la miró con tristeza: ¡el amor maternal, cuando falta al alma, parece mucho más precioso!

Luego ahogó un suspiro, y salió deseando distraerse con sus amigos de los tristes pensamientos que le agitaban y que no había confiado por completo á sus hermanas temiendo entristecerlas.

IV

Bajemos por ahora del suntuoso palacio, mis amados lectores, para entrar por un rato en el pobre agujero del tío Benito, que luego ya volveremos á subir y á visitar los soberbios departamentos de arriba, según lo vayan exigiendo las circunstancias.

Es en el mes de septiembre, y á las seis de la mañana, cuando llegamos á la puerta de la miserable covacha en la cual el tío Benito, después de haber corrido como un azacán durante dos horas con los recados de los criados, acaba de entrar para ver si puede desayunarse.

El haber empezado tan pronto su cotidiano ejercicio consiste en que por la noche le han dejado muchos encargos, además de los ordinarios que con tan poca caridad le hacen cada mañana.

A aquella hora ya había él avisado á la lavandera, á la planchadora, y había traído al cocinero una infinidad de comestibles, cada uno de los cuales le había costado un viaje por separado.

El desdichado anciano, exánime de fatiga y casi asiéndose á la pared, entró en su cuarto, si cuarto puede llamarse un agujero obscuro y húmedo, pues estaba pegado por la espalda al pozo ó noria del jardín.

Ya he dicho que el tío Benito era un viejecito diáfano, de puro flaco; pero bien merece, al presentarle al público, un retrato más detenido y exacto, puesto que es uno de los principales personajes de esta historia.

Rayaba el zapatero en los setenta años, ó

al menos tan antigua fecha indicaba su semblante marchito y sus decaidas facciones, aunque quizás las miserias y las privaciones habían producido en ellas más extragos que el transcurso del tiempo.

Era pequeño y muy flaco, y había en su semblante una notable expresión de inteligencia y sufrimiento que conmovía.

Sus ojos, grandes y negros, que en los días de su juventud debieron ser muy hermosos, estaban hundidos y rodeados de arrugas; su nariz era larga y de forma distinguida; su boca fina, pero triste y adornada aún de una dentadura blanca é igual; sus mejillas enjutas, estaban siempre afeitadas con esmero, lo mismo que su barba; su frente era ancha, y su cabeza pequeña y fina, estaba cubierta de cabellos blanquísimos y finos como la seda.

Pero lo que más hubiera llamado la atención del que se hubiera detenido á contemplar al tío Benito, hubiera sido la forma elegante de sus manos y de sus pies, pequeños y estrechos como los de una persona distinguida.

Pero ¿quién había de pararse en estas cosas? El pobre anciano permanecía lo más oculto que podía, y apenas se atrevía á sa-

car su mesilla curiosa y limpia á un ladito del patio, á la cual iban únicamente las criadas de la vecindad á recojer su calzado.

El zapatero vestía invariablemente, en invierno y en verano, por la triste razón de no tener otra cosa, un pantalón de grueso paño negro, muy raído y deteriorado, y una levita larga y ancha de la misma tela y color; ninguna de aquellas prendas se habían cortado para la exígua persona del tío Benito, que á pesar de haberlas achicado y arreglado por su mañosa mano, se revolvía en ellas con la mayor holgura.

El resto de su atavío lo componían una camisa vieja, pero muy limpia, una corbata negra muy usada, un pañuelo de cuadros azules de algodón, para el bolsillo, unas medias muy blancas y unos zapatos, casi siempre muy viejos, de cordobán, pero que él lustraba y recosía con incansable paciencia.

El tío Benito merecía que se le hubiese llamado más bien *D. Benito,* por lo fino y delicado de sus hábitos.

Cuando salía á cumplimentar los interminables recados de los criados, se ponía sobre sus blancos cabellos un sombrero de copa viejísimo y de una anticuada forma con ali-

ta muy estrecha, y que era ya casi rojo á fuerza de ser pardo.

En la mañana del día en que le presento á mis lectores, parecía el pobre anciano agobiado de fatiga: los recados que había hecho le habían obligado á recorrer largas distancias y sólo el cocinero le hizo ir siete veces hasta el mercado.

Su rostro venerable estaba en extremo descolorido; sus labios casi blancos, temblaban convulsivamente; apenas entró en su cuartito se quitó su sombrero y pasó por su frente, cubierta con el sudor de la congoja, su viejo pañuelo azul y blanco.

Luego se dejó caer en una silla desvencijada que era la única que se veía en aquel reducido aposento.

Apenas tenía éste quince pies cuadrados; las paredes húmedas, estaban sólo cubiertas de yeso, que se había puesto obscuro á causa del agua que se filtraba de la noria.

Una ventanilla muy pequeña, ó más bien, un agujero abierto en la pared, le daba luz; pero aquel agujero no tenía para cerrarse más que un postiguillo de madera que ó le robaba toda la luz estando entornado, ó le dejaba al aire y á la intemperie estando abierto.

La pobreza del zapatero era tanta, y tal

la escasez de sus recursos, que no le habían permitido reunir en los cinco ó seis meses que llevaba en la casa, algunos reales para comprar un cristal, que era justamente lo que reclamabla el ventanillo en cuestión.

Por él se veía un poco de jardín, y á lo lejos un pedacito de cielo como una cinta, que por la noche se bordaba de estrellas, que consolaban con su vista á aquel sér desgraciado y miserable.

Formaba la ventana una especie de alféizar, en el cual había una macetita de barro encarnado, que contenía una rica y olorosa planta de jacintos; allí estaba, pues, cuanto mitigaba la melancolía del pobre viejo y cuanto es en la tierra consuelo y alegría de los tristes.

Cielo, luz, estrellas y flores.

¡Cuánto hubiera dado el zapatero por poder adornar coquetamente su querida ventanilla con un cristal y una cortinilla de muselina blanca! Pero ¡imposible, imposible! La miseria, la horrible y despiadada miseria oprimía con su férrea mano al desventurado tío Benito.

El mísero cuartucho estaba ocupado por la mesilla de zapatero y por su cama compuesta de un jergón muy delgado, sobre

unas tablas de pino, sostenidas por unos banquillos, dos sábanas gruesas y manta de algodón, que servía al mismo tiempo de abrigo en el invierno y de cobertor en verano.

El humilde lecho estaba coronado por una almohadita muy pequeña llena de esparto, y cubierta con una funda de tela de algodón blanca, que se ataba en los costados por medio de unas cintas.

Un anafre de yeso colocado en un rincón, servía para guisar, cuando había qué, lo cual acontecía las menos veces; sobre él se veía una tabla muy limpia, cubierta de un paño blanco, que sostenía algunos pucheros, platos y tazas que revelaban, por lo nuevo de su aspecto, el poco uso que se hacía de estos objetos.

Una sola silla había en ella, como ya he dicho; cuando el tío Benito sacaba al patio su mesilla, sacaba también la silla para sentarse. Sobre la mesa, y colgado de la pared, había un hermoso Crucifijo de tamaño regular; una palmatoria de barro, que sostenía un cabo de sebo, era todo lo que indicaba que se encendía la luz de noche en aquella mísera vivienda.

En fin, un banquillo de madera servía de

asiento al tío Benito para comer su escaso y pobre alimento, que colocaba sobre la silla, sirviéndole de mantel el paño blanco que cubría su vasar.

Sólo un esfuerzo supremo de limpieza podía conservarla en aquella reducida habitación; sólo comprendiendo la pulcritud del zapatero, se podía convencer el que allí entrase de qué modo podía conservarse limpio su único traje, sentándose en la misma silla que le servía de mesa para comer.

Pero ¡ay! que esto era menos extraño si se atendía á que el alimento casi constante del anciano se reducía á un poco de pan seco, y muchas veces el ayuno reemplazaba á tan escaso sustento.

Volvamos al instante en que el zapatero penetraba con tanto trabajo como angustia en su cuartito, y en el que después de dejar sobre la cama su sombrero, se desplomó sobre la silla enjugándose la frente, que humedecía el sudor de la fatiga y la angustia.

Durante un largo rato, el tío Benito permaneció con la frente apoyada en la mano; era ésta un poco larga, pálida y fina, con uñas algo acanaladas, era una mano aristocrática de anciano, que pedía un rico guante de Suecia.

De repente resonaron en las losas de mármol del patio unos pasos ligeros, y un joven cartero entró alegre y despabilado.

—Para el señor Benito Tomás,—dijo asomándose á la puerta y presentando en la punta de los dedos una carta larga con sobre fino y cuyas señas estaban escritas con una letra clara y menuda.

El tío Benito levantó la cabeza rápidamente y como conmovido por una conmoción eléctrica; luego se puso de pie con trabajo y se acercó al cartero:

—¡Oh, Dios mío!—exclamó con voz alterada.—¡Es de mi hija!... ¡De mi hija!...

Y una expresión de viva alegría se retrató en sus alteradas facciones.

—¡Corriente! Sea de quien quiera, tómela usted, buen hombre,—dijo el cartero.

El tío Benito no se movió; parecía absorto por algún dolor mudo, pero terrible.

—¡Vamos, por Dios, que tengo prisa!—dijo el cartero, que se impacientaba.

—¡Joven!—dijo el anciano, que pareció tomar una resolución suprema y dolorosa,—joven, no tengo cinco céntimos que dar á usted en cambio de esta carta.

Estas palabras fueron pronunciadas con un acento tan visiblemente alterado, que el car-

tero, en vez de enfadarse, sintió llenarse de lágrimas sus ojos, era joven y tenía un buen corazón.

—¡Pobre viejo!—murmuró.—¡Será posible!

—Es la verdad,—respondió el zapatero.—Si usted me la quiere dejar, me dará un gran consuelo, si no, llévesela y tendré paciencia.

—¡No permita Dios, pobre anciano, que yo cometa tan mala acción!—dijo el cartero con acento conmovido.—Tome usted su carta, y aunque soy pobre yo también, todas las recibirá de balde, porque yo las pagaré por usted.

—Tiene usted un alma caritativa, hijo mío,—respondió el zapatero,—y esto es una cosa que jamás deja Dios de recompensar tarde ó temprano hallará usted el premio, un anciano se lo asegura y los ancianos leen en el porvenir.

—¡Dios lo haga!—dijo el cartero,—entre tanto quédese con Dios, señor Benito.

Salió el joven, y el zapatero rompió con mano trémula el sobre de la carta, cuyo contenido era como sigue:

Padre mío: Apenas puedo trazar estas líneas, pues el dolor me abruma; mi marido, mi pobre

José, está casi agonizando, pues la parálisis que hace tanto tiempo le martirizaba, ha subido hasta el corazón... ¡No sé, padre mío, cómo yo, pobre y débil mujer, puedo sufrir tanto sin morir también, porque sólo Dios y tú sabéis cuanto amo yo á mi pobre enfermo!... ¡Pero soy madre, y mi deber es vivir para mi hija!

Mi pobre Lidia está también enferma; á la edad de quince años es demasiado lo que ha sufrido ya... ¡Padre mío, así que mi marido cierre los ojos, y esto no puede tardar desgraciadamente, Lidia y yo iremos á tu lado, pues aquí es seguro que moriremos de hambre!

¡Madrid! ¡Oh, que triste es Madrid para los pobres! ¡Tanto como alegre y delicioso para los ricos!

¡Adiós, padre mío, mi bueno y respetado padre! Yo estoy muy enferma y mi hija lo está también; pero abrigo el convencimiento de que partirás con nosotras el pan que te da tu modesta profesión, que aún no sé cual es, porque nunca has querido decírmelo.

¡Adiós! Te abraza con el corazón y se despide hasta muy pronto de tí tu desgraciada hija,

ÚRSULA.

P. D. ¡Abro esta carta para darte una no-

ticia que desgarra mi corazón al comunicártela, padre mío! ¡José ha muerto mártir de sus padecimientos! ¡Ha muerto bendiciéndome por mis cuidados y mandándome que me vaya á tu lado con mi hija; hasta muy pronto, pues, padre mío!

El anciano dejó caer la carta y dobló la cabeza sobre el pecho con un abatimiento mortal.

V

A la misma hora en que el pobre Benito sufría tanto moral y físicamente, Carolina Andrade abría los ojos en su gabinete-dormitorio, recinto encantador que voy á procurar describir á mis queridos lectores.

Era una piececita cuadrada con un balcón á la Rambla, cerrado por celosías verdes por fuera, y por gruesos cristales y cortinas de seda rosadas por dentro.

Muchas macetas en el hueco que quedaba

entre los hierros calados y los cristales, contenían clemátides, madreselvas y yedra con campanillas, que enredándose en delgados cordones hasta lo alto del balcón, formaban una fresca y perfumada cortina, entre la cual asomaba algunas veces la negra cabeza de la niña, y su carita rosada, como un colibrí asoma sus plumas de colores en los bosques de la joven América.

En frente del balcón estaba la alcoba, sostenida por delgadas columnas de pórfido, sobre las que se corrían dos anchas cortinas de damasco de seda color de rosa, como las del balcón.

Una cómoda de palosanto con embutidos de nácar, dos consolas iguales, una otomana y algunos silloncitos cómodos guarnecidos de fleco y borlas, completaban el mueblaje de aquel aposento fresco y risueño.

En frente del balcón estaba la alcoba, como ya he dicho, y en el fondo se veía una camita dorada, cuyo techo era un lindo pabellón de seda rosada y forrada de gasa blanca, del cual caían anchas y vaporosas cortinas, recogidas con lazos de cinta rosa.

Junto al lecho, cubierto de batista, seda y encajes, había un sillón de terciopelo para desnudarse con toda comodidad, y á los pies

del mismo un ropero de palisandro para las ropas más usuales, cuya puerta era un espejo de gran tamaño.

Pero en toda aquella linda habitación no había ni una santa imagen que la patrocinase con su presencia, ni la sagrada Cruz del Hijo de Dios que ahuyentase los dolores del espíritu, atrayendo sobre él la resignación y la paz del cristiano.

El armador era casi un ateo, y no podía ser otra cosa su familia, á la cual nadie había enseñado á creer, á orar y á esperar en una vida mejor...

Carolina abrió sus grandes ojos negros, y los tendió en torno suyo á eso de las seis de la mañana.

En seguida dió un largo y gracioso bostezo y plegó detrás de su cabecita fina y bonita los torneados brazos adornados de dos oyuelos.

En esta postura y en vez de saludar á Dios y bendecir con una oración porque le concedía un nuevo día, aquella hermosa niña, que no veía más allá de las cosas de este mundo, se puso á pensar en lo que haría.

—Sofía dormirá aún lo menos tres horas,—se dijo,—y con ella no hay que contar; lo mejor será que yo me vaya á dar un pa-

seo á la orilla del mar con doña Pelagia.

Tiró de la campanilla y se presentó su camarera, joven, traviesa y bonita, que no había cumplido aún los veinte años.

—Camila,—le dijo Carolina,—prepárame un traje de muselina, una manteleta de batista y un sombrero de paja, y mientras tú vienes á vestirme, haz que llamen á doña Pelagia.

—Al instante, señorita,—dijo Camila con el aire obsequioso de las sirvientas que temen perder una excelente casa.

Y entrando en el gabinete de tocador, al cual daba paso una puertecita situada á los pies del lecho, preparó en un instante todos los objetos que su Carolina había pedido.

Luego salió y mandó á otra camarera que llamase á doña Pelagia, empezando ella en seguida á vestir á la señorita, que ya la esperaba sentada en el lecho.

—Hasta el amanecer ha habido luz en el cuarto de su papá de usted, señorita,—dijo Camila por hablar algo con su joven ama.

—¡Cómo! ¿Qué dices?—exclamó Carolina sobresaltada.—¿Que ha tenido luz mi padre hasta el amanecer?

—Sí, señora.

—¡Dios mío! ¿Estará malo?—se dijo la jo-

ven, realmente alarmada ante aquella velada, tan ajena de los hábitos modestos, morigerados y hasta un poco labriegos de su padre.

—No creo que lo esté,—repuso la camarera,—porque el señor no ha llamado á nadie; yo le hubiera oído, porque he velado toda la noche para concluir un vestido que deseo estrenar hoy.

—¿Por qué coses tanto de noche?—preguntó Carolina, cuyo excelente corazón la hizo olvidarse, al oir aquello, hasta de su inquietud por su padre;—eso es muy malo para la salud.

—Como hoy es domingo...

—¿Y eso qué importa? Si querías estrenarlo, haber cosido de día.

Camila nada respondió; había tal desorden en aquella opulenta casa (como en todas las que la cabeza natural ó la señora se desentiende del gobierno interior por completo), que nada se hacía á su hora ni en el tiempo regular, y las criadas obraban en todo según su antojo.

Concluyó de vestir á Carolina y luego fue á dar prisa á doña Pelagia, que era muy gruesa y muy calmosa.

El ama de gobierno, aya á la vez, habita

ba un aposento intermedio entre los de las dos jóvenes.

Estaba amueblado con decencia y decorado lindamente con cortinas de tela persa de grandes y frescos ramos.

Gracias á las instancias de Camila, abrevió su *toilette*, que era bastante pretenciosa, y salió arreglando sobre sus gruesos hombros el volante de encaje de su mantilla de moaré.

—Supongo, querida mía, que habrá usted mandado poner el coche, ¿no es verdad?—preguntó doña Pelagia á Carolina.

—No, por cierto,—respondió ésta,—he pensado que demos un paseo á pie.

—¡A pie!

—Sí, á pie.

—¡Pero eso es imposible, criatura.

—¿Por qué?

—Porque aún hace mucho calor.

—Ahora es muy temprano, y volveremos á casa antes de que el sol caliente demasiado,—repuso alegremente Carolina, que se divertía con la angustia de su vetusta compañera, cuyo defecto capital era el ser muy egoista.

Y la joven empezó á bajar la escalera con la dichosa vivacidad propia de sus pocos

años. Al llegar al fin de ella se detuvo para esperar á doña Pelagia, que bajaba muy despacio, y volvió la cabeza maquinalmente hacia su izquierda, impacientándose un poco por su forzada inmovilidad.

Entonces una exclamación de asombro salió de sus labios.

Al lado de la puerta del cuartito obscuro y aprovechando un rayo de sol que se filtraba por las altas paredes del patio, vió una maceta de humilde barro encarnado, que contenía la más hermosa colección de jacintos que ella había visto en su vida.

Eran todos blancos con un ligero tinte de color de paja, grandes, frescos, aterciopelados y exhalando un aroma delicioso, suavísimo, que embalsamaba el ancho patio de la casa.

Carolina, atónita, se detuvo ante aquella planta, único tesoro y única alegría de un desventurado anciano.

Aún estaba contemplándola, cuando llegó Pelagia al fin de la escalera.

—¡Mire usted qué hermosa maceta!—dijo Carolina señalándosela con un enérgico ademán de admiración.

—Sí que es hermosa,—respondió la gobernadora de la casa de Andrade casi sin mi-

rarla, pues su organismo era muy poco poético para que gustase de flores.

—¿A quién pertenecerá?—continuó Carolina como hablando consigo misma.

—Creo que á un viejo zapatero que vive ahí,—respondió distraídamente doña Pelagia.

—¡Cómo! ¿vive ahí alguien?

—Ese zapatero remendón...

—¿Ese pobre hombre que vemos todos los días desde el balcón del comedor?

—El mismo.

—¡Yo creía que habitaba en otra parte! ¡Dios mío! ¿Cómo puede vivir ahí?

—¡Qué se yo, hija mía! Jamás he pensado entrar.

—Yo voy á hacerlo ahora,—dijo Carolina, adelantándose dos pasos é inclinando su linda cabeza para no abollar el ala de su sombrerito al penetrar en la habitación del tío Benito.

Al ruido que hizo su ampuloso vestido de muselina, el anciano levantó la cabeza y divisó en el umbral la luminosa y esbelta figura de la niña.

Entonces se puso de pie y la saludó con sumisión profunda.

—¿Querría usted decirme, caballero,—dijo

Carolina, que al ver al zapatero con levita creyó deber darle este dictado;—¿querría usted decirme si le pertenece esa hermosa planta que está ahí al sol?

—Sí, señorita,—respondió el anciano con un suspiro.

—¿Y la tiene usted en mucha estima?

—En mucha.

—¿De modo que no querrá usted vendérmela?

Los ojos del zapatero brillaron de alegría; por poco dinero que le diera por sus jacintos aquella rica joven, tendría para comprar pan á su hija y á su nieta el día que llegaran.

Sin embargo, aquella expresión de dicha se obscureció muy pronto, y la más amarga tristeza volvió á velar sus abatidas facciones.

—Mucho estimo esta planta, señorita, la cebolla ó simiente de que ha nacido me la dió mi querida y única hija, y yo la he cuidado hasta hoy con amor, como un inestimable recuerdo suyo. Me parecía que esta planta sentía y pensaba y me hablaba de Úrsula.

Calló el anciano y una ancha lágrima rodó por su mejilla.

Carolina, sobrecogida de una emoción que

jamás había sentido, callaba también, mirando con melancolía á aquel pobre viejo, de un aspecto tan paciente y tan triste.

Una angustia opresora le martirizaba el corazón; conocía que allí había una inmensa desgracia, y aunque por dos veces llevó la mano á su bolsillo con un movimiento irresistible, por dos veces aquella mano volvió á salir sin sacar moneda alguna, diciéndola un secreto instinto que quizás iba á ofender á aquel digno anciano con una limosna.

—¡Perdón, señorita!—prosiguió Benito tras una pausa,—yo le estoy contando cosas que quizás no le interesan. Si usted gusta de esa maceta, suya es, envíe usted á buscarla.

—¡Cómo!—exclamó sorprendida Carolina,—¿me la cede usted?

—Sí, señora.

—Pero ha de ser á condición de decirme su precio.

—Un recuerdo no le tiene; acéptela usted como una muestra de mi respeto.

Volvió á callar la joven y volvió á contemplar al anciano maravillada de la nobleza de su lenguaje; nunca había oído hablar así ni aun á su padre, que era á su modo de ver la persona más digna que existía.

—No puedo aceptarla como regalo,—dijo después de algunos instantes,—déjeme usted que le pague en lo que yo la estimo, que es mucho, porque me parece muy bella.

—¡Pagarme esas flores!—exclamó el anciano Benito, cuyas mejillas se cubrieron de carmín y en cuyos ojos brotaron de nuevo las lágrimas.

Luego hizo un esfuerzo para reprimirse, y continuó con dulzura:

—Yo quiero regalárselas á usted, señorita, por lo mismo que las estimo; como esa planta era mi hija, bella, fresca y ahora...

—¿Está enferma?—preguntó Carolina, viendo que el anciano vencido por la emoción no podía continuar.

—¡Sí, señora! ¡Está enferma y su hija también!

—¡Cómo! ¿Tiene usted una nieta?

—Sí, señora.

—¿Cómo se llama?—preguntó Carolina con infantil curiosidad.

—Lidia.

—¡Qué nombre tan bonito y tan elegante! ¿Y qué edad tiene, señor?...

—Benito, para servir á usted, señorita...

—Y bien, señor Benito; ¿qué edad tiene su nieta de usted?

—Quince años.

—¿Y es bonita?

—Como su madre, ó acaso más; pero usted la verá, porque va á venir.

—¡Ah! ¿Va á venir Lidia?—preguntó Carolina como si se tratase de una amiga muy querida.

—Sí, señorita.

—¿Sola?

—Con su madre.

—¿Viene también su hija de usted?

—Sí, señorita.

Y al pronunciar estas palabras, volvieron á correr de nuevo las lágrimas por las mejillas del anciano.

—¿Y á dónde van á vivir su hija de usted y su nieta, señor Benito?—preguntó Carolina, cuya curiosidad era quizás algo imprudente, pero muy propia de su edad y de su descuidada educación.

—Vivirán conmigo, señorita.

—¡Cómo! ¿Aquí?

Y la joven, por la primera vez desde que estaba allí, tendió los ojos en derredor suyo y miró con cuidado á aquella miserable vivienda.

—Aquí, señorita,—repuso el señor Benito,—no tiene más amparo que yo.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la joven elevando al cielo sus manos unidas y sus ojos llenos de lágrimas.

Aquella exclamación quería decir: *¡Oh, Dios mío, cuánta miseria hay en el mundo, que yo ignoraba! ¡Oh, Dios mío, qué desgraciado es este anciano!*

—¡Caballero!—dijo luego formulando más ámpliamente su pensamiento;—¡no quiera Dios que yo usurpe á usted esas flores, único adorno de esta pobre vivienda, único solaz que su pobre nieta ha de hallar aquí! Renuncio á ellas y le suplico me perdone mi imprudente antojo.

—Pero Carolina, hija, ¿no vamos á paseo?—preguntó doña Pelagia desde el patio, un poco amostazada por la prolongada tardanza de la joven.

—Ahora mismo voy,—contestó Carolina.

Y volviéndose al anciano, continuó con una delicadeza, tanto más noble y hermosa, cuanto que era enteramente natural.

—Yo haré algo por Lidia... la distraeré, porque subirá á casa y me acompañará algún rato.

El anciano comprendió sin duda, aquella manera delicada de ofrecerle socorros para su familia, porque respondió al instante.

—Yo debo ya mucha gratitud á su señor padre de usted.

—¿A mi padre?

—Sí, señorita.

—¿Por qué?—tornó á preguntar Carolina, como admirándose de que su padre pudiese hacer algo por un pobre.—¡Dios mío! Creo que mi padre no ha reparado jamás en que usted habita aquí, señor Benito. Pero,—añadió la joven,—quédese usted con Dios, que me esperan, ya nos veremos.

Y ligera como un ave salió al patio y se reunió con doña Pelagia, que se quejó un poco de su larga detención en el agujero del tío Benito.

Carolina nada le respondió, estaba absorta en una meditación profunda, de la cual no salió en tanto que duró el paseo.

VI

Apenas salió la joven del cuarto del zapatero, éste salió también al patio y tomó su maceta, con el mismo apasionado afecto que

demostramos hacia una alhaja que amamos mucho y que nos hemos visto expuestos á perder.

Sumo trabajo costó al pobre viejo llevarla hasta la ventana; sus fuerzas estaban exhaustas, porque había andado mucho y no había comido nada desde la mañana del día anterior, en que había podido comprar un pedazo de pan, que era su usual y casi su único alimento.

Así es que en algunos momentos, un sudor frío humedecía sus sienes, y los objetos daban vueltas en derredor suyo.

En aquellos momentos de dolorosa angustia, sus ojos se fijaban en el Crucifijo de marfil, clavado en la cruz de ébano, que se elevaba como una imagen de sufrimiento y de perdón en medio de aquella triste vivienda, y volvía la serenidad á sus facciones y la sonrisa á sus labios.

¡Cuanta fe debía haber en el corazón de aquel hombre! ¡Qué cristiana resignación en su alma!

Así que colocó sus flores en la ventana, vió en el suelo la carta de Úrsula; la tomó y quiso volver á leerla, mas al ver la fecha palideció de nuevo y sepultó el semblante entre las manos.

La carta había llegado con cuatro días de atraso, y Úrsula y su hija debían seguirla de muy cerca.

—¡Hoy!—murmuró con angustia.—¡Hoy llegan, Dios mío; hoy que carezco hasta de mi acostumbrado pedazo de pan!

Volvió al decir estas palabras los ojos hacia Jesucristo, supremo consolador de los afligidos, como poniéndole por Juez y testigo de su angustia, y le pareció que la lánguida boca del mártir de los mártires le sonreía con expresión dulce y consoladora.

—Tio Benito,—dijo en aquel momento una delgada vocecita junto á la puerta; el anciano se volvió, y se encontró delante de la esbelta y avispada Camila.—Tiene usted que ir al momento á casa de mi modista,—prosiguió aquella dándose tono;—está ya fresco el tiempo, y necesito al instante mi traje de brillantina; con que vivo, tío Benito.

El zapatero tomó su sombrero, y apoyándose en la pared, se dispuso á salir.

—Tío Benito,—dijo entonces otra voz varonil á la puerta;—vaya usted á comprarme cigarros.

Y Ventura, el ayuda de cámara del señor Andrade y el mismo que había proporciona-

do aquel asilo al pobre viejo, presentó una peseta á su protegido.

—Esta joven,—dijo el tío Benito con voz débil y señalando á Camila,—acaba de mandarme que vaya á casa de su modista, Ventura, ¿á dónde he de ir primero?

—A buscar mis cigarros.

—A buscar mi vestido.

—¡Se guardará usted muy bien, tio Benito, de servirla antes que á mí!

—¡Se guardará muy bien de no hacer al instante mi encargo!

Los dos jóvenes y petimetres domésticos se miraron con encendidos ojos, y su ira iba quizás á estallar en expresiones más fuertes, cuando un accidente imprevisto vino á distraerles de su enojo.

El tío Benito acababa de desplomarse á los pies de entrambos sin color y sin voz.

La debilidad había podido más que su heróico valor.

—¡Jesús! ¡Si yo no sé como vive este hombre!—díjo una gruesa tendera vecina que, atraída por la disputa de Camila y de Ventura, entraba en el patio.—¡Si le tienen ustedes muerto de tanto hacerle andar! ¡Si eso no es tener corazón de cristianos! ¡Pobre, pobrecito anciano!

—Pero, señora, ¿qué le pasa para que así se lamente usted de su suerte?—preguntó Ventura, que ya había colocado al tío Benito sobre su cama, mientras Camila subía la escalera, sin importársele maldita la cosa de lo que sucedía en el patio.

—¿Qué le pasa? ¡Que todos los criados de la casa han hecho de él una acémila, hasta el cocinero!

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo lo digo, y basta.

—Sí, y sobra.

—No sobra, porque casi soy yo la única persona que sabe lo que sufre este infeliz.

—¿Por qué lo sufre? ¿Por qué obedece á los criados?

—¿Y qué ha de hacer?

—Echarlos enhoramala.

—¡Como aquí todos mandan, porque su ama de usted es como un muñeco de resortes!

—Poco á poco, señora, y no se meta usted en las interioridades de la casa.

—Pues quiero, porque en casa desordenada todo el mundo debe de meterse.

La tendera tocó entonces la frente helada del tío Benito, y dijo con ira:

—¡Es claro, hambre, y nada más! ¡Los

galopines que le matan haciéndole andar tanto, bien podían darle algo qué comer!

La caritativa mujer salió en busca de algún socorro, y Ventura se quedó solo con el cuerpo inanimado del tío Benito.

No tenía aquel joven mal corazón; ocupado todo el día en el servicio interior de la casa, no podía saber cual era la vida del anciano, para el que había conseguido aquel asilo.

Estaba pensando en que quizás podría ser verdad lo que decía la especiera en cuanto al abuso de los criados, cuando volvió á entrar ésta trayendo en una mano un frasquito de agua de colonia, y en la otra una bandejita que contenía una taza de suculento caldo y media copita de vino.

Dejó todo sobre la mesa y luego se acercó al anciano, que seguía privado de sentido, aplicándole á la nariz el frasquito de agua de olor.

El pobre hombre abrió los ojos y miró en torno suyo.

—Vamos, ánimo, señor Benito,—dijo la tendera ayudándole á incorporarse;—aquí tiene usted un poquito de caldo y un vinillo capaz de resucitar á un muerto.

El pobre tomó la taza con mano trémula

y bebió el caldo y el vino, sintiéndose al instante reanimado.

—Esto ha sido un vahído,—dijo procurando levantarse.—Gracias, señora; ya se pasó.

—¿Me haría usted el favor de decirme si vive aquí el señor Benito Tomás?—preguntó á este tiempo una voz de mujer en el patio, dirigiéndose al portero principal, que abría en aquel instante la puerta de su habitación.

Aquel acento hizo levantarse, como si le hubiera movido un resorte, al anciano, que se lanzó á la puerta, gritando:

—¡Úrsula!... ¡Hija mía! ¡Aquí estoy!

Ventura y la especiera le siguieron y vieron que abrazaba con efusión á una mujer joven y vestida de luto.

Detrás de ésta y en pie, se hallaba una preciosa niña, que aguardaba su parte en las caricias del anciano.

Poco tuvo que esperar: el tío Benito dejó á su hija para abrazar á su nieta, y dejó á ésta para volver á abrazar á aquélla con tierna expresión.

—¡Calla! ¡Tiene familia! ¡Pues esto sólo le faltaba!—dijo la tendera, retirándose prudentemente con su taza y su copa vacías.

—Pero, señor, ¿se van á quedar aquí su hija de usted y su nieta?—preguntó Ventura que devoraba con los ojos la pura y fresca belleza de Lidia,—porque supongo que esta señora y esta señorita serán la hija y la nieta de que algunas veces me había hablado.

—¡Sí, sí! Las mismas son,—respondió el zapatero, que lloraba de gozo.—¡Sí, estas son, mi Úrsula y mi Lidia! Y ¿á donde han de ir si no tienen más amparo que su padre? Aquí, aquí se quedarán, á mi lado.

—Pero, señor, ¿cómo se va á componer esto?—insistió Ventura, pensando en la estrechez del cuarto del anciano.—¿Cómo han de acomodarse ustedes ahí los tres?

—Ya veremos,—dijo el tío Benito, quien, á pesar de su bondad y sufrimiento se impacientaba con la pesada insistencia de Ventura, cuando él anhelaba hallarse á solas con sus hijas.—¡Ya veremos! ¡Dios dirá!

El ayuda de cámara permaneció allí aún un rato, dando rienda suelta á su importuna curiosidad; pero viendo que nadie le hacía caso, tomó el partido de marcharse, porque temía hacer falta para el servicio de su señor, que era muy poco tolerante con sus criados.

El zapatero entró en su camaranchón con sus hijas, volviendo á abrazarlas con la misma ternura y con creciente alegría.

—¡Ah, padre mío!—exclamó Úrsula dirigiendo en derredor suyo una mirada triste.—¿Es este el bienestar de que me hablabas en tus cartas? ¿Este es el modesto empleo cuyos productos querías partir conmigo?

—¡Dios mío! ¡mi pobre Úrsula, te engañé, es cierto!—repuso el anciano con un rubor doloroso;—pero perdóname; sólo siento mi extrema pobreza, hijas mías, porque os impondrá privaciones penosas; en cuanto á mí, estoy acostumbrado á todo. ¡Ah! ¡tú no sabes cuanto he sufrido antes de hallar este miserable asilo!

—¡Ya lo creo, mi pobre abuelito,—dijo Lidia,—porque estás muy flaco! ¡Cuanto habrás padecido! ¡Yo tenía unos deseos de verte, después de un año que te separaste de nosotras!

Hablando así, el lindo semblante de la joven se embellecía con una deliciosa expresión de jubilosa ternura, y parecía mucho más hermosa.

Era Lidia una preciosa criatura de quince años, delgada, esbelta, rosada, blanca como

un querubín; sus ojos, de un azul sombrío y algo aplomado, brillaban entre dos franjas de seda negra, que formaban sus luengas pestañas; aquellos ojos eran tan grandes y tan hermosos, que iluminaban con una luz espléndida el puro semblante de quince años de la joven.

Su rica cabellera era de un color castaño claro, en extremo armonioso y bello, y tenía algo de vaporoso que prestaba indecible pureza á su blanca frente, y sus nacaradas sienes, su cuello un poco largo, su delicada nariz y su linda boca, acababan de hacer de Lidia un modelo de belleza fresca y juvenil.

Su madre parecía la sombra de aquella preciosa niña, la rama seca y marchita en la cual había brotado un perfumado botón. Eran también sus ojos azules, pero apagados por las lágrimas y el insomnio; su boca pequeña, pero descolorida y triste; su frente despejada y de hermoso corte, pero cruzada por arrugas precoces, fruto de largos días de dolor. En suma: no podía dudarse, al verlas, que fuesen madre é hija; pero se conocía que la una empezaba á florecer, al paso que la belleza de la otra estaba extinguida para siempre.

Sin embargo, Úrsula contaba sólo treinta y cuatro años, y á esa edad la hermosura de las mujeres conserva aún todo su esplendor; pero ¡ay! la hermosura es una flor que deshoja el infortunio, llevándose hasta sus últimos pétalos.

¡Mucho debía haber sufrido aquella pobre familia! pero ¿por qué y cuando? ¿de dónde provenían sus desgracias? Esto es lo que aclarará á mis lectores el discurso de esta historia.

Madre é hija vestían pobres vestidos de indiana, de luto, y se abrigaban con unos pañolones de lana negra y basta. No obstante, este mismo atavío parecía dispuesto para realzar la virginal belleza de Lidia, que brillaba como una estrella entre negras nubes.

—¿Cómo habéis hecho el viaje, mis pobres hijas?—preguntó el anciano, cuya cabeza volvía á debilitarse por la emoción fuerte que acababa de experimentar.

—En la diligencia, padre mío,—respondió Úrsula.—Nuestro asombro fue muy grande al ver que no nos esperabas, y temíamos hallarte enfermo.

—Lo estoy en efecto, querida Úrsula; y además, hasta hoy no he recibido tu carta.

—¡Hoy!—repitió asombrada la viuda, tomando la carta que se veía sobre la mesa y mirando al sello del correo. ¡Luego, añadió,—la vecina á quien yo la entregué la tuvo cuatro días olvidada!

—Eso debe ser... pero, hijas mías,—prosiguió el anciano con doloroso embarazo,—como no os esperaba tan pronto, no tengo nada dispuesto, y...

—Yo lo dispondré al momento, padre mío,—repuso Úrsula;—ahora estamos nosotras aquí para cuidarte; buscaré lo necesario para hacer la comida.

El anciano abrió los ojos llenos de lágrimas.

—¡Dios mío! ¿No hay aquí más habitación que esta?—preguntó la viuda después de algunos momentos de inútiles pesquisas.

—No, — respondió débilmente el zapatero.

—¡Imposible, padre mío! No encuentro nada, ni carbón, ni pan, ni aceite! ¡Santo Dios! ¿Saldrán verdaderos mis presentimientos?

—¡Señor!—murmuró con la voz del corazón el anciano, elevando sus ojos al pedazo de cielo que se veía por la estrecha ventana de su cuarto.—¡Señor, Dios mío! Tú, que

todo lo puedes, no me niegues hoy para mis pobres hijas tu poderoso auxilio.

Y acercándose á la mesilla la desembarazó de algunos trastos que había encima de ella, y la sacó al patio haciendo uso de todas sus fuerzas; después sacó la silla y se sentó, prosiguiendo su plegaria al cielo en el fondo de su corazón.

—¡Ah, padre mío!—exclamó Úrsula juntando sus manos con una especie de asombro doloroso.—¿Es esta tu ocupación?

—No hay ninguna en el mundo que deba avergonzarnos si se desempeña honradamente, hija mía,—repuso el anciano,—no hay ninguna que no sea más digna que una culpable ociosidad.

En aquel momento, una joven del pueblo con una cesta de mimbres pendiente del brazo izquierdo, entró en el gran patio y se dirigió resueltamente hacia la mesilla del zapatero.

El corazón del anciano palpitó violentamente; la muchacha le dijo con naturalidad:

—Tío Benito, ¿me quiere usted hacer el favor de escribirme una carta?

—¡Una carta! ¡yo! ¿Y para quién?

—Para mi novio. El memorialista de la esquina se ha ido á hacer no sé qué diligen-

cia, y como me urge mucho, he pensado que usted podría sacarme del apuro, y... ¡qué diantre! lo que él se había de ganar se lo puede ganar usted...

—No digas más.

Y ligero como un rayo, el tío Benito sacó un tintero de cuerno negro que sólo tenía una pluma, tomó un plieguecillo de papel muy historiado que llevaba á prevención la joven, y se dispuso á escribir.

Esta dictó la carta, y el tío Benito la escribió en un momento, mejorando considerablemente el estilo, y leyéndola después á la interesada.

—¡Santo Dios, qué pronto y qué bien!—exclamó la muchacha cuando se hubo terminado la lectura.—Los memorialistas me hubieran hecho perder toda una mañana para escribir menos de la mitad. ¿Cuanto vale su trabajo de usted?

—Mujer, dame lo que quieras.

—No, no; lo que usted me diga.

—Ocho cuartos,—respondió el anciano con rubor.

—¡Cómo ocho cuartos!

—¿Te parece caro? Entonces, hija mía, te repito que des lo que quieras.

—¿Lo que quiera? Le daré á usted dos

reales, que es lo que me llevan siempre. ¿Por qué habia usted de ganar menos que los demás, haciéndolo antes y mejor?

Y la joven puso dos reales de plata sobre la mesilla del zapatero.

Este alzó los ojos al cielo otra vez, y le dió ardientes gracias por tan modesto como inesperado don. Aquella humilde moneda era el pan de un día para sus hijas.

¡Ah, si los ricos supieran el bien que pueden hacer sin que les cueste esfuerzo alguno!

—Tío Benito,—dijo la joven, que ya tenía en la mano su carta cerrada,—enviaré aquí á algunas amigas mías que tienen fuera de la ciudad á sus novios; usted las servirá bien, y ellas no quedarán mal con usted; ahora, quédese usted con Dios.

—Adiós, hija mía, y gracias.

La muchacha iba á salir cuando se cruzó en el umbral con dos personas que entraban; eran Carolina y doña Pelagia, que volvían de su paseo.

La niña se acercó saltando á la mesa del anciano, y le preguntó:

—¿Ha llegado ya Lidia?

—Sí, señorita,—respondió el anciano,—allí está.

Volvióse Carolina y descubrió en el umbral de la puerta del cuarto del zapatero la graciosa figura de su nieta.

—¡Ah, qué bonita es!—exclamó,— ¡parece una imagen! Señor Benito, sólo por verla he venido antes del paseo.

—Gracias, señorita.

—¿Cómo que gracias? Yo se las tendré que dar á usted dentro de un momento, porque voy á pedirle un favor.

—¡Un favor á mí!

—Sí señor, á usted. Pues que, ¿no puede usted hacer favores? Pero vamos al caso: he visto que acaba usted de escribir una carta por encargo de una joven que se ha marchado y deseo que me escriba usted otra para una amiga mía de colegio, porque no tengo ganas de hacerlo; conque vamos, yo dictaré.

El señor Benito tomó un pliego de papel y, lleno de asombro, se preparó á su tarea.

Querida Natalia, decía la carta que Carolina empezó á dictar con voz firme y clara. *Querida Natalia pienso mucho en tí, porque me fastidio; cada día se me hacen las horas más largas, y hay algunos que me los quisiera pasar durmiendo.*

Una cosa hay que me es ahora muy sensible,

y es el haber olvidado por completo todas mis pequeñas habilidades de colegio; ya no sé bordar, ni hacer flores, ni escribir música, en lo que antes decías que era yo tan sobresaliente; en fin, querida mía, no me ocupo más que de ser rica, que es, por cierto, la ocupación menos socorrida y más fastidiosa del mundo.

¿Y quién tiene la culpa de eso? me preguntarás tú con la fuerza de lógica que te distingue; yo bien lo sé, y no trato tampoco de negártelo; pero nadie me anima á dejar mi vida de holgazana que, aceptada de una vez, es como un yugo de hierro que nos abruma, pero que no se puede abandonar.

En fin, Natalia, yo soy más desgraciada que cuando estaba á tu lado, en ese gran colegio de Versalles, tan hermoso y tan risueño.

Tú, que todo lo puedes con tu padre, ¿por qué no le convences para que venga aquí? No digo que sea para estableceros, porque sé que sus negocios le detienen en París, pero sí á pasar una temporada, para que nosotras logremos la satisfacción inmensa de vernos.

Adiós otra vez, y recibe un abrazo de tu apasionada...

—Yo firmaré, señor Benito,—dijo Carolina;—además, voy á añadirle una posdata.

La joven tomó la pluma, firmó, y añadió debajo lo que sigue:

Tu nombre, Natalia mía, va siempre unido á una buena acción; esta carta no va de mi letra, porque se la he mandado escribir á un infeliz anciano zapatero que vive en un chiribitil del patio de mi casa, como una rata en su agujero; con el pretexto de pagarle esta carta podré darle una buena limosna... ¿No te mueres de risa al saber que me valgo de un amanuense de esta clase para escribir mis cartas, como pudiera hacerlo una cocinera de mi casa? Pero, amiga mía, el fin santifica los medios.

Adiós.

Carolina dejó la pluma, dobló la carta y la devolvió al anciano, que la puso en un sobre, único que tenía en su cajón, pues hacía muchos días que no alcanzaba ningún recurso para semejantes despilfarros.

Carolina dictó el sobre, y metió la mano en el bolsillo de su vestido, empezando á subir un encendido carmín á sus mejillas.

A pesar de su natural vivacidad y despejo, era su alma muy delica y noble y temía dar un mal rato al anciano al presentarle su limosna.

Lo primero que hallaron sus dedos fue una moneda de ocho duros; pero, temerosa de herirle con tan excesivo donativo, la dejó y tomó otra de cuatro.

—Tome usted, señor Benito,—dijo toda ruborosa.

—¿Qué me da usted aquí, señorita?—exclamó el zapatero en el colmo del asombro.

—Le pago á usted su trabajo,—respondió Carolina:

—Pero, señorita, ¡son cuatro duros!

—Sí, ya lo sé.

—¡Y eso me da usted por escribir una carta!

—Ciertamente; á mi juicio la que usted me ha escrito vale mucho más.

—No puedo admitir tan extraordinaria recompensa,—objetó el anciano, que, en efecto, sufría con aquel debate entre la caridad y la delicadeza, entre la riqueza y la miseria.

—Cada uno aprecia á su modo los favores que recibe, señor Benito,—dijo Carolina volviendo con angustia la cabeza para ver si divisaba á doña Pelagia á fin de que viniese en su auxilio; pero viendo que ésta había subido á su habitación, tomó el partido de imitarla, como el mejor, y dijo al zapatero:

—Si le parece á usted mucho ese dinero para usted, señor Benito, compre usted flores para Lidia.

Y esto diciendo, la caritativa niña subió apresurada la escalera, y desapareció á los ojos del anciano.

El tío Benito levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Bendito seas, Señor, que jamás desamparas al que te implora! ¡Bendito seas, que hoy has consolado mi amargura y me has dado pan para mis pobres hijas! ¡Bendito, bendito seas!

VII

Demasiado cierto era que la desgracia se cernía sobre la casa del opulento armador Andrade.

La quiebra de uno de los banqueros más ricos de la Habana, y la de otro negociante de la Jamáica, le habían llevado sumas inmensas; y como si la fortuna sólo hubiera esperado esta señal para volverle la espalda,

dos buques de su propiedad se habían perdido en Inglaterra, casi á la vista del puerto de Portsmouth.

La fortuna del armador se hundía á pasos de gigante; una quiebra vergonzosa le amenazaba: en tan aflictivo trance se acordó de que tenía un hijo, de que este hijo debía ayudarle á evitar su ruína.

Una noche esperó, pues, la vuelta de Carlos, y le hizo llamar á su gabinete particular.

Ocurría esto tres días después de la llegada de Úrsula y Lidia: el hermoso clima de Cataluña, tan templado, tan dulce, hace de los primeros días del otoño la más deliciosa estación; el balcón del gabinete del armador, abierto á la sazón, permitía ver un delicioso cuadro en el cuartito del anciano Benito.

Colocada sobre la mesilla, una vela de sebo alumbraba las delicadas manos de Úrsula, que terminaba un hermoso prendido de flores, propio para teatro ó *soirée*.

Lidia, sentada al otro lado de la mesa, bordaba un rico cuello de batista, y el tío Benito, con la fisonomía radiante y transfigurada, leía en alta voz en un libro pequeño.

En tanto que esperaba á su hijo, el armador, dando paseos por su cuarto, fijó más de

una vez su atención en aquel plácido y risueño cuadro de familia; no se había acordado del pobre viejo á quien daba asilo, casi sin participación de su voluntad, pues ya dije que apenas puso atención en las palabras de su ayuda de cámara.

Carlos entró por fin risueño, indolente, feliz; al verle, su padre, que amaba á sus hijos sobre todas las cosas, sintió como un remordimiento por tener que disipar aquella felicidad con sólo una palabra suya.

—No, no,—se dijo;—jamás, jamás tendré valor para llevar el dolor, la tristeza y el sobresalto al alma de mi hijo.

Pero esta decisión debía durar muy poco: el armador volvió los ojos á algunas cartas abiertas que había sobre su mesa, y recibidas por el correo de aquel día, y su resolución de pedir ayuda á su hijo renació para no volverla á abandonar.

—Siéntate, hijo mío, y óyeme con tranquilidad,—dijo al joven, afectando una calma que estaba muy lejos de sentir.

Carlos tomó asiento al lado de su padre y esperó tranquilamente á que éste hablase.

El joven creyó que se trataba de alguno de los asuntos del comercio del cual quería enterarle.

—Hijo mío,—dijo el señor Andrade, cuya voz se iba haciendo cada instante más oprimida,—hijo mío, te he llamado para que sepas que nuestra casa está amenazada de una ruína cercana.

Carlos dió un salto en su asiento, y miró á su padre con asombro; pero no pudiendo creer lo que oía, pensó que se trataba sólo de una broma, y dijo sonriendo, mientras la palidez se retiraba de su frente:

—¡Bah, bah, padre mío! Tú quieres chancearte, sin duda, y á fe que es una chanza cruel.

—Hijo mío, te digo la verdad,—repuso dolorosamente el armador.—Créeme, es necesario que sea el riesgo muy inminente, muy cercano, para que yo te arranque la felicidad de que he procurado rodearte. Te he llamado para decirte: *¡Carlos, eres hombre; ten valor, y haz frente á la adversidad!*

Carlos levantó, en efecto, su frente noble y elevada, y miró á su padre con una inequívoca expresión de valor y firmeza.

—Te comprendo, hijo mío,—dijo el armador estrechando la mano de su hijo,—sé que puedo contar con tu ayuda, ¿no es verdad?

—Sí, padre mío,—respondió Carlos;—y ahora dime lo que debo hacer.

—Es duro, Carlos de mi alma,—murmuró el armador;—es doloroso el medio que te voy á proponer. Tú tendrás amores... Hijo mío, ignoro tu vida de soltero... perdóname lo que voy á proponerte.

—Sea lo que quiera, padre, cuenta conmigo.

—Es preciso que partas al instante para Jamáica.

—Mañana, padre mío.

—¡Oh, gracias, gracias, hijo mío!

—¿Por qué esa gratitud, mi querido padre?—preguntó el joven con afectuosa sencillez.—Siento que me hayas hecho la ofensa de dudar ni por un instante de mí. ¿No te he ayudado siempre en cuanto he podido?

—¡Sí, hijo mío, sí!

—Pues ¿por qué has dudado que ahora haría lo mismo?

—Es un gran sacrificio el que te exijo.

—¿Por qué? Vamos, padre mío, pasemos al escritorio, y me darás cartas é instrucciones.

Carlos, diciendo estas palabras, se acercó al balcón maquinalmente, y la luz que salía del cuarto del tío Benito fijó naturalmente su atención.

—¡Ah, Dios mío! ¡Qué hermosísima criatura!—exclamó al ver á Lidia, que con la cabeza inclinada seguía su bordado, bien agena de fijar así la atención del opulento joven Carlos de Andrade.

El armador no oyó esta exclamación de entusiasmo.

—¿Qué gente es esa, padre mío?—preguntó Carlos, que no separaba sus ojos de la nieta del zapatero.

—No lo sé,—respondió el armador.—Vamos al escritorio.

Carlos, pensativo, salió en pos de su padre, no sin dirigir antes una última mirada á la seductora figura de Lidia.

Padre é hijo permanecieron encerrados hasta el amanecer, y luego los dos juntos se dirigieron al puerto.

A las siete de la mañana se daba á la vela la hermosa fragata *Nuestra Señora del Carmen,* para Jamaica, y el pasaje de Carlos fue ajustado y pagado en ella.

Los dos Andrades volvieron á su casa cabizbajos y silenciosos; padre é hijo iban á separarse por largo tiempo.

—Hijo mío,—dijo el anciano;—si la quiebra del plantador es cierta, nuestra ruína es segura; sólo nos queda entonces el buque

mercante que debe dejar su cargamento en la Habana y llegar aquí á fin de mes; pero los productos de su viaje, ni los del mismo buque que tendré que vender, bastarán á cubrir los compromisos de nuestra casa.

—Aunque haya quebrado la casa de Wil y Compañía, yo pienso, padre mío, que mi viaje tiene por objeto el sacar el mejor partido posible, ¿no es cierto?

—¡Sí; pero no lo quiera el destino!—murmuró el armador, que palideció al ocurrírsele de nuevo la idea de la quiebra de aquella casa, de cuya compañía formaba parte por grandes valores impuestos en ella.

—¡Valor, padre, valor!—dijo Carlos;—no habrá quebrado quizás; pero aunque sea así, nuestro hermoso buque *Hernán Cortés,* basta por sí solo para sacarnos adelante.

—¡Hágalo así nuestra buena suerte!

Como se ve, el armador no usaba jamás de aquellas hermosas y consoladoras palabras: *¡Dios lo quiera!* Que bastan por sí mismas para dar fe y esperanza á los cristianos.

En aquella pobre alma sin creencias, todo era, y todo debía ser forzosamente, tinieblas y angustia.

Nadie le había dicho jamás que hay un Dios, todo bondad y misericordia, que man-

da á sus hijos las calamidades como prueba y que les consuela cuando le piden su ayuda.

Nadie le había enseñado que hay, después de esta vida, otra mejor, y que el alma es inmortal.

Para el armador acababa todo al dar el último suspiro; todo se extinguía en la criatura.

Uníase para tan dolorosa impiedad, la absoluta ignorancia, el completo abandono en que se había criado, y lo propicia que después se le había mostrado la fortuna.

Por un juego del inconstante destino ó quizás por disposición del Supremo Dios á quien desconocía y que quería probarle, tanta amargura y desgracia habían rodeado su cuna como opulencia y prosperidad habían coronado su juventud.

Su índole indómita y arrogante no reconocía, pues, más ídolo que la casualidad, y todas las dulzuras de su buena suerte no bastaron á borrar el recuerdo de sus días de dolor.

Así sucede siempre en las almas duras y descreídas; el rencor echa en ellas hondas raices, y jamás un rayo de ternura las alivia y fecundiza.

Pero, ¡cuan amarga orfandad, cuan triste

desamparo rodean á esas pobres almas en los días de la adversidad!

Sólo hallan el vacío y la nada, y el desaliento las agobia con su férrea mano.

Tal era el estado de la del armador; pálido, sombrío y casi exhausto de esperanza, caminaba al lado de su hijo, que, á falta también de creencias religiosas, sólidas y profundas, tenía la hermosa confianza de la juventud.

Carlos había aprendido en el colegio que existe un Sér Supremo infinitamente bueno y poderoso que cuida de los humanos y les consuela y ayuda en sus dolores.

Pero estas lecciones, que sancionadas por el ejemplo y repetidas por la voz paternal, aprovechan tanto, apenas habían fructificado en el alma de aquel joven, que vivía en un círculo helado y material.

Despidióse de su madre, que no manifestó pesar ni emoción por su partida, y se trasladó al aposento donde pasaban Sofía y Carolina las primeras horas de la mañana.

La primera, dominada por una pereza invencible, dormitaba apenas levantada; la segunda se aburría mirando algunos albums de grabados que ya había repasado cien veces.

Al saber la partida de Carlos, Sofía derramó algunas lágrimas, que constituían la mayor muestra de dolor que podía dar.

Carolina dejó escapar un grito, y se arrojó al cuello de su hermano, sollozando con profunda pena.

Aquel elocuente dolor conmovió hondamente al joven, y le hizo perder parte de su fortaleza.

—No te aflijas así, querida mía,—dijo poniendo á la joven en un sillón y besándola en la frente,—volveré y muy pronto.

—¡Quiéralo Dios!—dijo Carolina dejando caer por fin esta palabra de bendición en aquella casa árida y descreída.—¡Quiéralo Dios, hermano mío! Y para que lo quiera, ponte esta reliquia que gané como premio en el colegio, y que está bendita.

Y la niña desató de su cuello un cordoncito de seda negra, del cual pendía un *lignum Crucis* encerrado en un medallón de oro muy pequeño y de forma de corazón.

Luego lo ató al cuello de su hermano y lo ocultó entre los pliegues de su camisa.

—Mira, Carlos, reza todos los días y besa esa reliquia,—continuó Carolina volviendo á abrazar á su hermano,—yo también rezaré por tí.

—Toma mis pistolas,—dijo á su vez Andrade, poniendo en las manos de su hijo una voluminosa caja,—esto te aprovechará más que el amuleto de Carolina.

—Padre mío, vosotros los hombres matáis,—observó dulcemente la joven,—las mujeres y sobre todo, las niñas, debemos rezar. Cada uno tiene sus armas; pero creo que las mías salvarán mejor á mi hermano.

Esta admirable respuesta produjo una burlona sonrisa en los labios del armador, y un gesto de desdén en Sofía, que volvió á estrechar la mano de Carlos, y se hundió con más comodidad que antes en su ancho sillón.

Carolina quiso acompañar á su hermano hasta el puerto, diciendo que después se volvería con su padre.

Al pasar por la mísera vivienda del zapatero, vió Carolina al anciano que se disponía á salir para sentarse delante de su mesilla; la pobre niña que sentía hacia aquel viejo infeliz mucho afecto, y que tenía tanto dolor en el alma que no sabía como exhalarlo, se aproximó á él y le alargó la mano bañada en lágrimas.

—¿Qué es eso, señorita? ¿Qué ocurre?—preguntó el tío Benito á Carolina con acento sobrecojido.

—Que se va mi hermano.

—¿A dónde?

—¡Muy lejos!

—Pero, ¿á dónde?

—A Jamaica.

—Caballero,—dijo el tío Benito adelantándose hacia Carlos con una nobleza y distinción en extremo notables;—caballero, si usted quisiera esperar un instante, yo le daría una carta de recomendación para Jamaica.

—¡Habrá viejo loco!—exclamó con enfado el armador,—¿para qué quiere mi hijo su carta de usted?

—¿Qué perdemos en complacerle, padre mío?—dijo Carlos, que había vislumbrado en el interior de la obscura habitación la espléndida cabellera de Lidia.

Y sin esperar á otra cosa, se acercó al umbral, en tanto que el anciano, sentándose ante su mesilla, escribía la carta.

Lidia estaba tan ocupada, que no oyó acercarse al joven; se hallaba regando la maceta de jacintos colocada en el alféizar de la estrecha ventana.

En breve acabó el tío Benito su tarea; dobló la carta y se la entregó abierta á Carlos después de escribir el sobre.

—En cualquier accidente desagradable que ocurra á usted, caballero, no dude usted un instante en presentarla á la persona á quien va dirigida; es un buen amigo mío, y no dudo que le complacerá en todo cuanto desee.

—Me hace usted un favor que agradezco con toda el alma, caballero,—dijo Carlos, que aunque no había leído aún el sobre de la carta, era afable y cortés en sus maneras.

Luego dirigió una última mirada al fondo de la habitación, saludó al anciano, y salió seguido de su padre y de su hermana.

—¡Voy á echar de casa á ese viejo chocho!—exclamó muy enfadado el señor Andrade al llegar á la calle;—¿es posible, hijo mío, que des pábulo á sus ridiculeces, escuchándolas?

Carlos, por toda respuesta, mostró á su padre el sobre escrito de la carta, que decía así:

A lord G., gobernador de Jamaica.

—¡Diablo! ¿Quién es entonces ese hombre?—exclamó el armador con los ojos dilatados por un profundo asombro.

Y desdoblando la carta leyó su contenido, que era lacónico, pero expresivo.

Mi inolvidable Edward, decía en buen inglés, *el portador de la presente es un joven honrado que va á esa con objeto de evacuar algunos asuntos personales; haz por él cuanto harías por mí si te necesita, lo cual es cuanto te puede encarecer mi estimación hacia él.*

Sé que hoy, que la nieve de los años cubre nuestros cabellos, es tan firme tu amistad como cuando eran negros y lustrosos, y te pido ahora una prueba de ello.

Adiós, mi amado Edward; Úrsula y Lidia, hoy á mi lado, te saludan, lo mismo que á Milady y á tus hermosas hijas Fanni y Virginia; abrázalas por mí, y recibe tú mismo otro abrazo de tu apasionado

TOMÁS.

—Padre, ese anciano encierra un misterio profundo,—dijo Carlos, luego que el armador acabó de leer aquella carta.

—Así lo creo yo también,—dijo el señor Andrade pensativo;—gracias á esta carta, que si no, lo hecho á la calle apenas hubiera vuelto á casa.

Llegaban al puerto al decir estas palabras; la fragata *Nuestra Señora del Carmen* se mecía blandamente, aparejada ya, y los mari-

nos iban y venían sobre cubierta, acabando los últimos preparativos.

Padre é hijos pasaron á bordo, y el armador recomendó á Carlos al capitán, que era un inglés de agradables modales y distinguido aspecto.

—No hay más que un riesgo que temer, caballero,—respondió el capitán,—y esto no lo debo ocultar, y menos á usted que, aunque padre, es hombre antes que todo; un pirata tiene asombrada la costa, pues lleva consigo un bergantín, y la fragata que monta da caza á cuantos buques se ponen al alcancen de su vista. Sin embargo, mi gente es valerosa, y antes moriremos todos que dejarnos apresar por ese infame bandido.

Un grito agudo interrumpió al capitán, que aún no había distinguido la hermosa y suave figura de Carolina.

—¡Ah, perdón, caballero!—dijo,—no sabía yo que mi fragata se hallaba honrada con tan linda presencia y he hablado como se habla entre hombres solos.

Y esto diciendo, el capitán presentó su mano á la joven con la urbanidad más exquisita, y la condujo al mejor asiento de su cámara.

Pero la joven estaba pálida y temblaba;

un presentimiento doloroso le hacía ver á su hermano víctima del pirata, luchando con él y cayendo por fin cubierto de sangre al fondo del mar.

Un cañonazo que retumbó sonoramente en el puerto, la hizo estremecer; levantóse y el armador también, echándose en los brazos de su hijo.

Ni uno ni otro pudieron decirse una palabra, las lágrimas de los dos corrían en abundancia.

Carlos se separó de su padre y abrazó después á su hermana, que sollozaba dolorosamente; pero esta angustiosa situación tuvo un término: el capitán hizo una seña al armador, que separó á su hija, mientras aquel hacía retroceder un poco á Carlos, que se dejó caer en una otomana.

Padre é hija saltaron de nuevo á la lancha que debía conducirlos á la orilla.

Un segundo cañonazo dió la señal de la partida, y la *Nuestra Señora del Carmen* salió á toda vela del puerto, entre los gritos de *¡Adiós!* los vivas y los sollozos de la multitud.

VIII

Ocho días después de la partida del joven Andrade, se esperaba en la casa de su padre, con un ansia indecible, la llegada del buque de su propiedad, *Hernán Cortés*, que venía desde la Habana con cargamento.

El tío Benito, gracias á las eficaces recomendaciones de la sirviente que le prometió su protección, y gracias también á las labores delicadas que ocupaban sin cesar á su hija y á su nieta, habían mejorado notablemente de posición.

Porque cada mañana iban ocho ó diez y hasta catorce personas á valerse de su habilidad epistolar, y contando las cartas, unas con otras, á dos reales, sacaba un diario muy regular.

La persona que había procurado los medios de trabajar á Úrsula y á su hija era la gruesa especiera doña Ramona, mujer muy rica, muy influyente en el barrio y muy entrometida.

Había ido á casa de una modista y le había instado tanto con el objeto de que la confiaran labor para sus protegidas, que aquella había accedido al fin, salvo la palabra formal de doña Ramona de pagarle todo cuanto valían los utensilios, caso de que se echasen á perder.

¡Pero cuál fue su orgullo y cuál su alegría cuando fue á llevarla una caja de flores frescas y primorosas como si fueran naturales!

La modista, atónita, las contempló en silencio durante algunos instantes, y luego entregó á doña Ramona media onza, que era sin duda la mitad del valor de la obra, pero que no obstante, pareció á la pobre y buena Úrsula una cantidad fabulosa; además, recibió de la modista otro paquete de tela para flores y el encargo de hacerlas cuanto antes le fuera posible.

No se contentó sólo con esto la buena y caritativa doña Ramona; había visto padecer tanto al pobre tío Benito, que todo cuanto hacía para su bienestar futuro le parecía poco.

Sin recomendación ninguna se dirigió al más acreditado almacén de bordados de Barcelona, y pidió labor para Lidia, saliendo por fiadora con su rico y acreditado almacén de

especias; por esta razón no titubearon en darle obra, que la hermosa niña desempeñaba á la perfección.

La vida del trabajo, cuando este no agobia demasiado, no es difícil de llevar.

Úrsula y su hija ganaban ya mucho más de lo que podían gastar; sólo una cosa les apuraba, y era la estrechez de la habitación de su padre. Pero doña Ramona, que parece se había propuesto allanar todas las dificultades desde que se había declarado protectora de aquella familia, les dijo:

—Yo tengo un cuartito desocupado detrás de mi tienda, y en él podrá dormir el tío Benito si quiere, quedándose de este modo libre el que tiene para sus hijas; por la mañana viene muy temprano y todo está así remediado.

La proposición fue admitida con gratitud y la paz y la alegría reinaron desde entonces en la pobre mansión del zapatero memorialista.

Más de una vez, paseándose el armador por su cuarto, presa de una angustia mortal, había fijado sus ojos en aquel agujero, envidiando la tranquilidad escrita en el rostro de aquel pobre anciano, que era, sin embargo, amigo íntimo del gobernador de la Jamaica.

Aquel limpio cuartito, aquel crucifijo tan adornado, pues los primeros ahorros de la familia se habían invertido en galas para su Celestial Protector; aquella mujer, joven y bella todavía, cuyo semblante noble y distinguido respiraba profunda paz, y bajo cuyos dedos brotaban flores; aquella niña, hermosa como un ángel, que bordaba sin cesar, hablaban en su corazón con yo no sé qué lenguaje armonioso y desconocido.

Estaba tan arraigado el egoismo en el corazón de aquel hombre, que ni aun después de haber vislumbrado que aquel anciano no era lo que parecía, había pensado en sondear semejante misterio.

¿Qué le importaban á él las penas ni los goces de los demás?

Sólo por sí mismo, sólo por lo suyo se interesaba.

Todas las horas de su vida se pasaban en el afán devorador de esperar el buque, única esperanza de su decaída caja.

Y en medio de estas horas de agonía, sus pasos se encaminaban, quizás sin saberlo él mismo, al balcón de su gabinete para contemplar el risueño cuadro de la pobreza del zapatero.

Una mañana, que se hallaba allí pensando

en su buque, le presentó un ayuda de cámara un pliego cerrado.

Era un despacho telegráfico que decía así:

Una tempestad ha destrozado el buque mercante Hernán Cortés, *á dos millas del puerto.*

Don Agustín dió un grito horrible, angustioso y cayó con la cara contra el suelo.

El tío Benito le vió caer, subió la escalera, y penetrando por las habitaciones abiertas, llegó en su auxilio antes que los criados.

Don Agustín se acostó y seis días después se levantó, envejecido diez años.

Así pasó algún tiempo; el crédito de la casa tenía poco de efectivo, y sólo su antigua nombradía contribuía á sostenerla, aunque á duras penas.

Sin embargo, todo el comercio de Barcelona adivinaba que la tormenta rugía sobre la casa de Andrade y que el más leve golpe bastaría para desplomarla.

Una noche se recibió por el correo de Inglaterra una carta que hizo estremecer al armador; traía el sello de Río Colorado, modesto pueblo de San Pedro de la Martinica, y la letra era de Carlos.

El armador abrió la carta en medio de un

silencio sepulcral; pero la emoción no le permitía leerla y tuvo que tomarla Sofía; el contenido de la carta era el siguiente:

Queridos padres míos: Héme cautivo del pirata de quien nos habló el capitán inglés, y no sólo yo estoy cautivo, sino que lo está toda la tripulación, incluso el capitán.

A pesar de todas las precauciones, ha logrado el pirata darnos caza; y nuestra hermosa fragata ha sido saqueada y luego conducida á remolque.

Estamos encadenados, comemos un poco de galleta dura y apenas nos dan un poco de agua para apagar la sed; el comandante Feichutz pide de rescate por cada uno de nosotros diez y seis mil duros.

Padre mío, si al recibo de esta carta no buscas esa cantidad, si no la envías al instante al comandante Feitchutz, á bordo del buque Corsario, *tres días después de aquel en que él piensa recibirla, me colgará de una entena del navío, saliendo al instante á toda vela, pues no hay justicia que pueda con estos ladrones de mar.*

No es decirte por esto que yo te exija ningún sacrificio: mi deber es morir sin culpar al cielo que nos deja en la pobreza, pero déjame al menos esperar que mi familia hará un último es-

fuerzo para salvar á tu hijo, que os ama y os abraza á todos.

CARLOS ANDRADE.

—¡Pronto! ¡una luz!—gritó el armador al acabar Sofía de leer la carta con la impasibilidad que le era natural,—¡pronto! ¡el cajero aquí! ¡aún hay valores en mi poder! ¡se trata de mi hijo!

Y el anciano, con el cabello erizado y las mejillas encendidas por la fiebre, daba por el aposento pasos desiguales.

Un ayuda de cámara puso una luz en el despacho y otra en el aposento que servía de caja, y en seguida salió para buscar al cajero, que era un joven de una familia conocida: pero bien pronto volvió, diciendo que no se hallaba en casa.

Entonces D. Agustín sacó de su buró la llave que tenía y se acercó á un arca de hierro y bronce, que abrió con mano trémula de impaciencia.

¡Oh, colmo de la desgracia! ¡La caja, que dos horas antes encerraba un medio millón, estaba vacía!

¡El cajero, al ver la próxima ruína de aquel edificio gigantesco, había huído con la

última riqueza que encerraba en su seno!

Don Agustín quiso gritar y la voz se le ahogó en la garganta, seca por el furor. Su rostro se tornó violado, y sin exhalar una queja ni un acento, salió al escritorio, abrió el cajón de su mesa, y tomó de ella una pistola, que amartilló con mano convulsiva; luego la acercó á la sien y disparó.

Pero una mano vigorosa apartó la suya, y el tiro salió á mucha distancia, pues el arma mortífera rodó por el suelo.

El armador se volvió furioso; á dos pasos de él, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la cabeza descubierta y la fisonomía radiante é inspirada, se hallaba el anciano Benito.

—¡Hay un Dios!—dijo con acento grave y solemne, el misterioso personaje;—¡pecador, arrodíllate y humilla la frente ante su santa voluntad!

El armador, mudo y confundido al oir aquella voz, que le parecía haber oído otras veces, se arrodilló, en efecto, é inclinó con abatimiento su dolorida cabeza.

Cuando después de un rato la levantó, se volvió á mirar á aquel hombre extraordinario, y una sorda exclamación se escapó de sus labios:

—¡Cielos! ¡Simón David!—dijo,—¡perdido soy!

Y su cabeza volvió á doblarse sobre su pecho, y su llanto se abrió paso hasta regar con anchas gotas el pavimento sobre que se hallaba arrodillado.

—¡Sí, soy Simón David!—respondió el zapatero;—¡soy el hombre á quien tanto mal hiciste! ¡soy el mismo hombre que por tu culpa se ha visto próximo á perecer de miseria y de hambre dentro de tu palacio! ¡Soy Simón David!

Aquel hombre, al hablar así, parecía en efecto un sér, muy distinto y muy superior al infeliz habitante del patio.

Su traje, que en nada se parecía al del señor Benito, se componía de un pantalón gris y de un frac azul, en cuyos ojales lucían las cintas de tres ó cuatro condecoraciones diferentes; una camisa de azulada batista hacía más noble su fisonomía, distinguida por sí misma, y sellada por la desgracia con huellas indelebles.

—¡Soy Simón David, el hombre á quien la desgracia arruinó, robándole toda su fortuna, y que vino á pedirte un sitio en tu casa para ganar el pan, sitio que tú le negaste, porque viéndole pobre, creiste que

era peligroso entregarle tu caja. ¡Y ahora, Andrade, tu cajero es quien te ha robado, no sólo los fondos que te quedaban, sino también el honor y hasta la esperanza de salvar tu hijo! ¿No ves en esta combinación la mano de Dios?

Reinó el silencio por algunos instantes, siendo David el primero en interrumpirlo.

—Levántate y escucha la historia de mi vida, para que aprendas á tener conformidad,—dijo conduciéndolo á un sillón cercano:—será muy breve, y creo que, después de oída, aún lo esperarás todo de la bondad de Dios.

Tú apenas me conoces: marino distinguido llegué á un grado superior, y estas cintas que adornan ahora mi pecho han sido ganadas con mi sangre, que ha teñido muchas veces las ondas del Océano.

Viejo ya, antes de tener tiempo para serlo, viudo y con una hija á quien adoraba, resolví retirarme y vivir al lado de ella con mis escasos ahorros y la pensión que el gobierno me debía. Fuí, pues, á Marsella, donde se hallaba mi hija en un colegio, y me embarqué para España, donde quería fijarme, á pesar de ser oriundo de Francia; pero la desgracia me perseguía, y un horri-

ble naufragio se tragó todo cuanto tenía sobre la tierra.

Úrsula y yo nos salvamos por milagro, y, gracias á los socorros de la amistad, pudimos llegar hasta Madrid.

Allí empecé por tomar una casa modesta, donde me instalé con Úrsula, y que pagué con el producto de mi pensión, harto corta para recompensar tantos años de afán, y los achaques y dolores que ellos habían producido.

Entonces estabas tú en Madrid. Uno de mis amigos me propuso hablarte con el fin de ver si querías tomarme por cajero, y con este objeto me presenté un día á tí, y tú me recibiste con mucha frialdad; en seguida mi amigo formuló su petición, y tú te informaste con bastante grosería de cual era mi posición en el mundo y de qué garantías podía ofrecerte; al saber que no tenía más bienes que una modesta pensión de retiro, te negaste diciendo que necesitabas para tu caja á una persona de opulenta familia; en efecto, la encargaste á un joven, hijo de padres ricos, que es el que acaba de robarte.

Sólo aquella vez nos vimos, y á pesar de la penuria de nuestra situación, mi hija se casó con un honrado joven abogado que la

amaba, y yo, cediendo á un sentimiento de humanidad, salí fiador, con mi sueldo, de un préstamo para un infeliz padre de familia.

Llegado el plazo en que este había de pagar, no pudo hacerlo, y mi sueldo quedó embargado por muchos años, porque era bastante la cantidad de que salí fiador.

Entonces, deseando por una parte no atormentar á mi hija con el aspecto de mi miseria, y por otra huir de la presencia de mis amigos, vine á esta ciudad como si Dios hubiera querido empujarme hacia tí, porque hay un Dios, Andrade, que rige los destinos del mundo, y aproxima para la venganza ó el perdón á los que se ha ofendido.

¡Lo que yo he padecido en el largo espacio de quince años, no lo sepas jamás! Tiene la desgracia algo de sombría y repelente que separa de sí las simpatías de las almas pequeñas.

Estuve algún tiempo de tenedor de libros en una casa de comercio, y allí conocí á Ventura, tu ayuda de cámara; ambos servíamos al mismo amo, y el pobre muchacho tenía hacia mí toda la adhesión que es posible en una persona á quien ya ha degra-

dado el hábito de la servidumbre, ejercida con el fin de especular.

Cuando convalecí de mi enfermedad me ví tan pobre, tan exhausto de todo recurso, que me propuso pedir para mí al señor á quien servía entonces, un asilo en su casa, aun cuando fuese en extremo humilde.

Yo acepté con la gratitud del mendigo á quien ofrecen un techado, y hace más de un año que vivo á tu lado, aunque cuando entré en esta casa ignoraba que tú fueras el dueño, pues entonces, quizás no hubiera venido á ella.

Mi pobre hija y mi nieta han sido también agobiadas por la desgracia, de la que tú tanto te quejas habiéndola merecido, cuando castiga á tantos seres generosos y tiernos; el esposo de Úrsula, víctima tres años de una enfermedad cruel, ha bajado al fin al sepulcro, dejando á su esposa y á su hija en la orfandad, y las desdichadas han venido á refugirse á mi lado.

¡A mi lado, desgraciado de mí, cuando el día que llegaron me moría de hambre y de cansancio, agobiado por las exigencias despóticas de tus criados!

Sin embargo, bien pronto el resentimiento que abrigaba hacia tí, se cambió en una con-

miseración profunda; veía de lejos la ruina de tu casa por una intuición maravillosa que á veces nos concede Dios, y la adivinaba además en tu frente contraída y en tu abatido semblante: aún había otra cosa más poderosa, más santa, que me obligaba á perdonarte; tu hija menor fue la que me dió pan el día que llegaron mis hijas, y la que después ha socorrido mi indigencia muchas veces con diferentes y delicados pretextos: *Sea esa niña,* me dige yo, *la que satisfaga las culpas de su padre, y redima yo de las prisiones de la culpa, y quizás del crimen, á esa pobre alma cubierta de sombras.* Por eso vengo, pues, á decirte: *¡Agustín Andrade, tu vida no te pertenece! ¡Dios te la ha dado, y El debe disponer de ella! ¡Humíllate ante su bondad santa, mírame á mí y ten resignación y esperanza! ¡Cree y ama á ese Dios bueno que hasta hoy has desconocido! ¡Cree, cree y te salvarás!*

Un largo silencio siguió á las últimas palabras de Simón David; el armador, absorto, sorprendido, no acertaba á romperle.

—¡Mi hijo está perdido!—murmuró al fin con acento doloroso.

—¿Quién sabe?—respondió David.—¡Dios todo lo puede!

—¡Mi hijo está perdido!—repitió Andra-

de con voz cada vez más sombría.—¡Perdido y yo nada puedo hacer para salvarle! ¡Es preciso, pues, que muera y moriré!

Y diciendo estas palabras, se precipitó sobre la otra pistola que había quedado en la caja.

Pero la mano fuerte y severa de David cayó sobre ella, y la separó con entereza.

—Andrade,—dijo después hablando lentamente, como si hubiera deseado que sus palabras penetrasen una por una en el corazón del armador;—si vieses que yo, pobre y desvalido anciano, hallaba poder en la religión para salvar á tu hijo, ¿creerías?

—¡Salvarle! ¡Imposible!—exclamó con angustia don Agustín.

—¡No es imposible! La esperanza es una de las felicidades del buen cristiano y su ausencia uno de los mayores castigos de los que Dios impone á los que no creen en El: pero respóndeme, porque los instantes vuelan, si por un milagro de caridad yo te diese dentro de dos horas la suma necesaria para redimir á tu hijo, ¿abrirías tu corazón á la luz?

—¡Oh, Dios mío! Yo no sé lo que haría en ese caso,—respondió el armador, alzando, quizás sin saberlo, los ojos al cielo:—¡no

sé lo que haría porque indudablemente la felicidad me volvería loco!

—¿Lo ves? Así que te he hablado de felicidad, has invocado al santo nombre de Dios, ese nombre, consuelo de todos los dolores, origen de todas las alegrías. ¡Pobre desgraciado que en medio de su vida estéril y solitaria, le falta hasta ese refugio para las tempestades del alma! ¡Yo te devolveré el hijo que lloras perdido, y eso te lo ofrezo en nombre de ese Dios tan bueno y misericordioso!

—¿Será posible?—exclamó el armador con una explosión de júbilo difícil de pintar.

—¿Qué hay imposible para el que todo lo puede? Yo no cuento con medio alguno; pero sigue todos mis pasos hasta que consiga la crecida suma que necesitas, y te convencerás de su bondad y de su omnipotencia.

—¡Ah! ¡Sólo con haber abrigado ese deseo, eres ya mi hermano!—exclamó Andrade echando sus brazos al cuello del anciano David;—mi propia familia no hubiera sabido darme ni la esperanza de un consuelo lejano, porque mi mujer no tiene fortaleza ni aun inteligencia, y de mis pobres hijas, la mayor se parece á su madre y la otra es todavía una niña.

—No perdamos tiempo,—dijo David,—y pongamos los medios para redimir á los cautivos.

—¿A los cautivos?

—Sí, porque más cautivo estás tú, Andrade, que tu desgraciado hijo, más odiosas son las cadenas de tu duda, de tu ateismo, que las del pirata. A él le redimirá el dinero, á tí sólo la piedad de Dios.

—Pero, ¿de donde vas á sacar la suma que reclaman?

—¡Aún no lo sé, pero mi ardiente fe me sostendrá y la caridad me dará su auxilio, no lo dudes; Dios no desampara á los que le invocan como yo le invoco ahora.

Y el anciano elevó sus manos unidas con una admirable y radiosa expresión de fe y sublime confianza; con los ojos clavados en el cielo, rezaba con fervor, según lo indicaba claramente el suave movimiento de sus finos labios.

—Vamos,—dijo al acabar su plegaria;—¡ya soy fuerte y poderoso!

IX

Los dos ancianos salieron de aquel aposento, que poco antes iba á ser teatro de un crimen, y bajaron al cuarto ocupado por David y su familia.

Úrsula y Lidia trabajaban en sus flores desde muy temprano.

David se quitó las galas que se había puesto para darse á conocer al armador, y se puso su raído y ordinario traje.

—¡Oh, amigo mío! ¿Qué vas á hacer?—exclamó Andrade que no podía adivinar su intento.

—Voy,—contestó el anciano con la más perfecta naturalidad,—á implorar la caridad pública para salvar á Carlos.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Es ese el medio de que me hablabas?

—Sí.

—¡Pero yo no puedo admitirlo! ¡Eso es degradante para tí!

—Redimir al cautivo es una de las obras

de misericordía, y, practicándolas, obedecemos uno de los más admirables preceptos de nuestra santa religión.

—¡Pues bien!—exclamó con resolución el armador;—ya que es preciso pedir limosna para salvar á mi hijo, seré yo quien la pida.

—No, por cierto, seré yo.

—¡Pero eso es imposible!

—No hay tal cosa; es más imposible que el jefe de la casa Andrade, que aún tiene un crédito inmenso, implore la caridad pública. Además, en tu boca el nombre de Dios no conmoverá á nadie.

—¡Ay de mí! ¿Conque no puedo ni aun salvar á mi hijo?

—Ese es el castigo que Dios impone á tu ingratitud para con El.

—¡Castigo bien duro!

—Resígnate á el, y su justicia reemplazará su bondad; ahora ponte detrás de los cristales y observa.

David buscó una bandejilla negra con florecitas de colores que poco antes había comprado Úrsula con el producto de su trabajo, y se dispuso á salir, diciendo antes á sus hijas:

—Rezad para que Dios me ayude.

Madre é hija dejaron su labor y se arrodillaron delante del Crucifijo.

—Te ofrezco, ¡oh, Santísimo Jesus! trabajar una noche entera para poder ofrecerte muchas luces si no desamparas á mi padre,—dijo Ursula á media voz.

—Te ofrezco, ¡Oh, Dios mío! todas las flores de mi maceta,—añadió Lidia.

David salió entonces, seguido del armador, que estaba pálido de angustia, y volviendo la calle se colocó en la esquina que daba frente á la especiería de doña Ramona.

Entonces, aquel hombre sublime, con su bandeja en la mano, dijo con voz alta y solemne á dos caballeros que pasaban:

—Una limosna, por amor de Dios, para redimir á un cautivo.

Uno de ellos se detuvo; aquel modo de solicitar la caridad era desconocido hasta entonces.

—¿Para un cautivo?—preguntó al anciano.

—Sí, señor,—respondió éste.

—¿Quién es?

—Carlos de Andrade.

—¡Cómo!—exclamó el caballero,—¿el hijo de la opulenta casa de Andrade es el cautivo?

—Cautivo de un pirata.

—Pero, y su padre, ¿por qué no le rescata?

—Ha sido robada su caja esta noche.

El caballero sacó de su cartera un paquete de billetes de Banco, y dejó en la bandeja dos de mil reales.

—¡Dios se lo pague á usted!—dijo Simón David.

Dos damas siguieron á los dos caballeros.

—¡Para Carlos Andrade, cautivo en la costa del Río Colorado, de un pirata,—dijo el anciano,—por el amor de Dios!

Una de las damas, la de más edad, se acercó á David, se informó de las desgracias de la casa del armador, y puso en la bandeja dos ricas sortijas que sacó de su dedo anular.

La otra dama depositó en ella su reloj y su cadena de oro.

—Para Carlos de Andrade, cautivo de un pirata, cerca de la Jamaica,—repetía el anciano á cada nuevo transeunte que doblaba la esquina.

Y la bandeja se iba llenando tanto de oro, billetes y joyas, que apenas podían sostenerla las manos del anciano.

—¡Una mesa aquí, pronto!—dijo á media voz y dirigiéndose al sitio en que se hallaba

inmóvil y palpitando de emoción y gratitud el armador.

Instantáneamente fue colocada á la espalda de David una mesa con un tapete de seda.

El anciano desocupó sobre ella la bandeja y continuó su piadosa tarea.

Aquel hombre de cabellos blancos que pedía por el amor de Dios para redimir al cautivo, conmovía profundamente á todos cuantos pasaban, y la doble noticia del cautiverio de Carlos y del robo de la caja de su padre se extendió bien pronto por toda la ciudad.

Carolina, enterada por doña Pelagia de lo que ocurría, voló al lado de su padre, al que abrazó derramando copioso llanto; luego, y por efecto de la alegría natural de su carácter, pensó en los medios de llegar á conseguir en pocas horas un resultado satisfactorio, con una prudencia y un aplomo muy superiores á su edad:

—Padre mío,—dijo,—es necesario colocar peticionarios á las puertas de las iglesias más concurridas, por ejemplo, de San Jaime y de Santa María del Mar.

—¡Ah, hija mía!—exclamó dolorosamente el armador:—no tengo ningún amigo que

consienta en hacerme tan inmenso favor, porque la abnegación y generosidad de David son muy raras en el mundo. Pero,—añadió el armador,—¿donde están tu madre y tu hermana?

—En casa llorando, padre mío.

—¡Ah, tu pobre madre,—exclamó el armador;—yo he comprometido todo su dote en especulaciones arriesgadas; tengo sobre mí la vergüenza de haberla dejado pobre!

—De eso se lamenta, padre mío.

—Y tiene razón,—repuso el armador con gran asombro de su hija, que, conociendo el carácter iracundo de su padre, reflexionó, aunque tarde, en aquellas palabras de su madre.

Pero, ¡cual fue su sorpresa al ver que en vez de enfurecerse dejaba correr abundantes lágrimas por sus mejillas!

Tan poco acostumbrada se hallaba á ver enternecido á aquel hombre de hierro, que su llanto corrió con mayor abundancia.

Sin embargo, la niña fue la primera que recobró la fortaleza, tan necesaria en aquella ocasión; volvió á abrazar á su padre, y luego le dijo con su dulce y persuasiva voz:

—Vamos... valor, padre mío, y déjame que haga algo por mi hermano.

—¿Y qué quieres hacer tú, pobre hija mía?

—Yo seré quien pida para su rescante en la puerta de San Jaime; justamente es domingo, y á la hora en que las gentes van á misa, pediré...

—¡Tú pedir!

—Pedir por el amor de Dios y por la libertad de un hermano, no ha de rebajarme nada, mi querido padre; conque está convenido; pero antes de ponerme mi vestido negro, debo decirte que cuento con otro peticionario, ó más bien, peticionaria, para Santa María.

—¡Cómo!

—¡Sí!

—¿Y quién es?

—Lidia.

—¡Quién! ¿La nieta de David?

—Yo no le conozco más que por el tío Benito; pero su nieta es con quien cuento; ¡es tan bonita! parece un ángel y excitará, sin duda, la caridad con su dulce voz de querubín; yo le prestaré uno de mis vestidos negros, y se situará á la puerta de Santa María.

En efecto, una hora escasa había pasado cuando las dos bellas niñas se hallaban á las puertas de sus respectivas iglesias, sentada

cada una delante de una mesa cubierta con un tapete, sobre el cual había una bandeja.

Eran las once de la mañana, y, por consiguiente, la hora en que acude más gente á las iglesias, y bien pronto las bandejas de las dos lindas jóvenes mostraron una gran cantidad de dinero y algunas joyas.

Nadie que haya estado en Cataluña puede negar el sentimiento religioso y caritativo que anima á sus hijos, el espíritu de cariñosa fraternidad que los une, y la extrema generosidad y galantería que los distingue.

La noticia del cautiverio de Carlos y la del robo de que su padre había sido víctima en la noche anterior, continuaron esparciéndose con la rapidez del rayo; nadie pensó en operaciones comerciales, porque el espíritu mercantil, que es indudablemente el que domina en aquella provincia rica y laboriosa, cede siempre el puesto á la caridad y á la compasión sobre la desgracia de sus hermanos.

Sólo se hablaba de salvar aquella casa respetable de la inminente ruína que la amenazaba, y los donativos más cuantiosos caían en las bandejas, y sobre todo, en la de Carolina, á quien toda la ciudad conocía como hermana del cautivo é hija del armador.

A las dos de la tarde se había reunido algo más de la suma necesaria para el rescate de Carlos, cuando un acontecimiento inesperado vino á aumentar la importancia de los donativos.

Ya estaban todos en la mesa común, ó sea la que se hallaba en el patio de la casa de Andrade y ya se iba á cerrar la puerta en señal de luto, para no abrirla hasta el regreso de Carlos, cuando doña Ramona llegó jadeante y sofocada.

—¿Qué es lo que me han contado?—exclamó echándose á la espalda su ancha mantilla.—¿Que don Carlos ha sido cogido prisionero por un barco pirata?

—Esa es la triste verdad, señora,—respondió el armador, que, en pie, vestido de negro y con la cabeza descubierta, daba gracias con lágrimas en los ojos, á algunos ricos comerciantes que acababan de depositar crecidas sumas en la mesa.

—¿Y es verdad también que le han robado á usted, señor Andrade?

—Todo cuanto tenía en caja, doña Ramona.

—¿Y no está avisada la Justicia?

—Sí, señora; ya se persigue al ladrón.

—Señor Andrade, dos palabras,—dijo la

gruesa especiera llevándose á parte al armador.

Luego que ambos estuvieron en sitio donde nadie les podía oir, doña Ramona sacó de su bolsillo un grueso paquete y lo entregó al armador.

—Vecino,—dijo,—ahí van diez mil duros, que hoy iba á emplear en comprar unos terrenos; yo sé lo que es comercio y sé también que si le han limpiado la caja, de algo le servirán; con que tómelos usted, que ya me los devolverá cuando pueda.

—¡Y dudaba yo de la generosidad ajena!—exclamó con voz ahogada por la emoción el anciano.

—Eso era porque usted peca poco de generoso,—repuso doña Ramona, que era muy brusca.

—Es verdad.

—¡Y tanto! Pero vamos, tome usted esta cantidad.

—Si no sé cuando podré devolver á usted esta cantidad, vecina!—dijo Andrade.

—También hay un medio para que no me la tenga usted que devolver nunca.

—¿Un medio?

—Sí.

—¿Y cual es?

—¡Caramba! No me atrevo á decírselo á usted, porque como tiene ese genio...

—¡Ah, doña Ramona!—exclamó el armador.—Mi genio y mi corazón han cambiado mucho, á Dios gracias.

—Pues le voy á decir el medio de que se guarde en su casa ese dinero.

—Deseo saberlo, aunque no crea usted que sea porque deseo no devolvérselo.

—Lo supongo, pero vamos, que no le sabrá á usted mal; pues amigo mío, si deja usted casar á su hijo, cuando vuelva con la nieta del zapatero, doto á la niña con esa cantidad: así como así, no tengo hijos ni parientes y puedo hacer de mi dinero lo que se me antoje, sin perjudicar á nadie.

—Pero, señora, ¿y si los chicos no se quieren?

—¿Que no se quieren? Les he visto yo echarse unas miradas... que ya ya.

—Carlos se casará con esa joven, si la ama realmente y yo devolveré á usted su dinero,—dijo Andrade, con una nobleza de que él mismo no se hubiese creído capaz el día anterior.

—¡Bah, bah! Eso será lo que tase un sastre, — dijo doña Ramona alejándose muy contenta.

—¡Señor, Dios mío!—exclamó el armador, alzando al cielo los ojos y las manos. Yo te adoro, creo en tí y te admiro como lo más grande, bueno y misericordioso que he conocido. Porque yo te conozco ya, ¡oh, Dios mío! ¡Yo te conozco! De eso nace la dulce y benéfica esperanza que ha brotado en mi corazón. De eso la grata quietud que ha reemplazado á mis agitaciones anteriores. De eso el bienestar que experimento. ¡Oh, Señor! ¡Salva á mi hijo y emplearé el resto de mi vida en obras de caridad y en consolar á los que padecen, y una parte de mi fortuna en redimir á los cautivos!

X

Pasemos de un salto, lectores míos, bajo el cielo azul y abrillantado de Jamaica, al país de las serpientes, de los pájaros de pintados plumajes y del sofocante calor y penetremos en el palacio del gobernador lord G., antiguo amigo de Simón David.

Era una residencia fresca, graciosa, encantadora; un edificio blanco, con vidrios de colores, que durante el día estaban cubiertos, para preservar á sus habitantes del calor, con dobles persianas verdes.

Como las cuatro de la tarde serían cuando Milady y sus dos hijas se hallaban en un lindo saloncito estucado de blanco y que semejaba mucho al mármol.

Una sonora fuente saltaba en el centro, rociando con una lluvia las flores que brotaban en un pilón de piedra blanca, que figuraba una enorme concha.

Sillas de bambú ligeras, cómodas y elegantes rodeaban la estancia y junto á cada ventana se veían dos sillones de brazos, también de bambú, para mecerse indolentemente, según la costumbre de los americanos.

Algunos cajones, pintados de encarnado, con pie de bronce, se veían colocados en los extremos de la habitación y llenos de preciosas flores inodoras de colores vivos y brillantes.

Era la esposa del gobernador una dama que podría contar treinta y ocho años: un rico traje de seda señalaba los contornos finos y bellos de su talle y sus largos cabellos

rubios estaban rizados á la inglesa en menudos tirabuzones.

Sus dos hijas, Fanny y Virginia, la acompañaban, ocupándose en bordar ambas en un mismo bastidor.

Eran dos lindas jóvenes de diez y ocho á veinte años, rubia la una como su madre y la otra morena como lord G...

Una negrita de doce á catorce años, en pie, junto al sillón de Milady, le daba aire con un gran abanico de plumas de lucientes colores.

Era aquella criatura muy bella en su clase; una camisa encarnada de mangas cortas y una falda, corta también, de cuadros muy vivos, componían todo su traje y dejaban ver ó adivinar su bien formado cuerpo.

Llevaba un collar de granos de cristal azul, bastante gruesos y su cabeza fina y lanuda tenía cierto sello de gracia, muy poco común en semejante raza.

Francisca, que así se llamaba, demostraba mucho afán porque se la llamase Fanny como á la señorita, lo que tenía severamente prohibido Milady á todos los criados de la casa.

—¿Hace mucho que salió el señor?—preguntó de repente Milady á la negra, abrien-

do un poco sus ojos, adormecidos por la pereza.

—Sí, mi ama,—respondió Francisca con su peculiar acento americano.

—¿Ha dicho si volvería pronto?

—Fany no lo sabe.

—Si otra vez vuelves á nombrarte de ese modo, haré que te castiguen,—dijo Milady muy enojada.

—Perdón, mi ama,—observó la negrita,—como la señorita se llama Francisca y todos le dan el nombre de Fanny, creí que yo también...

—Francisca, eres muy terca,—interrumpió la misma Fanny.—¿Por qué eres así?

La negrita nada contestó.

—Todas tus faltas proceden de malicia,—continuó la joven,—porque obras mal á sabiendas. ¿Te gusta acaso que te impongan un castigo?

—¡Ay, no!—exclamó Francisca, entre burlona y asustada,—no me gusta...

En esto oyeron pasos y poco después entró lord G... en la sala donde se hallaban su esposa y sus hijas.

Era lord G... un anciano alto y delgado, con cabellos blancos y figura noble, que respiraba benevolencia.

—¿Qué hay?—preguntó Milady corriendo hacia él.

—Nada, querida mía,—respondió lord G... los colonos son los primeros en proteger á esos infames piratas, que los proveen de gente para las faenas del campo.

—¡Pero si ese pobre joven es español!—observó Fanny con sentimiento.

—Tanta más riqueza para el corsario, hija mía,—repuso su padre,—porque sabe que su familia pagará por él el rescate que pida.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pero si su familia ha quedado pobre, según él dice en su carta!

—Yo pagaré su rescate y lo pagaré ahora mismo,—dijo el gobernador;—quiero que mi amigo Simón vea que tengo deseos de complacerle; además, me he avistado con el jefe de la casa Will y compañía, donde la familia de ese joven tiene sus créditos y afortunadamente no hay tales amagos de quiebra.

—¿Será posible?

—He recibido garantías de ello.

En aquel momento apareció un criado en el umbral de la puerta.

—Señor,—dijo,—ahí fuera hay un caballero español que desea ver á su merced.

Salió el gobernador y un instante después entró apoyado familiar y cariñosamente en el brazo de un joven, alto y simpático, aunque flaco y descolorido.

Era Carlos Andrade.

—¡Ah, caballero!—exclamó Milady tendiéndole su blanca y hermosa mano,—¡cuanto hemos temido por usted!

—Por fortuna, señora, estoy salvo,—contestó Carlos inclinándose con gratitud.

—¿Y por qué milagro, caballero?

—Mi familia ha remitido al corsario la suma que exigía por mi rescate.

—¡Ah! ¡Cuánto habrá sufrido su padre de usted para reunirla y después qué angustia le habrá hecho pasar la duda de si llegaría á tiempo!

—Toda la noble ciudad que ha sido mi cuna ha contribuído á mi rescate,—dijo Carlos, á cuyos ojos acudieron lágrimas de reconocimiento,—mi padre me dice en su carta que se colocaron bandejas en los sitios más públicos y en la puerta misma de mi casa, y que se obtuvo mi rescate de la pública caridad.

—Yo hubiera querido ser el único que devolviera á usted la libertad,—observó el Gobernador;—hasta hoy no he recibido su car-

ta de usted adjunta á la de mi querido amigo David; por cierto que viene firmada con su nombre de incógnito, ó, mejor dicho, con el que usaba para encubrir todas sus buenas acciones.

—¡Ay, Dios mío! ¡El desgraciado anciano vive oprimido bajo el peso de la más horrible miseria!—dijo Carlos, cuyo pensamiento se volvió á Lidia.

—¡Será posible!

—Sí, caballero; durante mucho tiempo ha estado ejerciendo en el patio de mi casa el humilde oficio de zapatero.

—¡Ah, pobre, pobre David!—exclamó el gobernador:—¡él, tan aristócrata, tan delicado!

—Toda su delicadeza ha sobrevivido á su miseria y su desgracia, milord, y á él debo, según mi padre me escribe, la mayor suma de mi rescate; aquí puede usted verlo.

Y Carlos presentó una carta al gobernador, escrita por su padre que decía así:

El anciano Benito, hijo mío, ó más bien Simón David, antiguo capitán de la marina mercante, es el verdadero autor de tu libertad, tu salvador y mío, porque yo hubiera muerto sin la esperanza de volverte á ver.

¡Sólo la religión puede dar las santas cualidades de que está adornado ese hombre sin ejemplo. ¡Sólo esa sacrosanta religión, que yo no he sabido ni apreciado en su justo valor hasta los helados días de mi vejez!

David y Carolina son los únicos que me han consolado en las horas de amargura que he atravesado; porque el infame á quien había encargado la caja ha huído llevándose los restos de nuestra fortuna.

Tu madre y Sofía, afectadas tanto como pueden estar con tan repetidas desgracias, apenas salen de su habitación, demostrando muy poco interés por verme y consolarme.

Pero todo es ya nada para mí, supuesto que tú volverás libre á mi lado. El robo cometido por el cajero, que era por cierto de poca cantidad, ha salvado el crédito de nuestra casa, y los más opulentos capitalistas de Europa se han apresurado á ofrecerme fondos para continuar nuestras operaciones mercantiles.

Ven, pues, hijo mío, lo antes posible; hasta tu vuelta estoy rodeado de Simón, de su hija y de su nieta, que no me abandonan un instante. Úrsula es una santa; es el tipo de la mujer buena y apacible, con un entendimiento tan excelente como su alma.

Su hija es un ángel de belleza, de dulzura y

de bondad: la pobre niña tenía pasión por una maceta de jacintos que le había regalado su abuelo. Pues bien: el día que se imploró tu rescate de caridad de nuestros hermanos, ella la imploró también en la puerta de Santa María del Mar, y antes de salir se arrodilló delante de una imayen del Crucificado, ofreciendo sus queridas flores, única cosa de que la pobre niña podía disponer, si le daba buen éxito en su piadosa empresa.

Aquella misma tarde los jacintos, cortados, formando un ramo, los puso á los pies del Salvador del mundo.

¡Oh, hijo mío! Estas excelentes criaturas han redimido tu cuerpo de la esclavitud, mi alma del error y de la culpa.

La carta concluía con mil protestas de apasionado afecto, y luego añadía en posdata:

Abro esta carta para participarte que me ha pedido la mano de Sofía un rico negociante francés, y que la boda se celebrará así que tú vengas, pues ella acepta gustosa este casamiento.

—Después de leer esta carta, creo milor, que me comprenderéis á poco que os expre-

se mi afán de marcharme al instante,—dijo Carlos;—mi familia me espera, y, no bien termine mis asuntos aquí, saldré para España.

—Hoy mismo puede quedar todo concluído, querido amigo,—observó el gobernador;—vamos á la casa de Will y compañía, donde habrá muy pocas dificultades que vencer.

En efecto; la casa de Will dió garantías del excelente estado de sus fondos y entregó á Carlos una crecida suma que debía remitir á su padre por uno de los buques próximos á salir del puerto.

El joven Andrade, al separarse de lord G... buscó uno de los joyeros más afamados de la ciudad, y entró en su tienda.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?—le preguntó el artista.

—Deseo deber á la habilidad de usted, una alhaja de gran precio,—contestó el joven.

—¿De qué clase?

—Es una jóya extraña la que voy á encargarle.

—No importa; dígame usted lo que sea, en la seguridad de que puedo complacerle.

—Quiero que me haga usted una corona nupcial de jacintos.

—Eso es muy facil, pero ascenderá á un precio exorbitante.

—No importa.

—Los jacintos se formarán de los más hermosos topacios, alternados con brillantes, y el engaste será de oro.

—Precisamente; pero advierto á usted que necesito esa corona á la mayor brevedad.

—Caballero, es obra de un mes de asíduo trabajo,—respondió el joyero;—pero á la terminación de ese plazo será entregada en el sitio y á la persona que usted se sirva designarme.

—Cuento con la promesa de usted, y le ruego que entregue la corona en la casa de los señores Will y compañía, donde será satisfecho al instante el precio que exija usted por su trabajo.

Carlos volvió á casa del gobernador, se despidió de su familia después de cenar, y al amanecer del siguiente día partió á bordo de un buque francés que debía tocar en Marsella, para desde allí trasladarse á Barcelona.

XI

Era un hermoso día de invierno cuando la familia de Andrade esperaba á Carlos en el animado muelle de la ciudad condal.

Las once de la mañana daban en el reloj de la catedral cuando el cañón del puerto anunció la entrada en él de dos buques españoles.

A bordo de uno de ellos venía Carlos, de pie, sobre cubierta, y saludando con lágrimas en los ojos á las personas que le amaban y de las cuales era tan esperado.

Cuando he hablado de la familia de Andrade, no me refería á doña Dámasa ni á su hija mayor.

De estas, la primera se había quedado sentada á la chimenea y haciéndose la cuenta de que para nada necesitaba pasar frío, teniendo su hijo forzosamente que llegar á casa.

En cuanto á Sofía, se hallaba en sabrosa conversación con su novio y se había echa-

do también la misma cuenta que su impasible madre.

Así, pues, la familia que esperaba á Carlos se componía sólo de su padre y de su hermana menor; es verdad que el cariño que estos dos le tenían valía por el que le negaban su madre y su hermana mayor.

Acompañaban á don Agustín y á Carolina, David, Úrsula, Lidia y los dos antiguos servidores de don Simón y doña Pelagia, que no cesaban de disputar según su rancia costumbre.

—¡Ah, qué delgado viene nuestro querido cautivo!—exclamó doña Pelagia apenas pudo distinguirlo.

—Está usted equivocada,—respondió don Simón con gravedad;—el señorito viene grueso.

—Sí, como usted.

—¿Quería usted que llegase hecho una nutria como usted lo está?

—¡Don Simón, no empecemos!—dijo el ama de gobierno, cuyas mejillas se pusieron como una escarlata.

—¿No dice usted que estoy flaco?

—Ciertamente.

—Pues yo digo también que está usted reventando de gorda.

—Es que digo la verdad.

—Y yo no digo mentira.

—¡Qué hombre tan grosero! ¡Siempre la suya ha de ser la última!—murmuró la irascible señora.

—¡Qué mujer tan incivil! ¡Jamás ha de dejar de contradecir!—repuso don Simón.

El momento de atracar el buque cortó esta discusión, que ya se iba agriando demasiado, y Carlos se encontró algunos instantes después en los brazos de su padre y de su hermana.

Pasada la primera efusión, Carlos buscó con la vista al anciano marino, y le estrechó también entre sus brazos.

—¡Gracias, mi generoso amigo!—exclamó,—¡jamás olvidaré lo que le debo y siempre le miraré como á mi segundo padre!

Carlos, al decir estas palabras, fijó la vista en Lidia, que bajó los ojos ruborizada.

Entonces le pareció al joven más hermosa que nunca.

Su modesto vestido de merino azul señalaba blandamente los contornos de su talle; una manteleta de seda negra caía sobre él, y una mantilla lisa de tul permitía ver toda la riqueza y hermosura de sus cabellos.

Lidia había crecido y se había hermosea-

do, resaltando particularmente en su semblante una admirable expresión de paz y de bondad.

Carlos no se olvidó de abrazar á sus antiguos criados; pero, por deferencia al sexo, abrazó primero á doña Pelagia, que dirigió una mirada triunfante al paciente don Simón como diciendo:

—¡Ya ve usted como yo valgo más!

Cuando iban á tomar los carruajes que debían conducirlos á su casa, Carolina se volvió en busca de su padre.

Andrade, de rodillas, oraba con las manos juntas y los ojos húmedos, dando gracias al Todopoderoso que le había devuelto á su hijo.

Así que llegaron á su casa, Sofía abrazó á su hermano y luego le presentó á su futuro, que era un joven afeminado y elegante.

Este saludó cordialmente al hermano de su prometida.

Dos días después del regreso de Carlos, la casa de Andrade seguía sus operaciones mercantiles con más crédito y regularidad que nunca.

Por la noche de aquel día, padre é hijo se hallaban solos en la habitación del primero, cuando éste, que al parecer, iba á em-

pezar una conversación embarazosa, se puso á pasear por el cuarto con pasos largos y desiguales.

—Padre mío,—dijo por fin deteniéndose delante de don Agustín;—padre mío, tú me amas, ¿no es cierto?

—¿Es posible que lo dudes?—repuso afectuosamente don Agustín.

—Pues bien; me perdonarás que me atreva á decirte que amo á Lidia, la nieta de nuestro bienhechor.

—¡Será posible!—exclamó el armador.

—Creo que esta declaración te ofende, padre mío,—dijo el joven con tristeza;—pero tú sabes que siempre te he abierto mi corazón.

—Hijo mío,—repuso el armador;—yo te hubiera pedido dentro de poco, como una gracia, el que fueras esposo de Lidia; pero dime, ¿ese amor no será alguna alucinación de niño? ¿Estás seguro de amarla siempre?

—¡Siempre! Yo la amo, padre mío, desde el momento en que la ví por primera vez, y me parece que nada hay en el mundo tan hermoso, tan puro como esa hermosa niña.

—Sea, pues; dentro de un año, porque ahora es Lidia muy joven todavía, os uniréis ambos delante de Dios.

Padre é hijo se separaron para ir á vestirse, pues aquella noche tenía lugar el casamiento de Sofía, que, apenas celebrado, debía marchar con su esposo á París.

Carolina y Lidia ayudaban al tocado de la novia, que era rico y complicado, pues su futuro la había regalado un tesoro en pedrería.

Cuando los novios y sus padres volvieron de la iglesia, aquellos subieron á una silla de posta que debía conducirlos á París.

Sofía no derramó más lágrimas que las que exige el buen parecer; es decir, que apenas sintió humedecidos sus ojos.

Lo mismo sucedió á su madre; pero los que derramaron por su partida triste y copioso llanto, fueron su padre, sus hermanos y el buen don Simón, que la quería con todo su corazón.

XII

Algunos meses hacía que la posición del anciano David y de sus hijas había sufrido un cambio muy notable.

Andrade le había confiado, con la mayor alegría, el cargo de cajero, que antes había negado al viejo marino, y lo que en otro tiempo hubiera considerado como una merced fabulosa, lo había hecho á la sazón temiendo que no fuera aceptado.

Algunos días después de aquel en que el zapatero había hecho el sublime sacrificio de demandar la caridad pública en favor de su hijo, bajó el armador á la humilde habitación de David.

Úrsula y Lidia habían salido para entregar á la modista algunas flores concluidas, y los dos ancianos se hallaron solos.

—Simón,—dijo don Agustín con mal segura voz, porque aquel pecho de piedra se había ablandado hasta la mayor ternura al influjo del inmenso beneficio que había recibido;—Simón, vengo á pedirte que me perdones el haberte causado tantos males, y á que me des una prueba de ello.

—¡Una prueba!—repitió David apartando el trabajo de que se ocupaba.

—Una prueba, sí; necesito tener á mi lado á una persona de confianza, un amigo, un hermano. ¿Quieres serlo tú?

—Sí, por cierto,—respondió David.

—Entonces vas á empezar por descargar-

me algún tanto del peso de los negocios, y desde luego te ofrezco el cargo de cajero que en otro tiempo te negué.

Simón David no respondió por el pronto.

Andrade, tomando su irresolución por una negativa, continuó:

—Estás en tu derecho pensando ahora que si me acuerdo de reparar mi injusticia es por egoismo, porque mi vida de trabajo y la dureza de mis sentimientos han separado de mi lado á cuantos me han estimado, á cuantos hubiera podido confiar tan delicado puesto; pero cree, Simón, que en lo que te propongo entran por mucho el afecto y la gratitud.

—Acepto,—dijo David presentando la mano al armador con un ademán de nobleza que indicaba claramente la inutilidad de hablar más de semejante asunto.

—¡Gracias!—respuso el armador,—ahora, David, voy á hacerte otra demanda.

—Habla.

—Vengo á pedirte la mano de tu nieta Lidia para mi hijo Carlos.

—¡Cómo! ¡qué escucho!—exclamó el anciano con profundo asombro.

—Carlos la ama y ella creo que amará á Carlos también; así, pues, David, unamos

á esos dos corazones, y conozca yo, antes de morir, la santa dulzura de los lazos de la familia.

—Sea como quieras; pero, ¿estás seguro de que Lidia ama á tu hijo? Perdóname, amigo mío, pero yo no sabría nunca violentar su voluntad.

—Aquí llega con su madre,—observó el armador;—y ella podrá respondernos.

En efecto, Úrsula y su hija entraban en aquel instante en la pobre habitación del zapatero.

—Hija mía,—dijo éste dirigiéndose á la joven con un tono perfectamente natural.—El señor Andrade ha venido á pedirme tu mano para su hijo, pero yo no he querido darle contestación alguna sin consultarte: ¿qué me respondes?

La pobre niña palideció y no supo qué responder.

Ella había observado las tiernas miradas que Carlos le dirigía, y su corazón había palpitado con la virginal emoción del primer amor.

Sucedió á su palidez un arrebatado carmín, y ocultó la cabeza en el seno de su madre con una adorable confusión.

—Vamos, responde, hija mía,—le dijo

Úrsula con dulzura;—responde con nobleza y sinceridad, *le amo,* si es así, *ó rehuso,* si tu corazón se halla cerrado al afecto de ese joven: en asuntos tan graves, la franqueza es una virtud y el disimulo una falta cuyas consecuencias se deploran siempre.

Este lenguje noble y persuasivo animó á la tímida doncella, que contestó con una cándida y alegre sonrisa:

—¡Pues bien, mamá! me casaré contenta con el señor Andrade.

—Entonces, hija mía, abrázame como á tu segundo padre, ¡y ojalá me sea dado recompensar el bien que me has alcanzado, con tus puras oraciones, de la bondad del cielo!

Al día siguiente, David y sus hijas se instalaron en el segundo piso de una hermosa casa situada en frente de la del armador, y aquel entró á desempeñar su cargo de cajero con el talento y aplomo que le eran tan naturales.

La habitación era linda y espaciosa; constaba de una sala y dos gabinetes para David, y de otro departamento igual para su hija. Lidia ocupaba uno de los dos gabinetes de su madre, debiendo, apenas se verificase su casamiento, reunirse con los padres de su esposo.

Un lindo comedor y un saloncito para recibir, con algunas habitaciones interiores, componían el resto de la casa.

Úrsula parecía haberse rejuvenecido y hermoseado con la certeza de ver para siempre asegurada la dicha de su hija.

La elegancia natural de su persona, realzada por bonitos trajes, la hacía aún una mujer encantadora; pero nada había comparable á la pura y fresca belleza de Lidia, que era la admiración de cuantos la veían.

Al llegar á Barcelona estaba la pobre niña pálida y enflaquecida por la miseria y las privaciones; pero luego, la tranquilidad, la dicha y la esperanza de una felicidad mayor, le habían hecho recobrar la pureza y la hermosura de una flor de mayo cuando la baña la aurora con sus lágrimas de rocío.

—¡Oh, qué dichosos vamos á ser!—decía Carlos dos días antes de la boda, sentado junto á su linda prometida,—¡cuanto bien haremos, Lidia! Destinaremos cada mes una cantidad para socorrer las desgracias ignoradas ú ocultas, que son las más dolorosas; desde que tú me has referido los sinsabores que han rodeado tu vida, comprendo que hay dolores más amargos, más crueles que los que se ostentan; esos dolores son los que

se ocultan, son los que sufren esa fracción de la sociedad que se llama clase media, cuya educación y modo de ser prescriben delicadezas que no están acordes con la escasez de sus medios; buscaremos esas desgracias, Lidia; yo, nacido y criado en la opulencia, no sabía que existiesen tan desventurados seres.

—¡Oh, sí!—repuso Úrsula.—Mil veces hubiera salido yo á pedir un pedazo de pan para mi hija, que lloraba de hambre, y la educación me lo ha impedido, y he tenido que resignarme á llorar yo también sin poder consolarla.

Así, con las dulces esperanzas de una dicha segura y los halagadores proyectos para el porvenir, llegó el día del casamiento, tan deseado por todos.

Carolina, loca de alegría, pasó al amanecer á casa de su amiga y saltó sobre su lecho, echándole los brazos al cuello con tierna efusión de cariño.

Aún dormía Lidia, cuanto sintió aquella dulce presión; la cándida inocencia de su alma era como la tersa superficie de un lago y la luz de la ventura resbalaba por ella sin herirla ó lastimarla.

Al abrazo de Carolina abrió los ojos y se

incorporó en su modesto lecho blanco, cubierto y rodeado de muselina.

Lidia estaba encantadora.

Llevaba una bata muy sencilla de muselina blanca y un gorrito guarnecido de encajes, que apenas podía sugetar las espesas trenzas de sus cabellos.

—¡Vamos, vamos, perezosa!—dijo alegremente Carolina;—á las diez es la ceremonia, y hoy durará el tocado largo rato; figura en él un adorno que costará algún trabajo para ponértelo.

—¿Qué adorno es ese?—preguntó Lidia con curiosidad.—Mamá me enseñó anoche un traje, y no recuerdo...

—No puedes adivinarlo.

—Pero dímelo tú, querida Carolina.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Me han recomendado el secreto.

—Pero ¿quién?

—Carlos.

—¿Qué sabe él si me lo has dicho?

—Le he dado mi palabra de callar, y ya sabes que una palabra es sagrada; por lo demás,—añadió Carolina,—de buena gana te lo diría, porque hoy estoy muy contenta, deseo complacer á todos, y en particular á tí.

—¿Que estás hoy muy contenta?

—Sí, figúrate que Natalia y su padre, accediendo á mis ruegos, han venido para ser padrinos de vuestra boda.

—¿Es aquella amiga de quien tanto me has hablado?

—Sí, mi mejor amiga.

La fisonomía de la novia se entristeció al oir estas palabras, y dijo á media voz:

—Creí yo que sería siempre tu mejor amiga.

—¿Y quién duda que ahora lo eres tú? Cuando no te conocía lo era Natalia; pero tú, ahora, además de mi amiga eres mi hermana.

Las dos jóvenes se abrazaron.

—Vamos, vamos, vístete,—dijo Carolina ayudando ella misma á Lidia á ponerse una bata de mañana.

Luego llamó á la doncella, y entre las dos y Úrsula arreglaron los hermosos cabellos rubios de Lidia.

Úrsula llevaba un rico traje de seda negro.

Apenas acabado el tocado de la novia, llegaron el novio, sus padres y los padrinos. Todos hicieron un ademán de asombro al ver á Lidia; estaba tan divinamente her-

mosa, que un poeta no la hubiera imaginado más encantadora.

Un vestido sencillo de seda blanca, y sobre éste otro de gasa de seda con algunos bullones, cogidos con presillas de perlas, componían su traje: unos zapatitos de raso blanco, con lazos de blonda blanca también, dejaban ver una media de seda débilmente rosada; todo el aderezo era de topacios y perlas, figurando grupos de jacintos blancos y pajizos; los pendientes, el collar, los brazaletes, todo era admirable.

Este régio aderezo era regalo del armador para la esposa de su hijo.

Cuando entró en el salón, apoyada en el brazo de Carolina, ya he dicho que todos hicieron un ademán de admiración.

Carlos se levantó, abrió un grande estuche de terciopelo turquí que tenía en la mano, y apareció una corona de desposada, hecha toda de topacios y brillantes de un valor incalculable.

Sacóla del estuche, mientras Carolina prendía en la cabeza de la desposada un largo velo de encaje blanco, y luego la colocó sobre su frente.

—Lidia,—le dijo,—este es mi regalo de boda; estas ricas flores son en recompensa de

las humildes y frescas que tú ofreciste al Salvador del mundo si me libraba de la esclavitud y de la muerte; estas valen menos que aquellas, que brotaron en una humilde maceta, pero admítelas, querida Lidia, como una garantía de mi eterno amor.

Lidia dejó correr por sus blancas mejillas dos lágrimas de gratitud, y besó la mano que le presentaba la corona.

En seguida Carolina se la prendió, sujetando los pliegues del velo, y diciéndola muy bajito:

—Este es el adorno de que yo te hablaba hace poco.

Terminada esta última parte del atavío nupcial, cada uno de los presentes se acercó á felicitar á la novia.

Natalia la abrazó con alegre cordialidad.

Era una linda jovencita, alta, esbelta y morena, con sedosos y hermosos cabellos negros, ojos muy hermosos y distinguido porte; conocíase en ella que no pertenecía á la opulencia, pero que había recibido una excelente educación.

Hay jóvenes de ambos sexos, en cuya mala índole se estrellan todos los esfuerzos de sus padres y maestros, y dominados por la pereza ó por la vanidad, toda tarea les es ingra-

ta y penosa, y jamás se toman el trabajo de hacer nada que pueda agradar á los demás seres.

Con estos caracteres rebeldes, todo esfuerzo y todo sacrificio son vanos; sólo la experiencia les impone la dura ley del escarmiento, y sólo se enmiendan cuando la nieve de los años empieza á blanquear sus cabezas.

Hija Natalia de un honrado negociante, su hermoso carácter y buen corazón habían hecho de ella un modelo de habilidades y distinción, comprendiendo que necesitaba trabajar para dar alguna recompensa á los costosos sacrificios de su buen padre.

Presentó su brazo á la novia para bajar la escalera y todos la siguieron bien pronto, tomando los coches para ir á la iglesia.

A la vuelta á casa del armador, se almorzó en familia. Carlos y Lidia habían rogado á su padre que evitase toda ostentación, porque la verdadera felicidad huye del estruendo y del bullicio.

Concluído el almuerzo, los dos jóvenes esposos rogaron á David que bajase al cuartito que había ocupado en otro tiempo en el patio, ejerciendo su humilde oficio, y que estaba cerrado con llave desde que el anciano y sus hijas dejaron de habitarle.

Los tres se dirigieron á él; estaba del mismo modo que sus habitantes le habían dejado; aún presidía el Crucifijo aquella miserable habitación, donde tanto había padecido el anciano marino; á sus pies, y sujeto á la cruz con un lacito de cinta, se veía el ramillete seco de jacintos.

La maceta, colocada en la angosta ventanita donde otras veces buscaba el pobre anciano un poco de cielo y algunas estrellas que le consolasen de sus privaciones y dolores, brotaba entonces de sus tallos mutilados algunas hojas verdes como si quisiera celebrar el casamiento y la felicidad de la joven Lidia.

Esta, vestida de blanco y cubierta de piedras preciosas, se arrodilló á los pies de la sagrada imagen, elevo al cielo su corazón y sus ojos, y uniendo las manos, rezó con lágrimas de amor y gratitud.

Carlos la imitó; aquel himno de amor resonó en su alma haciendo vibrar sus cuerdas más sensibles.

El día se pasó lleno de alegría; la generosa especiera, que tan eficazmente ayudó á la familia de Andrade en los días de su desgracia, vino á tomar parte en la fiesta, y cantó algunas estrofas de la sensible Atala, acom-

pañándose primorosamente con su guitarra, que envió á buscar á su casa.

Don Simón y doña Pelagia rejuvenecieron diez años con el gozo de aquel día; sin embargo, también disputaban acaloradamente sobre cual de las tres jóvenes allí reunidas era la más bonita, aunque realmente la novia de Carlos era más hermosa que Carolina y Natalia.

Ocho días después del casamiento, la casa de Andrade é hijo, denominada así desde el casamiento de éste, estableció una sociedad con el título de *Redención de cautivos*, en la cual depositaban cada año una crecida cantidad.

De este modo los jóvenes del comercio tuvieron una garantía que les respondiese de las desgracias que ocurrían en la India y en las colonias inglesas, cruzadas entonces por piratas y corsarios negreros que no bastaba á estirpar la marina inglesa, tan rica y floreciente entonces.

Nombráronse algunos misioneros, que reprodujeron la santa institución de Nuestra Señora de la Merced, y que se encargaban de llevar el rescate á los bandidos del mar.

Aquella sociedad adquirió poderosas ramificaciones en Francia, Inglaterra y Alema-

nia, y fue origen de muchos consuelos para la humanidad.

Los jóvenes esposos ha ya mucho tiempo que pasaron á mejor vida, llenos de años y de virtudes.

FIN

MODESTIA Y VANIDAD

I

Hay en París la costumbre de recibir un día de la semana en cada casa, medida oportuna por más de una razón. Cada uno está seguro de ver á su amigo el día señalado; los que van á visitar saben que no han de tomarse la molestía de un viaje inútil, y unos y otros tienen todo el resto de la semana libre para dedicarse, sin ser interrumpidos á sus negocios y ocupaciones.

El día que cada familia dedica á recibir, está franca la entrada todo el día y noche para todas sus relaciones, y si éstas son afectuosas y cordiales, están seguros los individuos de ella de pasar algunas horas agradables, al menos cada semana.

Madama Ducrest, dama opulenta y elegante, había adoptado también esta medida general; el jueves era el día señalado por ella á sus numerosos amigos para ir á visitarla; aquel día se renovaban los ramilletes

del salón, se perfumaba éste, se limpiaban cuidadosamente los muebles de ébano y concha, así como los dorados de los espejos, se graduaba la luz para el mejor efecto posible, y madama Ducrest y su hija, la linda Elena, se situaban en él, después del almuerzo, coquetamente vestidas y peinadas con la más exquisita elegancia.

Generalmante había gentes á comer el día de recibo, y por la noche tenía lugar una reunión más ó menos numerosa, pero siempre escogida y encantadora, en la que *se hacía buena música*, y se bailaba hasta muy tarde, como fin de fiesta.

No hay que decir que Elena deseaba mucho los jueves, y que la misma madama Ducrest los veía llegar con placer, no obstante el aumento de cuidados que la ocasionaban.

Madre é hija eran dichosas al verse objeto de la admiración y de las lisonjas de todos, por sus elegantes vestidos y graciosos adornos, hechos con arreglo á los últimos preceptos de la moda.

Era un jueves, y á eso de la una de la tarde, ya se hallaban en el salón Madama Ducrest y su hija: todavía no era hora de que empezasen á ir las visitas, y en tanto que la madre hojeaba algunos albums de grabados,

comprados el día anterior, Elena se sentó al piano para repasar un nocturno.

Madama Ducrest había sido muy bella, y aún conservaba restos muy notables de hermosura; su traje de raso verde, guarnecido de encajes, encerraba un talle que empezaba á engrosar; pero que no había perdido aún su elegante forma; su preciosa gorra de encajes blancos, adornada de flores, tenía la forma de un prendido lleno de coquetería y gracia, y descubría unos cabellos castaños y brillantes, dispuestos con tanto estudio como buen gusto.

Elena era preciosa; tenía la tez de rosa y nácar, los cabellos negros y sedosos, y los ojos de un azul puro é intenso tan dulce como suave; un vestido de seda de color claro, de graciosa hechura, hacía resaltar los encantos de su figura de ninfa y la frescura de sus diez y ocho años.

Hacía un rato que repasaba un nocturno en el piano, cuando anunciaron á Madama y Madamoiselle Bhertiér.

—¡Susana! ¡qué dicha!—exclamó Elena levantándose y corriendo hasta las recién llegadas, á una de las cuales abrazó con la más tierna efusión.

Las dos contaban la misma edad, poco

más ó menos, que Elena y su madre; Madama Bhertiér parecía rayar en los cuarenta años, y su traje modesto, y su peinado sin pretensión alguna, decían bien claro que no tenía ningún afán en ocultar la fecha de su nacimiento.

Su hija era una flor pura, fresca, llena de gracia, de suavidad y de candor; sin ser tan hermosa como Elena, había algo en ella que cautivaba, que fijaba la atención de una manera indefinible; sus ojos eran azules, como el cielo que se veía á través de las abiertas ventanas del salón; sus cabellos rubios, finos y rizados; su tez alabastrina dejaba ver el fino tejido de sus venas azules en las sienes, cuello y manos: era esbelta como una paloma de talle delicado y flexible.

Su traje era en extremo sencillo, y decía bien con la expresión casta, pura y risueña de su adorable rostro: un vestido de seda negro, una manteleta igual y un sombrerito de paja componían su atavío.

—¡Qué amable visita!—dijo Madama Ducrest con la política perfecta, aunque un poco afectada, que le era natural,—¿sabéis,—añadió sonriéndose,—que os habéis vuelto algo extrañas desde hace algún tiempo? Casi nunca os dejáis ver, y hoy, que os

habéis acordado de nosotras, venís tan temprano, que á nadie halláis aquí todavía.

—Precisamente era eso lo que deseábamos Susana y yo,—dijo Madama Bhertiér,—y por eso hemos venido á esta hora. Hubiéramos sentido mucho, querida amiga, encontraros rodeadas de visitas; nuestro objeto, además de saludaros, es el de participaros el próximo matrimonio de Susana, y el rogaros que me dejéis á nuestra querida Elena, para que pase á su lado el día de la boda.

—¿Se casa la linda Susana?—dijo Madama Ducrest,—yo os doy mi parabién, mi querida amiga.

—¡Ah, qué perfidia!—exclamó Elena riéndose,—en el colegio nos habíamos prometido casarnos el mismo día. ¿Y cuando te casas, perjura?

—No sé...—respondió Susana un poco ruborizada;—creo que la boda se ha fijado para dentro de un mes... ¿no es verdad, madre mía?

—Tal vez será más pronto,—respondió Madama Bhertiér:—y bien,—añadió;—¿podemos contar con Elena, mi querida amiga?

—Ciertamente... y ella será en esto muy dichosa... á no ser que de aquí á entonces se

decida también su casamiento, lo que será muy fácil.

—¡Ah, ya! según eso, ¿hay algún aspirante?...

—Hay muchos; pero Elena es muy joven y su padre muy exigente: ¿y vos no me participaréis quién es el feliz esposo de Susana?

—Mamá, —dijo Elena levantándose,— permitidme que me lleve á Susana á mi cuarto; deseo enseñarle el vestido que debo ponerme este noche para nuestra *soirée,* y que ella me diga con quién se casa.

Las dos jóvenes salieron juntas asidas del brazo, y se encaminaron alegremente á la habitación de Elena, que era un modelo de lujo ostentoso y recargado.

II

Nadie, al entrar en el aposento de Elena, podía dudar de que era rica; los dorados y el terciopelo se veían por todas partes; grandes espejos, cuadros de valor, muebles ex-

quisitos decoraban la estancia; sobre el lecho de Elena, cubierto de seda y encajes, se hallaba tendido el vestido anunciado; un precioso abanico, un rico pañuelo guarnecido de encajes y un lindo aderezo de perlas, cuyo estuche estaba abierto, se hallaban pomposamente arregladas sobre un velador de laca, colocado en el centro del aposento; un magnífico ramillete de rosas y camelias se ostentaba en un magnífico vaso del Japón.

—Mira mi traje de esta noche,—dijo Elena,—¿te parece bonito? Yo he arreglado todo esto por la mañana, porque hoy es el día que recibimos; mis amigas vendrán y yo deseo enseñarles mi *toilette*; las señoritas Dubreil llegarán llenas de curiosidad y de pena á saber qué es lo que voy á llevar esta noche, porque mi madre no ha querido invitarlas para nuestro baile de hoy, y tienen que contentarse con venir á investigar de día lo que no pueden ver de noche; en cuanto á la bella Eliana Sainty, tampoco vendrá esta noche, porque ha llegado una tía suya de fuera, la que dice nos presentará esta mañana; ¿no te parece á tí que ha de asombrarle mi traje, á ella que viste siempre tan mezquinamente? Pero, querida Susana, yo no

te he traído aquí para que admires todo esto; hablemos de tu futuro, ¿es rico?

—Papá y mamá dicen que sí,—respondió con dulzura Susana.

—¿Y qué es? ¿Cómo se llama?

—Satisfaré tu curiosidad contestando á todas tus preguntas. Monsieur Luis Riviére, mi futuro esposo, es agricultor.

—¡Agricultor!—repitió asombrada Elena;—no comprendo.

—Además, se dedica al perfeccionamiento de las razas de los animales,—repuso Susana;—¿te acuerdas de todos aquellos que veíamos en la exposición de los Campos Elíseos?

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Elena,—¿de modo que vas á ser la esposa de un campesino?

—Casi, casi,—respondió Susana sonriéndose;—porque en Thibouville estaremos siempre en el campo.

—¡Thibouville! ¡jamás he oído hablar de ese país! ¡será algún desierto muy lejano!... ¿estará en Africa?

—No tanto,—respondió Susana,—está en Normandía; monsieur Luis Riviére tiene allí su casa, muy cómoda y hasta confortable, según dice mi padre, y al lado una bella quinta que él cultiva.

Elena guardó algunos instantes de silencio, y contempló á su amiga con una especie de tristeza protectora.

—En verdad,—dijo después,—que si otra que tú me hubiera hablado de tu casamiento con un monsieur Riviére, que es labrador... porque, en fin, él cultiva su quinta, ¿no es verdad?

—Sin duda; él siembra, cultiva, mejora con nuevos abonos; cría bueyes, vacas y caballos, y ha llegado á perfeccionar las razas de una manera sorprendente; pero no hace más que dirigir los trabajos, porque pasan de cuarenta los criados que tiene.

—Eres muy singular,—dijo Elena con desdén,—y te confieso que no te entiendo. En la pensión, tú no hacías nada, ni más ni menos que las demás; me parecías distinguida en tus gustos, y hasta desdeñosa para toda vulgaridad; así es que lo que hoy dices y haces, me parece original, casi increíble. ¿Es posible que consientas en irte á enterrar en Thibouville, entre los labriegos y ese prodigioso número de irracionales cuyas castas se ocupa en mejorar tu esposo? ¡Pero tu dichoso Luis Riviére no debe ocuparse más que en esto! ¡Ah, mi pobre Susana! ¡No hay duda que será muy agradable marido el tuyo!

—Te aseguro, — repuso Susana, — que monsieur Riviére es muy amable, y tiene mucho talento: creo que me acostumbraré muy bien á Thibouville. Papá ha visto todo eso de cerca, y conoce hace largo tiempo á monsieur Riviére... ¡Oh, sí! y los pobres también le conocen allí mucho por sus obras de caridad.

—Pero, mi pobre amiga,—dijo Elena con tono de conmiseración;—también en París se pueden dar limosnas, y tú confesarás que esto es un poco más agradable. ¡Gran Dios! Si me ofrecieran un marido como ese, le rehusaría con los ojos cerrados. Desde luego te diré que no amo, que no comprendo la vida más que en París. Yo soy como mamá, parisién *pur sang* y me casaré con un agente de Bolsa; cada uno tiene sus gustos... pero piensa, mi querida Susana, que tú no verás á ningún parisién en Thibouville, que no irás jamás á un baile, que no asistirás al teatro... Aquello es el destierro... la muerte... dime, ¿hay acaso algún almacén de modas en Thibouville?

—Todo lo qüe yo sé, —repuso Susana,— grave y dulcemente, es que hay allí una bella iglesia con un bueno y anciano cura, que se ocupa mucho de la música.

—¡Ay, amiga mía, y qué suavemente te hacen tragar la píldora!

—Mi querida Elena, mis padres me han dicho tan sinceramente que seré dichosa, que no puedo menos de creerlo. ¿Qué más da que yo halle la felicidad en Thibouville ó en París? Mira, la dicha es como Dios; si se la sabe buscar, se la halla en todas partes.

Elena se encogió de hombros.

Luego tomó el ramo que se ostentaba en un vaso del Japón, y dijo presentándoselo á Susana:

—¿Qué te parece mi ramillete de baile? El que me lo ha enviado desea ser mi esposo... Mira estas camelias, ¡forman un ramillete de cincuenta francos, comprado en casa de Prevost! Yo te lo enseño, porque sé que te agradan las flores... te enviará muchas monsieur de Riviére, ¿no es verdad?

—¡Oh, no me faltan jamás!—respondió Susana con una sencillez encantadora, y que contrastaba de un modo singular con el tono acre é irónico de su amiga de colegio;—cada vez que viene, me trae un lindo ramillete de violetas.

—¡Oh!—dijo Elena con su eterno acento burlón;—ya veo que él es tan modesto como tú, y que os entenderéis perfectamente. En

cuanto á mí, ya sabes que jamás he podido sufrir esas pobres violetas, símbolo de la humildad.

Las dos amigas volvieron al salón, donde se habían quedado sus respectivas madres, y muy pronto la conversación se hizo general.

—Y bien,—dijo Susana;—¿puedo contar contigo, Elena? Ya sabes que me será muy sensible el no verte á mi lado el día de mi boda.

—Mi querida niña,—repuso madama Ducrest,—ya comprenderéis que si mi hija se halla también ocupada con los preparativos de su matrimonio, le será imposible complaceros.

—Adiós, pues, amiga mía,—dijo madama Bhertier, levantándose para despedirse.

—Mi amada Elena,—dijo Susana acercándose con tristeza á madamoiselle Ducrest,—veo con mucha pena que no puedo contar con tu amable presencia; pero al menos te veremos dentro de algunos días.

—Ciertamente, querida,—respondió Elena;—quizá tendemos nosotras que anunciarte alguna cosa. Hasta muy pronto.

Madre é hija salieron, acompañándolas hasta la antesala Elena y su madre, con

mil frías y rutinarias protestas de cariño.

—¡Hé aquí lo que se llama un matrimonio necio!—dijo madama Ducrest á su hija, cuando volvían al salón.

—Ese monsieur Luis Riviére debe ser hijo de algún labriego,—observó Elena desdeñosamente.—En verdad, es incomprensible que Susana acceda á casarse con él, estando perfectamente educada, y cuando por su dote y su belleza puede aspirar á un brillante partido.

—Pero, hija mía,—respondió madama Ducrest;—se escoje cuando se puede... tú tienes también un dote brillante y talentos de adorno, y además la buena suerte de poder aspirar á un enlace por todos estilos ventajoso, suerte que quizá no ha cabido á Susana, cuando admite por esposo á ese monsieur de Riviére.

III

Monsieur y madama Ducrest, antiguos comerciantes de novedades por mayor, se hallaban imbuídos en la idea, muy común en

nuestros días, de que el oro lo es todo en el mundo, y que brillar es ser feliz.

Su hija única, Elena, se vió rodeada de pretendientes no bien pisó ese dichoso límite de la infancia, en el cual se abre de par en par la dorada puerta de la risueña juventud, lo que no tenía nada de extraño.

Sabíase que era muy rica, que su belleza era encantadora, y que había recibido una educación brillante.

Entre aquella multitud elegante que aspiraba á las preferencias de Elena, sus padres eligieron, de común acuerdo, á un joven de ilustre familia, espiritual, amable y en extremo distinguido en sus modales; este joven había comprado una agencia de Bolsa hacía un año, y andaba en busca de un pingüe dote para pagarla.

Monsieur Eduardo d'Emery vió á Elena, y es preciso confesar que se prendó de su belleza; pero esta sensación hubiera sido olvidada por él, como tantas otras, si aquella encantadora niña hubiera sido pobre. Al saber que era rica, su afición se acrecentó como por milagro, y se dijo que con su dote no sólo podría pagar la agencia, sino también tomar parte en algunas especulaciones mercantiles, lo que no había podido hacer toda-

vía más que por cuenta de sus clientes, monsieur y madama Ducrest. Estos, ante la perspectiva de un enlace tan brillante, consultaron á su hija, y ésta, que amaba verdaderamente á monsieur d'Emery con ese primer cariño cándido y entusiasta, irreemplazable en la vida, aceptó llena de alegría aquel matrimonio. Sin embargo, en ella podía el amor propio tanto como la pasión, puesto que no pudo menos de hacer notar á su madre cuanto debía halagarles una pequeña *d* colocada delante de su futuro apellido. ¡Ah! ¡Cuánto deslumbraría esto á la pobre Susana y á su madre!

Preocupadas con estas ideas, fueron madre é hija á devolver su visita á madama Bhertier y á Susana, y les participaron pomposamente el próximo enlace de Elena con monsieur d'Emery, agente de bolsa de París.

Sus amigas les dieron la enhorabuena con la mayor cordialidad.

Pocos días después se casó Susana con monsieur Riviére, rico agricultor, que miraba su matrimonio con la joven como una dicha celestial.

La novia tuvo un sólo disgusto; el de no ver la linda y risueña figura de su amiga de colegio, á la que ella amaba con la mayor

ternura, *á pesar de sus pequeños defectos.* Así calificaba la amable Susana la exagerada vanidad de Elena.

Susana fue á hacerla su visita de desposada, y á presentarle á su esposo: era éste un joven de grave y agradable presencia, muy sencillo, pero muy cortés en sus maneras, y que vestía con gusto, aunque sin exageración alguna: presentóse con el desembarazo del verdadero talento, y devolvió con perfecta serenidad los cumplidos algo irónicos que le dirigieron monsieur y madama Ducrest.

Todas las riquezas de la canastilla de Elena se hallaban expuestas en el salón, y muchas personas se extasiaban delante de esta exhibición espléndida. Elena, muy ocupada en responder á una de sus elegantes amigas, apenas atendió á Susana, la que sin embargo, halló medio de llamarla aparte, y abrazarla, haciéndole prometer que la escribiría, al menos para anunciarle el día de su boda.

—Yo quiero asociarme á tu dicha, y rogar por tí en ese día, mi querida Elena,—le dijo:—no te olvides de escribirme; piensa que, si no lo hicieras, Susana, no te perdonaría y dejaría de ser tu amiga.

Elena, algo confusa al recordar su indife-

rencia cuando la boda de Susana, y por otra parte, impaciente por volver al lado de sus admiradores, prometió á aquella todo lo que pedía.

Susana partió con el corazón lastimado; pero al día siguiente su marido la condujo á Thibouville, y ya no pensó más en su amiga de colegio.

Poco tiempo después recibió la siguiente carta:

Querida Susana: Estoy segura de que me acusas ya de indiferencia; y sin embargo, mira si te amo y pienso en tí, puesto que tres días antes de casarme y completamente ocupada de las invitaciones, de los preparativos y del arreglo de la casa, encuentro medio de escribirte.

Me caso el jueves, á las once; el desayuno y la comida serán en casa, pero se ha encargado todo á casa de Chevet. ¡Si viera; mi vestido de raso blanco, guarnecido de blondas, te extasiarías! No te hablo de mi canastilla, porque la has admirado ya; pero lo que tú no has visto es la deliciosa habitación que monsieur d'Emery ha hecho preparar en la calle de Taitbout: sin hablar de su despacho, que es una maravilla de buen gusto, yo quisiera describirte mi cuarto! Está forrado de tela de seda de Lyon, azul de

cielo; en cuanto á mi salón, su decorado es de damasco cereza, y todo está realzado por una multitud de lindísimos muebles caprichosos y encantadores, que monsieur d'Emery tiene la galantería de encontrar indispensables.

Yo te hablaría, querida Susana, de todas las dichas que me esperan, si no temiese verdaderamente hacerte cometer el pecado de la envidia, á tí, mi pobre y triste compañera, pues no debes ya acordarte de este bello París que has abandonado tan pronto.

Sabe, sin embargo, que para coronar todas sus galantes atenciones, monsieur d'Emery me ha prometido cada semana dos noches de ópera francesa ó italiana, á mi elección; yo le he hecho escribir y firmar esta promesa en un bonito libro de memorias de marfil esculpido. ¿Qué dices de esto, mi pobre amiga, tú que no tienes otro placer que el de oir la música del viejo cura de Thibouville?

A propósito de música: tengo un piano magnífico, adornado de incrustaciones de nacar y bronce; cuando le ví en mi casa pensé en tí, ¡en tí, que acaso ocupas tus ocios en tocar el órgano de la vieja iglesia de Thibouville! ¡Cuanto te compadezco!

Adiós, y el jueves por la noche, á eso de las once, cierra los ojos é imagínate á tu amiga

Elena ataviada con un traje de seda blanca, guarnecido de encajes y camelias, y hecho por Victorina.

Adiós, otra vez, mi pobre y querida amiga, yo te abrazo y te amo mucho, á pesar de la gran locura que has hecho.

ELENA... DUCREST. *(Hasta el jueves).*

IV

El mismo jueves por la mañana, cuatro dependientes de la estación del camino de hierro del Oeste llevaron á la calle de Tronchet, número 12, una gran caja de pino blanco, con la dirección *á la señorita Ducrest.*

Los criados la abrieron con todo el cuidado posible, intimidados por la frase *muy frágil*, que en gruesas letras se veía en todos los lados de la caja.

Saltó, por fin, la tapa y apareció una gran canastilla rústica, fabricada con juncos verdes y frescos y de la más elegante forma.

Esta deliciosa canastilla se hallaba colmada, con un arte infinito, de los más her-

mosos y magníficos frutos de otoño; colocados con una gracia llena de sencillez y de simetría al mismo tiempo.

Elena, aunque muy ocupada de su *toilette,* dejó escapar un grito de alegre admiración, y ordenó que se expusiera la canastilla en el salón hasta la hora de la comida, para que pudieran admirarla los convidados.

—Este lindo regalo es una atención muy amable de Susana,—dijo madama Ducrest;—será preciso escribirla.

Poco después llegó monsieur d'Emery, y madama Ducrest le condujo delante de la canastilla.

—Mirad,—le dijo,—qué bonito regalo acaba de recibir Elena de una de sus amigas, que se halla en el campo.

—¡Oh, es admirable!—exclamó él;—á ningún precio se encontrarían ahora en París tan bellas flores y frutos tan magníficos: y ¿sabéis lo que más admiro? la colocación de tan delicados objetos en la canastilla.

—¡Qué gusto! ¡Qué gracia!—repitieron á coro los convidados.

Madama Ducrest, muy gozosa por aquel *nuevo efecto,* fue á repetir estas exclamaciones á Elena, que se hallaba rodeada de tres modistas.

Por lo que toca á Susana, fue muy dichosa cuando recibió, algunos días después, una amable carta de Elena, en la que le daba gracias en los términos más expresivos y cariñosos. Respondióla al instante; pero Elena no contestó, y durante el invierno cesó toda correspondencia entre las dos amigas.

En los primeros días de la primavera, madama d'Emery recibió de Thibouville la siguiente carta:

Tú no has contestado, mi amada Elena, á la carta que te dirigí cuando empezaba la rigurosa estación que acabamos de atravesar; pero te he perdonado, porque conozco tu afición á los bailes, á los conciertos y á los teatros, y sé que una dama parisién quiere gozar de estos placeres en los primeros meses de su casamiento.

Pero, amiga mía, entretanto el invierno ha concluído; Mayo empieza y las lilas están en flor, los espinos van á desplegar su perfumado manto, el sol ríe en un cielo lleno de alegría y ya no lloverá; los frutos van á ostentar en breve su abundancia sobre los árboles: ¿no dejarás á tu querido París, para respirar el aire puro del campo?

Yo sé que las parisienses tienen por costumbre y hasta por deber, el viajar en el estío: si

Thibouville no te causa mucho miedo y quieres venir á él, tu amiga Susana será muy dichosa.

Si quieres venir á pasar un mes á mi lado, verás que no he hecho una locura, verás cómo somos menos campesinos de lo que nos creen y encontrarás en Thibouville todo lo que yo sé que debe serte agradable. Ven, pues, mi querida Elena; todos seremos dichosos al verte aquí; espero con impaciencia tu respuesta y creo que será favorable á los deseos de tu cariñosa amiga.

SUSANA RIVIÈRE

Esta carta quedó cerca de tres meses sin respuesta: mas á fines de Julio, Elena se decidió á escribir esta otra, que causó en el ánimo de su amiga la más viva alegría:

Mi buena Susana: si no he contestado antes á tu carta, ha sido porque esperaba todos los días ver cumplido mi deseo: desgraciadamente me veo obligada á renunciar á la sola cosa que yo esperaba, que anhelaba con todas mis fuerzas. Según dices muy bien, es una costumbre y hasta un deber para una parisién el hacer un viaje de estío: por esta razón, me prometía ir, bien á Baden, á Vichy ó á Biarritz: mas ¡ay, querida mía! ¡juzga de mi enojo, de mi pena,

al verme obligada á renunciar á ello! Sin embargo, no permaneceré por mucho tiempo en París: no, ¡aunque tenga que ir á enterrarme en una aldea inhabitada, no estaré aquí, mientras todas mis amigas van partiendo á las aguas y se despiden de mí con aire de insultante conmiseración!

Ya comprenderás, mi querida Susana, cuan grato me sería verte; sabes también que te amo lo bastante para preferir el viaje á Thibouville á cualquier otro; por lo mismo puedes contar conmigo, á condición, sin embargo, de que no alterarás el orden de tu casa, bajo el pretexto de que recibes á una parisién: yo me arreglaré con lo que tengáis; en el campo, como en todas partes, es preciso saber tomar su partido.

Estoy muy triste, querida mía: ¡Ah! ¡Jamás hubiera creído que había de verme precisada á renunciar á un viaje á las aguas! ¡Qué amarga, que dura es la vida! En tanto que una es libre, no se duda de la felicidad: pero tú sabrás ya también, desgraciadamente, que el matrimonio no es siempre alegre y rosado!

Muy mal invierno has debido pasar, pobre Susana; me enternezco sólo de pensar en la monotonía de tus hábitos y creo que el estío tendrá más encantos para tí, si ves al lado tuyo á tu Elena: perdóname esta pueril vanidad,

pero sabe, sin embargo, que, si cuentas conmigo para distraerte y para que te ayude á soportar tu aislamiento, te engañas, porque yo no estoy alegre ya y tengo muchas razones para que así suceda.

Hasta el martes, día en que llegará por el tren de la mañana, tu amiga

ELENA DE EMERY.

V

El día anunciado llegó Elena á la pequeña estación de Thibouville y quedó suspensa al ver por la portezuela del coche, que solamente había dos casas cerca del modesto desembarcadero.

Al apearse, se halló en los brazos de Susana, que la estaba esperando; abrazóla tiernamente la joven campesina y la condujo fuera de la barrera.

Al salir de ella, vieron á Mr. Riviére, que se adelantaba para recibir á la viajera.

—Luis, aquí tienes ya á mi querida amiga Elena,—dijo alegremente Susana.

Madama D'Emery y Mr. Riviére cambiaron un cordial saludo: cerca de ellos se hallaba una linda carretela, tirada por dos magníficos caballos que piafaban de impaciencia; un criado sin librea colocó las cajas y las maletas en la trasera; después Mr. Riviére presentó la mano á Elena para ayudarla á subir al carruaje, colocóse Susana al lado de su amiga, Luis ocupó su sitio, é hiriendo el cochero el suelo con su látigo como una señal de marcha, salió el magnífico tronco al trote largo.

Durante el trayecto, Elena miraba á Susana con creciente asombro: ésta comprendió la expresión de aquella mirada y dijo sonriendo:

—¿Estoy muy bien de salud, no es verdad? Hasta hallarás que he engruesado; el aire del campo da un apetito ridículo, ya lo verás por tí misma... Pero, Elena, ¡tú estás pálida! Sin duda tendrán la culpa las diversiones y los bailes de invierno, ¿no es cierto? Aquí no trasnochamos nunca, te lo prevengo: y para que el acostarte temprano no se te haga violento, te haré pasear mucho, á fin de que el cansancio te traiga el sueño.

—No me has escrito que tenías una carretela,—dijo Elena á su amiga.

—Por cierto que eres muy indulgente en llamar así á este modesto carruaje,—repuso Susana sonriendo;—es muy cómodo, sin embargo y yo me hallo en él muy bien; al menos así lo pretende mi marido.

—¡Oh, los caballos son magníficos! ¡Qué briosos y gallardos!—exclamó Elena suspirando.

—Vamos; ya veo que esos elogios son un cumplimiento á la dirección de Luis; tú sabes que él se ocupa mucho de perfeccionar las razas... ya verás otros mejores, y si te agradan, él se tendrá por muy dichoso en ofrecerte un tronco para tu elegante carruaje de París.

—Si mi marido te oyera,—dijo madama D'Emery,—quizá te tomaría la palabra; tiene una pasión desenfrenada por los caballos y los jokeys; verdaderamente en este punto es insoportable; pero ¡ah! en París los hombres son todos lo mismo! Sólo desean lo que no tienen, ó lo que no pueden tener, y es imposible poseer buenos caballos en París, con menos que con 90 ó 100.000 francos de renta.

Elena pronunció estas palabras con acento breve; pero con amargura profunda, y la amable Susana, para quien no pasó inadvertida, cambió insensiblemente de conversación.

Algunos instantes después el carruaje entró en un vasto patio, en el fondo del cual se levantaba una gran casa, más ancha que alta; á los dos lados del edificio se elevaban, en forma de torrecillas, dos palomares, sobre cuyos tejados de pizarra revoloteaban dos nubes de pichones; alrededor del patio se veía un verdadero cordón de puertas; tan grande era el número de departamentos: muchas de aquellas estaban abiertas y dejaban ver á los criados, ocupados en dar el pienso á los magníficos caballos y otros en sacarlos al campo.

Monsieur de Riviére salió del carruaje y ofreció su mano á Elena y después á Susana, que condujo á su compañera hacia una puerta cerrada con cristales; ésta se abrió al instante para darles paso.

Dos mujeres, una anciana y joven la otra, vestidas de campesinas, se adelantaron hacia ellas.

—He aquí á tu camarera,—dijo Susana á madama D'Emery, presentándola á la muchacha;—yo la he educado durante el invierno y la he habituado á mis gustos, para dedicarla á mi servicio; te la cedo mientras permanezcas aquí, querida Elena: tu la perfeccionarás y ella se tendrá por muy dicho-

sa en servir á una bella parisién, ¿no es verdad, Juana?

—¡Oh, sí, señora!—respondió la joven ruborizándose.

Elena, poco atenta á la buena voluntad de la joven aldeana, que la miraba pasmada de su belleza, penetró en la habitación que se extendía detrás de la puerta entreabierta; paseó por ella su mirada y exclamó:

—¡Ah, qué lindo salón!

—¡Cómo! ¿Te parece bonita esta enorme sala?—preguntó Susana.—¡Eres muy indulgente, por cierto, muy indulgente! Espero, amiga mía, que te agradará más tu cuarto; ven, quiero conducirte á él, porque me parece que desearás desembarazarte del sombrero y del polvo del camino.

Diciendo esto, Susana asió del brazo á su amiga y ambas atravesaron piezas alegres y claras guarnecidas de muebles útiles; grandes cortinas de cutí de hilo, extendidas delante de las ventanas, atenuaban los rayos del sol.

Susana hizo entrar á su amiga en una primorosa habitación; cubría las paredes un papel azul y blanco, del todo semejante á la persa de que estaban formadas las cortinas del lecho y de las ventanas; Juana, que las se-

guía, abrió las maderas, entornadas desde por la mañana, y el sol iluminó una antigua cómoda á lo Luis XV, y un tocador del mismo estilo, adornado de magníficos bronces cincelados; en un ángulo había un aparadorcito cargado de esos mil objetos indispensables á los hábitos de una joven elegante. Un antiguo tapiz de los Gobelinos cubría el pavimento; una pequeña péndola dejaba oir su acompasado tic-tac sobre la chimenea, á los lados lucían dos candelabros y dos enormes floreros llenos de rosas, de lilas y de narcisos, que esparcían un fresco y delicioso perfume.

A través de las ventanas se divisaban los grandes árboles del jardín y se respiraba el dulce aroma de la madreselva, que subía hasta el muro en verdes y flexibles espirales.

—Aquí tienes un pequeño y pobre nido,—dijo Susana con radiosa sonrisa:—al lado de tu lecho hay una campanilla, con la que podrás llamar á Juana cuando la necesites; te dejo por breves instantes, muy pronto vendré á buscarte; mi amada Elena, no vayas ahora á molestarte con una *toïlette* muy esmerada, porque tenemos que ir á recorrer los bosques y á visitar toda la casa.

Madama de Riviére hizo á Elena un gra-

cioso ademán de tierna despedida y salió con su paso ligero y casi infantil; Juana la siguió y Elena quedó sola en aquella habitación tan alegre, tan llena de luz y de sol.

Un impulso de irresistible curiosidad la llevó á la ventana, desde la cual vió un hermoso jardín lleno de flores y de frutas, donde trabajaban muchos jardineros; oyó á lo lejos vagos mugidos, rumores confusos y los mil ruídos diversos de la vida del campo.

Esta calma, esta dulce serenidad, hacían tal contraste con los pensamientos que llenaban el alma de la joven parisién, que se retiró al fondo de la estancia, se dejó caer sobre una silla, cruzó con desaliento sus manos sobre las rodillas y echó á llorar.

Susana volvió, según había ofrecido, á buscarla al cabo de breve rato, y á la primera mirada comprendió que había llorado.

—Mi querida Elena,—le dijo abrazándola,—tú tienes algún pesar, no estás alegre como otras veces. No te consolaré si tú no lo deseas: por el pronto, sólo trataré de distraerte... las confianzas de tu parte vendrán después; vamos á desayunarnos, y procura, te lo ruego, no estar triste delante de mi marido, porque creerá que no te hallas bien en nuestra modesta casa.

Madama d'Emery alisó sus hermosos cabellos negros, se puso, ayudada de Susana, un sencillo traje de muselina y ensayó una sonrisa que animó algún tanto sus encantadoras facciones, pero sin poder alejar de ellas la densa nube de tristeza que las velaba.

VI

El desayuno estaba servido en un gran comedor con antiguos muebles de encina. La mesa se había colocado cerca de la ventana que caía al jardín; el canto de los pájaros y el perfume de las flores llegaba hasta los convidados, y monsieur de Riviére se manifestaba alegre, afectuoso y solícito.

Susana hizo cuanto pudo por comunicar su alegría á Elena; acabado el desayuno, madama de Riviére fue á buscar un delantal y un par de pequeños zuecos, colocando triunfalmente el primero en la cintura de Elena, y obligándola á que se calzase los segundos.

—Aquí no estamos en París,—le dijo,—

prepárate á ver cosas extrañas para tí; tal vez esto no te divertirá mucho, pero al menos te garantizo la novedad.

Diciendo estas palabras abrió una puertecilla y condujo á Elena á un gran patio, en el que estaban los almacenes de forrajes y de provisiones. Dos criados cribaban cebada; otros escogían los granos; todos, en fin, se hallaban ocupados.

Susana tomó una gran cantidad de grano y puso otra igual en el delantal de su amiga; después abrió otra puerta, y se hallaron con otro patio más extenso y más poblado; estaba tapizado de hierba, y en ella las gallinas, los pavos, los gansos y los ánades se paseaban con gravedad en amigable compañía; pero al oir la voz de Susana acudieron todos piando y graznando, pidiendo en desatada algarabía su almuerzo. Elena, á pesar de su dolorosa preocupación, no pudo menos de sonreirse al ver aquel enorme batallón alado, que volaba, gritaba, cloqueaba y se atropellaba en pintoresco desorden para llegar más pronto.

Visitaron después los vastos establos, en los que brillaba el más minucioso aseo. Había doce, y Susana le mostró con una especie de orgullo las hermosas vacas norman-

das, que amamantaban á los jóvenes becerros; los corpulentos carneros, las ovejas con sus corderillos y, en fin, una numerosa república de conejos.

En aquel instante sonó una enorme campana, y de todas partes acudieron los habitantes de la quinta.

—¡Cuanta gente!—exclamó Elena,—¿de dónde vienen?

De sus trabajos,—respondió madama Riviére.—Dentro de un instante se hallarán sentados en la mesa y nosotras iremos á verlos. Has de saber que Luis asiste todos los días á su comida de la tarde para ver si les falta algo; yo acompaño á mi marido á presidir su mesa; pero entretanto que se colocan en sus sitios,—prosiguió madama Riviére,—entremos aquí. Mira, querida Elena, dos carneros de una especie muy rara; observa esos magníficos bueyes, que bien pueden llamarse masas de manteca; estos animales van á hacer muy en breve un viaje á París; sin embargo, nuestros hermosos productos se hallan en las caballerizas que has apercibido al llegar al patio de entrada; tú verás los caballos; Luis, que es en esto gran inteligente, nos acompañará y te explicará la genealogía de estos nobles ani-

males; no has concluído aún tu revista de inspección, y no creas que hemos de dispensarte de ver nada.

Las dos amigas pasaron después algunas horas en el jardín, visitando los cuadros de flores y sentadas á la sombra de un hermoso castaño de Indias, donde aspiraron los penetrantes perfumes de la tarde.

Elena se sorprendió de la rapidez con que había pasado el tiempo, al oir la campana que avisaba para la comida; las dos jóvenes se encaminaron al comedor, donde la sopa estaba servida; pero monsieur Riviére no se hallaba allí.

—¿Dónde está mi marido?—preguntó Susana sorprendida.

—Se halla en las caballerizas con monsieur Morand,—respondió la anciana sirviente.

Un instante después llegó monsieur Riviére; la alegría resplandecía en su semblante, corrió á su mujer y la besó en la frente.

—¡Buena noticia, Susana mía!—exclamó,—monsieur Morand se ha decidido al fin y acabo de hacer una venta mucho más ventajosa de lo que yo esperaba. Además, ha prometido enviarme mañana á uno de

sus amigos, que necesita dos buenos caballos de tiro.

Dicho esto, abrazó de nuevo á su esposa como para asociarla á su contento.

Una nube obscureció la hermosa frente de Elena, y una profunda tristeza se reflejó en sus abatidos ojos.

¡A la mesa!—dijo Susana, á cuya perspicacia no se ocultaba lo que pasaba en el corazón de su amiga.—Elena está algo fatigada y debe tener apetito.

Madama d'Emery no pudo comer é hizo un heróico esfuerzo para contener sus lágrimas durante el tiempo que estuvieron en la mesa.

—Luis, amigo mío, te dejamos,—dijo Susana levantándose, apenas servido el último plato; veo que Elena no se siente bien y necesita retirarse á su cuarto; voy á acompañarla; acaba de comer con sosiego y no pases pena por nosotras, que así que la deje acostada y tranquila yo volveré á buscarte para pasar la velada á tu lado.

No bien se hallaron solas las dos jóvenes, Elena, dando rienda suelta á su llanto, se arrojó en los brazos de su amiga.

—¡Ah!—exclamó ella entre sollozos,—¡esto es espantoso! ¡la vista de tu felicidad

desgarra mi corazón, porque me trae á la memoria toda mi desgracia! ¡oh, mi querida Susana! ¡por qué me casé con monsieur d'Emmery! ¡funesto amor el mío, ó mejor dicho, funesta vanidad! ¡cuan amargos frutos ha dado, y cuan hermosos y benditos son los de tu modestia!

—¡Elena mía,—dijo madama de Riviére tomándole dulcemente las manos;—tranquilízate, cuéntame tus penas y tal vez te haga yo comprender que exageras un poco; habla y deposita tus dolores en el pecho de tu amiga.

—¡Ojalá que exagerase, Susana!—murmuró madama d'Emery con desaliento;—pero no, ¡mi desgracia es demasiado cierta! Oye, y juzga de mi desesperación.

Fuí dichosa los dos primeros meses que siguieron á mi enlace; de repente, Eduardo se volvió descontentadizo é irritable; yo se lo hice notar y me respondió bruscamente que yo no sabía la agitación que daban al espíritu los negocios, que no me ocupaba más que de diversiones y de galas.

Esta dura respuesta, esta inesperada reconvención me dejaron helada; le encontraba intransigente, violento, arrebatado y cruel, y esto me hizo una sensación tanto

más dolorosa, cuanto jamás lo había imaginado bajo aquel aspecto.

Desde entonces no ha vuelto á ser el mismo, Susana; no puede traspasarse la valla del decoro en el matrimonio; hay palabras que jamás deben pronunciarse en el; mi marido se ha ido volviendo cada día más grosero, y ha llegado el caso de que no me atreva á dirigirle la palabra bajo ningún pretexto.

¡Juzga de mi pesar! Mi madre se há apercibido de mis penas, me ha instado para que se las confíe, y no he podido resistir á sus ruegos; para una madre no se tienen secretos, y además, á nadie como á ella podía yo confiar mis pesares.

Poco tardó mi padre en saber mi desgracia; reconvino á Eduardo y éste recibió muy mal sus palabras; mi padre, irritado, salió de mi casa y no ha querido volver. Eduardo me ha echado la culpa de todo esto, y durante el último mes apenas lo he visto dos veces.

Entretanto, gasta más que nunca, compra magníficos caballos, en los que cada día da largos paseos; cuando vuelve es para vestirse, y almuerza en el club, donde pasa el resto del día; por la noche asiste á los bailes y á

los teatros sin mí: yo voy á todas partes sin él y acompañada de mi madre.

Hace algunos días que deseaba pasar el estío en Wiesbaden, y que para esto necesitaba una crecida suma; entonces, mi querida Susana, el hombre distinguido y elegante, el galante y enamorado esposo, se entregó á arrebatos de cólera de que se hubiera avergozado un cochero; me echó en cara una multitud de cosas que yo las creía muy naturales; me acusó de derroches, qué se yo. Todo aquello comprendí que era un espantoso caos de miserables pretextos para privarme sin duda de un placer que yo acariciaba desde hace largo tiempo.

En fin, para colmar la medida de mis sufrimientos, me ha hecho saber que acababa de perder cuarenta mil francos en una falsa especulación que había intentado en la Bolsa, y que debía abstenerme de esos viajes inútiles que ocasionaban grandes dispendios.

¡Figúrate, Susana, cuanto habré llorado! Rogué, supliqué que me dejasen ir con mi madre, pues de esta suerte serían mis gastos mucho menores... todo ha sido en vano y ha permanecido inexorable.

—*Me veo obligado á permanecer en París por mis negocios,* me ha dicho, *y quiero que per-*

manezcáis á mi lado: en cuanto á vuestra madre, pues desea salir de París, buen viaje.

Desgraciadamente, mi madre partió sin que yo lo supiera; quiso ahorrarme el dolor de la despedida, lo que sentí en el alma, pues me hallaba muy decidida á desafiar semejante tiranía y á partir con ella. Sola ya, querida Susana, me acordé de tu amable carta y me he venido sin prevenirlo á mi marido.

—¡Cómo!—exclamó asombrada Susana,—¿nada sabe monsieur d'Emery de tu viaje? ¿Ignora que estás aquí?

—¿Y qué le importa?—dijo amargamente Elena.—¿Acaso me tiene ya en algo? ¿Acaso se ocupa de mí?

—¡Ah, Elena!—repuso dulcemente madama Riviére.—Tú estás resentida con él, eres injusta, y de este modo no esperes atraerle al buen camino; reflexiona que él por sí solo jamás será razonable, si tú no le das el ejemplo. Vamos, querida mía, es preciso que mañana mismo escribas á tu marido diciéndole que estás aquí, que reconoces que has obrado muy mal en venir sin decírselo... en fin, no tengas pena, que la carta la escribiremos entre las dos, aunque vaya sola de tu mano.

—¡Oh, no, no seré yo la primera que ceda! ¡El, que es culpable, es quien debe pidirme perdón.

—Mi pobre amiga,—repuso Susana con acento grave y triste,—veo que si eres desgraciada es por tu culpa, y si obras así, preveo para tí una larga serie de pesares. Bien veo que tu marido es culpable, pero tú tampoco tienes razón: sin embargo, escucha: sé dócil á mis consejos y todo se puede aún arreglar. Luis me decía esta mañana que esperaba á que monsieur d'Emery vendría á buscarte y que él tendría mucho gusto en conocerle; pues que mi marido va con frecuencia á París, prométeme escribir al tuyo una carta que le obligue á venir aquí á lo menos por ocho días, que no creo que por eso hayan de padecer sus negocios; además, yo te garantizo que cuando Luis vaya á París, él le proporcionará muchos, porque tiene allá muy buenas relaciones.

—¡Ah, cuan buena y encantadora eres!—exclamó Elena sin poder reprimir sus lágrimas y abrazando á su amiga,—sí, yo escribiré á mi ingrato esposo y lo haré sólo por tí. ¡Cuánto mejor que yo has escogido tú marido y cuanto más dichosa eres! ¡Y yo que te compadecía, que me burlaba de tí! ¡Cuan-

to me ha cegado la vanidad y qué desdichada me ha hecho!

—Elena mía,—repuso Susana estrechando las manos de su amiga,—no llores, eso que llamas tú gran infortunio, tiene remedio; todo consiste en mil pequeñeces que levantan una negra montaña en el horizonte conyugal. Vivid á nuestro lado algunos días tú esposo y tú y aprenderéis la ciencia de ser dichosos, que consiste en contentarse con poco y no ambicionar más de lo que se posee, y en una mútua y amable tolerancia.

VII

Madama de Riviére se separó de su amiga y bajó á encontrar á su esposo; le halló en el jardín y paseándose, según cada tarde tenía de costumbre, en una larga calle de tilos.

Monsieur Riviére pasó el brazo de su mujer bajo el suyo, y entabló con ella una de esas dulces conversaciones de los esposos que se comprenden y se aman; le habló de la hermosa tarde que hacía, de lo feliz que

aquel día había sido, de las ventajosas ventas que había llevado á cabo, pero al ver que Susana no le respondía, la miró y la halló abatida y triste.

—¡Susana!—exclamó.—¿Qué tienes? ¡Ah, ya lo adivino! Tú vienes de hablar con tu querida parisién, la conversación habrá versado sobre bailes, teatros, conciertos... y esto te habrá entristecido. Pues bien, Susana, mía, yo te llevaré en mi próximo viaje y estarás tres ó cuatro meses en París. ¿Es esto lo que deseas, estás contenta?

En aquel instante mismo, un grillo oculto en la hierba dejó oir su triste y monótono canto.

—Escucha, amigo mío,—dijo Susana,—escucha al grillo que se encarga de responder por mí, y que repite la dulce lección del fabulista.

Cuesta muy caro el brillar en el mundo; para vivir felices es preciso ocultarse.

FIN.

LA MAESTRA DE ESCUELA

I

A Mr. Javigny, notario en Beaupreau.

Señor y digno amigo: Vos sois la persona á quien mi padre profesaba su mayor afecto y en quien tenía mayor confianza; esto me anima á hablaros con franqueza y á abriros mi corazón, como si aquel padre venerado y tan querido pudiera ser testigo de nuestras palabras.

Ya conocéis mi posición; la muerte de mi padre me dejó á los veinte años casi sin fortuna y las inquietudes materiales, que yo desconocía hasta entonces, vinieron á reunirse al tan justo dolor que me hacía sentir la pérdida de aquel á quien debí la vida y era además mi protector y mi único amigo.

¡Miré en torno mío y me encontré sola!... Perdonadme la palabra, pero, ¿no es vivir en la soledad cuando á nadie se inspira una afección exclusiva, cuando únicamente se consigue despertar un interés secundario en los buenos corazones y hasta en los amigos más probados?

Las amigas de mi madre, y nunca han sido muchas, porque ésta conocía el valor de su afecto, para prodigarle demasiado, las amigas de mi también perdida madre, tenían hijas ya de mi edad, esposo, obligaciones y cuidados; era preciso tomar un partido; pensé en los conocimientos que tenía, en mis habilidades, en mis talentos, tan alabados en la época en que mi padre ocupaba uno de los primeros empleos del Departamento; dí parte de mi deseo de aprovecharlos á las personas á quienes trataba y obtuve de ellas la mayor y la única prueba de amistad que esperaba.

Una plaza de institutriz que me buscaron y yo me apresuré á aceptar con reconocimiento.

Mis educandas eran dos y tenían cinco años la una y siete la otra; eran y son ahora dos ángeles, amables, buenas, modestas y piadosas; su madre no ha cesado de colmarme de bondades y me profesa un tierno cariño; soy completamente dichosa, tan dichosa como se puede ser después de haber sufrido las pérdidas irreparables que lloro; y sin embargo, hoy deseo dejar á esta familia, que me da, desde hace cinco años, un sitio en su hogar y á quien debo la ventura de que disfruto.

Quizá me culparéis y calificaréis de ligera mi cabeza y de demasiado exigente mi corazón...

¡ah, no, mi respetable amigo! No creáis que yo, á imitación de otros muchos, me queje de la sociedad tal como está establecida, ni que anhele dejar la noble casa donde estoy porque no se me comprenda. Lejos de eso, os aseguro que de nada puedo quejarme; sólo he hallado en ella buenos amigos, protectores celosos, corazones llenos de franqueza y atenciones delicadas; estoy contenta de mi suerte, contenta de los demás; ¡únicamente estoy descontenta de mí misma!

Yo he recibido la educación superficial de las jóvenes de nuestra época; mujer de mundo, señora de mi casa, hubiera sabido bastante; como institutriz, estoy muy por debajo de las funciones que me han sido confiadas; ya sabéis con cuanto trabajo he podido obtener un diploma de segunda clase.

Mis educandas tienen una inteligencia superior, un talento de primer orden y sus padres desean cultivarlo; yo les he enseñado todo cuanto sabía; ahora quisiera dejar mi tarea en otras manos; mis conocimientos en dibujo y música son muy poco brillantes; mi instrucción es escasa para hacer llegar á mis queridas niñas á la altura que desean sus padres; yo siento mi insuficiencia y además siento también la fatiga causada por cinco años de labores y de

preocupaciones constantes, pues he hecho penosos esfuerzos para afirmar mis pobres conocimientos, á fin de poderlos transmitir.

Ahora bien, señor y amigo mío; yo he heredado de mi buen padre una renta de seiscientos francos; poseo, además, algunas economías; todo esto es muy poco, ya lo sé; pero si yo pudiera unir á mi fortuna algún empleo proporcionado á mis fuerzas, estaría completamente satisfecha; quisiera instruir á los pobres si fuera posible; las niñas pobres me inspiran muchas simpatías, mucha piedad y me creería dichosa y honrada siendo la guía y la antorcha de esas inteligencias nacientes, repartiendo buen grano en esas tierras fértiles, pero abandonadas.

Mirad, señor y amigo, si os será posible procurarme un empleo de este género; para hablaros con franqueza, os diré que es asunto urgente, porque desde hace poco tiempo conozco á una joven espiritual, instruída, virtuosa, muy bella y muy pobre, que me reemplazaría perfectamente al lado de mis niñas y que hará por ellas lo que yo no puedo hacer.

Si consigo, bajo el pretexto de un nuevo empleo más conforme á mi inclinación y más favorable á mi salud, dejar á Mme. de Herblay, me reemplazará miss Julia en seguida, estoy

segura y todos ganaremos en ello; porque habéis de saber que, á sospechar que hago renuncia de mi cargo de institutriz por considerarme insuficiente para desempeñarlo, ni la madre ni las hijas consentirían jamás en separarse de mí; tal es su bondad y el cariño que me profesan.

Pensad en esto, os lo suplico encarecidamente y recibid de antemano, señor y amigo, mis más afectuosas gracias.

SUSANA GUILBERT

París, 17 de Febrero de 1840.

—

Beaupreau, 26 de Febrero de 1840.

Mi querida señorita: Creo que he hallado un empleo que agradará á vuestra noble modestia y á vuestras generosas intenciones; la plaza de maestra de escuela en el pueblo de... próximo á esta ciudad, está vacante; se ofrece á la persona que se presente á ocuparla, la casa y seiscientos francos de sueldo; la casa es bonita, la vida no es cara en el país y la gente es honrada y pacífica; no lo pasaréis mal y si más adelante queréis establecer una pensión para alumnas internas, lo que, atendida la bella situa-

ción del pueblo y lo sano que es, será cosa fácil, estad segura de que yo tendré sumo placer en serviros y en recomendar vuestra casa para las hijas de mis amigos de esta ciudad.

Reflexionad, pues, y de todos modos, hija mía, disponed de vuestro amigo y servidor,

M. JAVIGNI

Mi esposa os saluda con afecto.

II

Tres semanas después de haber llegado á sus manos esta última carta, Susana recibía en el salón de Mme. de Herblay la tierna despedida de esta dama y de sus hijas.

Todas lloraban y las jóvenes, con la cabeza apoyada en su hombro, le decían en voz baja y suplicante:

—¡Quedáos á nuestro lado! ¡No nos dejéis por otro país y otras gentes, que tal vez no os amarán como nosotras!

—¿No hemos sido buenas y obedientes?—preguntó Teresa, la mayor de las educandas,

con un acento en el que se leía una triste reconvención.

—¿No habéis alabado muchas veces nuestra aplicación é inteligencia?—Añadió Isabel que era la menor.

—¿Por qué, pues, nos dejáis?—concluyeron las dos hermanas.

—¡Ya os lo he dicho, mis queridas niñas,—repuso Susana dominando con pena su emoción;—mi salud está muy quebrantada... necesito aspirar el aire de la campiña... y además, además, miss Julia sabe otra causa por la cual os abandono... ella os lo dirá!

—Cualquiera que sea, amiga mía, debe ser justa y buena,—dijo madama de Herblay;—vos, toda bondad, ternura y abnegación, no podéis separaros de nuestro lado sin una razón muy poderosa, y el día que la sepamos, hallaremos sin duda en ella nuevos motivos para estimaros.

—¡Oh, sí, nada es más cierto!—exclamó miss Julia estrechando la mano de Susana con profundo enternecimiento.

La joven, ahogada por el llanto, procuró dominar su emoción y se dirigió á la puerta; al bajar la escalera, oyó repetir á la madre y á las hijas esta palabra, consuelo del adiós postrero:

—¡Escribidnos!

Un instante después, los sollozos de Teresa y de Isabel se acrecieron al oir el ruído de las ruedas del carruaje que se llevaba á la joven institutriz.

Susana fue recibida por monsieur y madama de Javigni con las muestras del más tierno interés, y ellos mismos la condujeron en su carruaje al pueblecito de..., situado á poca distancia de la ciudad que habitaban.

Instalada en la casa destinada á la maestra de escuela, la joven quedó sola, y siendo ya cerca de las ocho de la noche, pensó en acostarse después de haber rezado las oraciones de cada día.

La casa era grande; pero Susana, que para orar se había sentado al lado de una ventana que daba al campo, no sintió ninguna impresión de temor; el cielo estaba hermoso y estrellado; las auras de la primavera llévaban hasta ella el perfeme de las flores, cantaba el ruiseñor entre las ramas de un bosque vecino, y las ranas en el arroyo del jardín; la joven, en medio de aquella soledad, sentía que Dios estaba con ella; su conciencia pura no podía empañarse con las sombras de la noche.

La serenidad de su alma reflejaba en toda

su figura, dotada de una belleza muy poco común: era de estatura algo más que mediana, esbelta y llena de gracia; su cara, que formaba un óvalo, tenía la fresca palidez de una rosa blanca; sus ojos, del azul gris de la pizarra, eran dulces y pensativos; su hermosa cabellera, negra como sus cejas y pestañas, le formaba un tocado natural, rico adorno de la juventud; una preciosa dentadura se ocultaba entre dos labios finos y rosados, pero se descubría con frecuencia por su grata sonrisa; su frente meditabunda, sus manos delicadas, sus pies de niña, su talle gracioso y elegante, su porte digno y modesto, la compustura y distinción de sus maneras, y su voz dulce y melodiosa, hacían de Susana un tipo encantador, en el que se descubrían la nobleza de su raza y las ventajas de una distinguida educación, no menos que un talento sobresaliente y una perfecta bondad.

La casa estaba completamente desmantelada; únicamente sobre la chimenea se veía un candelero de barro con una bujía y algunas pajuelas; en un aposento había una cama aseada y bien dispuesta, y una silla que era en la que Susana se había sentado para rogar á Dios ante el gran altar de la natura-

leza; todo aquello se había colocado allí por los cuidados de madama de Javigni.

Susana cerró la puerta por dentro y se acostó, apagando la bujía y durmiendo con un tranquilo y profundo sueño.

Un rayo de sol y el canto de los pajaritos la despertaron al día siguiente; se levantó, y después de dar una vuelta por la casa, se puso su sombrero y salió para buscar una sirvienta en el pueblo.

Su aparición sorprendió y encantó á toda la aldea; aquella figura fresca, bella, sonriente y graciosa cayó como un ángel en medio de los sencillos aldeanos; expuesta su petición, todas las mujeres presentes querían servirla. Susana aceptó como doméstica y compañera á una buena viuda, respetable por su edad y sus costumbres, y fue con ella á comprar, con el producto de sus ahorros, lo necesario para amueblar su casa.

Esta se hallaba situada al fin de una de las calles agrestes del pueblo; esta calle estaba formada á un lado y á otro por árboles que crecían á su entera libertad y que sombreaban las casitas de los aldeanos; al fin de ella se veía una hermosa quinta, cuyos techos se hallaban siempre cubiertos de palomas.

A la extremidad de esta calle de verdura se elevaba la iglesia, antiguo monumento con arcos bajos y sombríos, y cerca de la iglesia estaba la casa de Susana, que constaba de un solo piso y de pocos aposentos: una gran sala para la clase, un saloncito, que la servía también de comedor, una sala de dormir, otro cuarto para la sirvienta y una cocina, componían todos los departamentos.

Susana empezó á arreglarla según su gusto, sencillo y delicado; el salón estaba vestido de un papel gris perla; bonitas cortinas de tela de Persia caían delante de las ventanas; una mesa de labor, otra de dibujo y un piano eran, á la vez que los muebles más notables, los amigos de las horas solitarias de la joven; los retratos de su padre y de su madre presidían el salón y eran para ella el origen de sus más dulces recuerdos; sobre la chimenea había colocado los retratos en fotografía de sus jóvenes educandas parisienses, y un lindo reloj, último regalo de su madre.

Algunas flores delicadas se abrían en macetas colocadas bajo las ventanas; por un lado se veía el jardín de la casa, y por el otro el cementerio, verde y florido también

como un jardín, y cuyas altas hierbas ocultaban las tumbas de algunos soldados de Charette y de la Rochejaquelein, que se encontraban mezclados con las modestas sepulturas de los pastores y agricultores del pueblo.

Su cuarto de dormir era aún más sencillo y más modesto; su blanco y gracioso lecho ocupaba el testero principal, cubierto de cortinas de muselina; á los pies, y en una mesita cubierta con un paño blanco, se alzaba un crucifijo, y debajo una estátua de la Santa Madre de Jesús, bajo la advocación de los Dolores; un pequeño lavabo, una mesita de tocador, una librería con algunos volúmenes escogidos, y un gran armario, en el que Susana arreglaba algunas flores y raíces medicinales, para aliviar los sufrimientos de los pobres, decían bien claro que la joven dividía su vida del modo más agradable y más noble.

Algunas sillas de paja y un silloncito pequeño completaban el mueblaje de su cuarto.

En pocos días arregló su vida y se familiarizó con el paisaje y las costumbres de su nueva patria, y gracias á sus gustos modestos y á sus pocas necesidades, Susana se

halló muy pronto más rica y más libre que lo era en París, en medio de la opulencia de una gran casa, y de las necesidades ficticias que hace nacer la peligrosa vecindad de la gran riqueza.

Lo que arregló con más cuidado fue la sala de la clase; cuatro horas por la mañana y dos por la tarde pasaba allí con sus pequeñas discípulas, hijas todas de colonos, de trabajadores y de criados de las quintas vecinas. Susana empleaba sus talentos, verdaderos y sólidos para este fin, en hacer lo más útiles posible aquellas seis horas á las pobres niñas del pueblo.

Les enseñaba á coser ropa nueva y á componer la usada, tarea modesta, pero la más útil para el buen arreglo de las casas de los pobres; á tejer sus medias, á coser y cortar vestidos, á bordar un poco, á marcar su ropa blanca y á hacer algunas flores sencillas, imitando las que ellas cogían en sus juegos por la pradera.

La lectura, la escritura, la aritmética y la historia ocupaban otra parte de las horas de clase; el dibujo necesario para cortar y diseñar sencillamente una camisa ó un gorrito para un niño, y un poco de música para cantar algunos himnos en la iglesia á

Dios y á su Santa Madre, fueron primores que Susana introdujo en su escuela y que elevaron el alma de aquellas niñas pobres é incultas, hasta darles la poesía bastante para conservarse siempre puras y religiosas; porque las bellas artes son como el pan del alma y como la puerta por donde penetra en ella el sentimiento de la belleza ideal, que es lo que más nos acerca á Dios.

Susana se atrajo fácilmente el tierno cariño de sus educandas y la estimación y gratitud de sus padres; los arrendatarios sentenciosos y las aldeanas habladoras repetían sin cesar elogios de la joven maestra.

—El señor cura,—decían,—puede ya dar á nuestra hija la primera comunión; gracias á la maestra, tiene el Catecismo en la punta del dedo.

—Y además,—añadía el padre,—sabe cantar en la iglesia, y ha hecho para San José el más bonito ramo que se puede ver; ¡qué diferencia entre lo que es hoy y lo que era cuando llegó aquí esa buena señorita! ¿te acuerdas? ¡Era un caballo escapado; siempre tenía los vestidos destrozados y los cabellos en los ojos! Ahora se ha vuelto tranquila y modesta; sabe componer sus vestidos, y lee como el difunto sacristán.

A pesar del sumo cuidado que empleaba Susana para preparar y dar sus lecciones, encontraba aún algunas horas para cultivar sus talentos; la desnudez de la pobre iglesia del pueblo la entristecía, y se dedicó á decorarla del mejor modo posible.

Pintaba bastante bien, y empezó á trabajar en un cuadro para el altar mayor, que representaba á la Santísima Vígen en su advocación de la Esperanza, la más bella y la más tierna de todas; cada día, al tomar sus pinciles , imploraba á la augusta Señora de cielo y tierra, y la inspiración descendía á su mano, que ella miraba como débil é inhábil para tan sublime tarea.

El día que estuvo terminado, Susana escribió al señor cura, rogándole que pasase á su casa para hablarle de un asunto importante.

—Ved aquí, señor,—dijo al anciano,—lo que me he atrevido á intentar; ¿créeis que sin ofensa del Divino original que nos mira desde el cielo, se puede ofrecer esta imagen en el altar al culto de estas pobres gentes?

El cura no respondió; lágrimas de emoción llenaban sus ojos; el cuadro radiaba de hermosura, de inspiración, de fe; María apoyaba una mejilla sobre la cabecita rubia del

Niño Jesús, sentado en sus rodillas, y le mostraba al mundo como la *Esperanza* divina de la redención, de la eterna salud; á su lado San Juan, niño también, se apoyaba en la cruz y en el cordero, y miraba en adoración al Redentor del mundo; y detrás de Jesús, San José, apoyado en el báculo florido, sonreía á la madre y á los niños.

Bajo la toca egipcia de la Virgen caía con una gracia llena de poesía la rica y sedosa madeja de sus cabellos castaños; sus ojos negros estaban llenos de luz; una dulce sonrisa mostraba sus dientes como una hilera de perlas; en su talle, á la vez lleno de belleza y de modestia, no había nada de profano.

En cuanto á los dos niños, no ha creado la Naturaleza un encanto que no resplandeciese en ellos, rodeado de una augusta luz; sus cabelleras se ensortijaban sobre sus frentes en gruesos anillos, y los ojos de Jesús hablaban y pensaban al mismo tiempo que su boca sonreía con una ternura infinita.

—Este cuadro os conquistaría uno de los primeros sitios en el mundo de los artistas, dijo al fin el cura; he estado en Roma y sé algo de esto: tenéis buenas relaciones en París y podéis enviarlo á la Exposición.

—Nunca, señor cura,—respondió Susa-

na.—Este cuadro lo he ofrecido en mi interior para el altar mayor de la iglesia, y sólo temía que no os pareciese digno de este honor.

—¡Es magnífico!—exclamó el cura,—y yo no sé de qué manera expresaros mi gratitud; mañana lo bendeciré y se colocará en el altar, y después habrá fiesta en la iglesia, en la que vuestras niñas cantarán la *Salve Regina*, que les habéis enseñado.

Al día siguiente Susana envió su piano al coro, y poco después fue ella con sus niñas; la misa no había empezado todavía; la joven vió resplandecer su cuadro en el altar mayor, y á todo el pueblo en adoración delante de él.

Rodeado de luces parecía aún más hermoso; la misa empezó, y durante ella las educandas de Susana cantaron el grandioso himno á María, que la maestra acompañó al piano y el sacristán al órgano.

La joven continuó su tarea de arreglar la iglesia, y empezó á bordar un palio sobre raso blanco; en los dibujos de esta obra maestra de paciencia y de primor estuvo tan inspirada y tan feliz como en su cuadro.

Los emblemas, ejecutados en sedas de colores y oro, eran variados; en un costado se

veía el cordero místico acostado al lado del libro de los siete sellos; en otro, la cruz cercada de rayos y de flores; en el tercero, el cáliz rodeado de espigas y de racimos; en el cuarto, el pelícano desgarrándose el pecho para dar su sangre en alimento á sus hijos, emblema santo y tierno del amor del hijo de Dios á los hombres.

En fin, en el gran centro ó cubierta del palio se admiraba una maravillosa guirnalda de rosas, claveles y azucenas de gran relieve, y en medio del triángulo misterioso, encerrando el augusto nombre de Jehovah.

El palio, guarnecido de un fleco de oro y forrado de tafetán blanco, se mandó armar en la ciudad vecina á costa del señor cura, pues los ahorros de Susana no llegaban á tanto.

A este trabajo inmenso, para el poco tiempo de que podía disponer Susana, siguieron nuevas obras; bordó también con oro y lentejuelas una custodia y un velo para el cáliz, y además hizo al crochet, un rico encaje blanco para guarnecer un mantel de batista que regaló al altar mayor, con unos floreros.

Los demás altares se vieron asimismo engalanados con manteles blancos guarnecidos de lindas puntillas de aguja.

Susana trabajaba en estas obras con el mayor placer; por la primera vez, desde hacia seis años, gustaba las dulzuras de su casa, dulzuras que nunca son tan apreciadas como cuando se ha vivido durante largo tiempo en casa ajena; *jamás es pequeña la casa propia*, ha dicho el buen Ducis, y á Susana le parecía la suya una mansión deliciosa.

A su llegada al país vivía la joven en el retiro más absoluto, y únicamente dedicada á sus deberes y á sus labores; poco á poco fue conociendo las familias de los pobres, y empezó á visitar á los ancianos, á las viudas y á los enfermos, persuadiéndose pronto de que es fácil hacer mucho bien con muy pocos recursos; un poco de caldo, una botella de jarabe, que ella misma confeccionaba, y alguna ropa blanca usada, eran grades socorros para aquellas pobres gentes, desnudas de todo, porque los indigentes labradores que cultivan las campiñas de Francia están en su vejez y en sus enfermedades privados de casi toda asistencia caritativa; y sin embargo, les son necesarios muy pocos socorros á estos hombres sobrios y sencillos.

Los colonos enviaban á Susana de vez en cuando algunos presentes, agradecidos á la tierna afección que demostraba á sus hijas,

y la joven maestra los guardaba para sus pobres, asiendo al vuelo las ocasiones de hacer bien que la Providencia le enviaba.

No cuidaba menos de las enfermedades del alma en las personas á quienes socorría; su mano delicada sabía lo mismo apaciguar un dolor que despertar una alegría, y que acercar á los labios desecados de la desesperación la copa del consuelo hablando de Dios y de su Madre, tierna protectora de los afligidos, y que ha dicho:

Acudid á mí, y no os iréis sin remedio á vuestra pena.

Dos años se pasaron para aquella joven, que había frecuentado los más brillantes salones de París, en estos trabajos obscuros, en estas caritativas tareas; dos años dulces, rápidos, rientes y tranquilos; al cumplir el segundo, Susana llegaba á los veintisiete de su edad.

III

Era una tarde de otoño; una de esas bellas tardes de septiembre, en las que el aire tibio

agita débilmente las hojas ya amarillentas de los árboles, y en que la luna se muestra en el cielo de un pálido azul, en su hermoso creciente, mucho antes de que el sol descienda al horizonte.

Susana salió de su casita, terminada ya su clase; con paso ligero se dirigió al bosque y tomó un sendero trillado; detúvose al cabo de pocos instantes en un lugar donde la reunión de muchas sendas formaba una especie de plazoleta, y tomó un camino inculto y rodeado de zarzales, que la condujo á una cabaña del aspecto más miserable, baja, húmeda, con el techo cubierto de musgo y de hierbas, las paredes ruinosas y rotos los vidrios de las dos únicas ventanas que la malubraban.

Esta pobre morada estaba rodeada de un pedazo de tierra donde crecían algunas plantas enfermizas de patatas; una cabra, atada con una cuerda al muro verdoso de la cabaña, mascaba algunas raras hierbas que estaban á su alcance y las plantas parásitas; todo anunciaba á la vez la miseria y la incuria.

Susana abrió dulcemente la puerta y se halló en una habitación más mísera aún que el exterior, y amueblada solamente con una

mesa coja y algunas sillas rotas; vajilla ordinaria, frascos vacíos y utensilios de cocina estaban arrojados por el suelo, y las paredes ahumadas no tenían otro ornato que algunos pájaros nocturnos que habían penetrado por las ventanas abiertas, y se habían refugiado en las negras vigas del techo, como imágenes de desolación y de muerte.

En el fondo de esta triste estancia, acostada sobre un jergón y cubierta con una colcha de indiana, toda remendada, se hallaba una mujer, joven aún, pero de la cual la extrema flacura, los pómulos encendidos y los nublados ojos anunciaban una enfermedad mortal; tenía entre sus brazos á un niño de pocos meses, que lloraba de hambre y de sed; pero la pobre madre no se ocupaba del niño; le mecía con un movimiento maquinal, y fijaba los ojos con espanto en su marido, que se hallaba de pie al lado del hogar apagado.

Era un hombre en la fuerza de su edad, rechoncho, vigoroso, de barba rizada, y en cuyos ojos, de un azul claro, había alguna cosa de siniestro; tenía en la mano una escopeta de caza bastante elegante, y otra escopeta más grosera se hallaba colgada en la chimenea; un perro todo agitado daba vuel-

tas por la miserable estancia, y fijaba en su amo miradas inquietas.

—Buenas tardes,—dijo Susana al entrar;—¿cómo estáis, Josefina?

—¡Ah, señorita!—respondió la pobre enferma;—si supiérais... ¡qué desgracia!

—¿Qué sucede?

Josefina alzó una mirada interrogadora hacia su marido, que no dijo nada, contentándose con llamar al perro.

—¡Ah, señorita!—repitió la enferma;—habéis de saber que Bertrand... ¡ay, ya no nos faltaba más que esto!

—Explicáos, mi pobre Josefina,—dijo Susana con dulzura; quizá el mal no séa tan grande como pensáis.

—Pues bien, señorita,—dijo la pobre mujer sollozando;—Bertrand ha vuelto á encontrar al guarda particular del señor conde, que ha reconvenido á mi marido porque tendía de noche lazos á las perdices; se han dicho malas palabras, y mi desgraciado Bertrand ha arrancado al guarda su escopeta y le ha amenazado con ella... ¡Habrá un proceso verbal, se le pondrá en la cárcel, y yo moriré de hambre con mis pobres hijos!

—¡Dios mío! ¡es, en efecto, una gran desgracia!—exclamó Susana, que sabía que el

jornalero Bertrand tenía muy mala reputación, y que no hallaría ninguna indulgencia; — vos habéis hecho muy mal, Bertrand, — añadió volviéndose al cazador furtivo.

—¿Y por qué he hecho mal? — respondió aquél brutalmente; — ¡lo que yo quería era romperle su escopeta en la cabeza al dichoso guarda! ¿Acaso la caza y el pescado llevan la marca de un dueño? ¿Es el señor conde quien alimenta las bandadas de perdices? lo mismo son suyas que mías.

—Pero, Bertrand, ¿cuánto mejor sería que ganaras tu jornal, que no meterte á cazar en vedado? — exclamó su mujer; — ¡ah! ¡tú serás causa de mi muerte y de la de nuestros pobres hijos!

Bertrand iba á responder sin duda con mucha dureza, pero Susana le contuvo con un movimiento suplicante.

—¡Callad, por Dios! — le dijo, — y ved el estado en que los disgustos han puesto á vuestra pobre mujer!

—¡Si el señor conde quisiera perdonar por esta vez á Bertrand y no perseguirle con la ley, — dijo Josefina, — mañana mi marido iría á trabajar á la vendimia; así me lo ha ofrecido por piedad de nuestros pobres hi-

jos, y yo estaría tranquila y bendeciría á Dios!

—Voy ahora mismo á hablar al señor conde,—dijo Susana;—no os inquietéis, mi buena Josefina; el señor conde tendrá piedad de vosotros: pero Bertrand, antes de salir de aquí me habéis de prometer enmendaros, dejaros de la caza furtiva, é ir desde mañana á la vendimia á ganar vuestro jornal; ¿acaso queréis matar á vuestra buena mujer, tan laboriosa, tan aseada, tan amable y que tenía su casita que era la envidia del pueblo, cuando vos queríais ganarla el jornal? ¿Qué ventaja os reportará el quedaros sin ella? ¿Qué haréis con tres niños pequeños que os quedarán? Pensad en esto, y decidme si puedo comprometerme por vos.

—Sí, señorita,—respondió Bertrand con voz alterada;—trabajaré, no iré á la taberna y seré otro, si el señor conde olvida lo pasado.

Susana puso sobre la mesa una cestita, en la que había algunas provisiones, y se dirigió á la puerta.

—Señorita,—dijo Bertrand,—no vayáis esta noche al castillo; hay gran comida y festín; por eso les hacía falta un regimiento de perdices.

—Bien está,—dijo Susana;—hasta mañana.

IV

Al día siguiente, á causa de la apertura de las vendimias, era día de asueto para la escuela, y Susana, que no había podido dormir en toda la noche, pensando en la pobre Josefina, hizo su *toilette* temprano, y á las diez tomó el camino del castillo que ocupaban durante el estío el conde de Nugent y su familia.

Un criado con librea la hizo entrar sin mucha ceremonia en el comedor, donde toda la familia se hallaba reunida.

El desayuno se había ya terminado, pero el servicio de plata y de porcelana de Sajonia estaba aún sobre la mesa, y un anciano de cabellos blancos leía un periódico, bebiendo de cuando en cuando un sorbo de la última taza de té.

Una señora joven y muy bonita, sentada al lado de la ventana, bordaba en un bastidor; su marido, sentado á su lado, le habla-

ba á media voz y le mostraba dos hermosos niños que jugaban sobre la alfombra, en compañía de un enorme y pacífico perro de Terranova.

Otro joven caballero, con el aire extremadamente distinguido, se hallaba sentado en un canapé y examinaba algunas piezas de caza que le mostraba un hombre asimismo de pocos años, y cuya blusa azul y la gorra que tenía bajo el brazo anunciaban el hijo de algún buen arrendador que venía, sin duda, á pagar su arriendo, porque una gruesa bolsa de cuero, bien repleta se hallaba á su lado sobre un velador de laca; toda esta gente levantó la cabeza con curiosidad á la entrada de Susana.

Esta saludó con una reverencia modesta, se adelantó tranquilamente hacia el anciano, y le expuso el objeto de su visita.

—¡Bertrand!—repitió el Conde señalando á la joven un asiento; ¡es ese infame cazador furtivo, terror de nuestros guardas, desvergonzado y grosero! Siento mucho el no complaceros, señorita, perdonando á ese hombre; pero me es imposible hacerlo.

Susana insistió con dulzura y dijo al Conde que era padre de tres niños y que le había ofrecido la enmienda.

—Señor Hubert,—dijo el Conde volviéndose en su sillón é interpelando á su arrendador,—¿conocéis á Bertrand? ¿Le conoces tú, Raoul?

—A fe mía,—señor Conde,—respondió el joven colono,—yo le conozco por el mayor bribón del país; pero tiene mujer, una buena mujer, y tres niños pequeños; esto grita misericordia.

—¡Bertrand!—dijo á su vez el joven á quien el Conde había llamado Raoul;—¿no es ese el que ha desarmado anoche á Varin, y el que con sus lazos despuebla el país de liebres y de perdices? Si mi padre quiere creerme, será inexorable, porque ayer no pude cazar nada.

—La insolencia de ese hombre merece un castigo ejemplar,—observó el Conde,—y yo os aconsejo, señorita, que no os intereséis por él.

Susana, en vez de desalentarse con esta respuesta, empezó á implorar la piedad del Conde para la pobre Josefina, con una dulzura persuasiva que enterneció á todos los presentes; sin embargo, el Conde repuso con la misma entereza:

—Es preciso que se haga justicia; mas para probaros, señorita, cuanto estimo vues-

tra mediación, os ruego que aceptéis este socorro para vuestra protejida y sus hijos.

Al decir estas palabras, el severo anciano sacó del bolsillo de su chaleco una moneda de oro, y la puso en la mano de Susana.

Esta comprendió que sería inútil, y aun poco conveniente el insistir más; levantóse con el corazón oprimido, saludó con una modesta reverencia á los presentes, y se retiró.

En la tarde del mismo día, Susana estaba sentada en su pequeño salón y cosía apresuradamente una camisa para Josefina, cuando la vieja criada abrió la puerta, y dejó pasar á Raoul de Nugent: éste saludó con respeto á la joven, y le dijo:

—Me he tomado la libertad de presentarme en vuestra casa, señorita para daros una buena noticia; mi padre, cediendo á vuestros ruegos, no enviará su queja. Nadie inquietará á Bertrand, y si quiere renunciar á sus malas costumbres, trataremos de ayudarle: ya veis, señorita, que la caridad no pierde nunca su ascendiente.

Susana, conmovida, respondió algunas palabras de reconocimiento; sus ojos estaban llenos de lágrimas de alegría.

Raoul tuvo la delicadeza de no prolongar su visita; saludó y salió después de haber echado una mirada indagadora alrededor de él, mirada que apercibió el piano, los retratos, la música y los libros, que imprimían á aquella modesta estancia un sello de distinción y de inteligencia.

Cuando hubo salido, Susana pensativa volvió á tomar su labor; pero aún no había pasado media hora, cuando la puerta volvió á abrirse y Susana vió entrar á Hubert, que traía al brazo un pesado cesto, cubierto con un lienzo blanco como la nieve.

El joven arrendador depositó su carga detrás de la puerta, y dijo á Susana:

—Buenas tardes, señorita; aquí os traigo algunas provisiones que mi buena madre os envía para Josefina y sus niños; cuando se hayan acabado y los veáis con necesidad, no tenéis más que enviar á nuestra casa; vedla; es esa gran quinta que tiene los techos llenos de palomas; está ahí, cerca, en la Charmoise; en la casa del viejo Hubert, mi excelente y honrado padre, hay siempre pan para los pobres; en cuanto al bribón de Bertrand...

¡Ah, señor Hubert!—exclamó Susana;—A la alegría que me causa la caridad de

vuestra señora madre para esa pobre familia, se une la de saber que monsieur Nugent desiste de perseguirle en justicia. ¡Bendito sea Dios!

—¿De veras?—exclamó Hubert;—pues, señorita, me parece más lo que habéis conseguido que edificar un arco de iglesia, atendido el carácter del Conde, que es severo y duro como pocos. ¡Qué no conseguiríais vos con esa dulce voz y esa cara de ángel! Tanto mejor, y Dios os lo premie; en cuanto á Bertrand, si él quisiera trabajar sería un famoso obrero.

—Me ha dicho que está decidido á irse á las vendimias.

—¿A las vendimias? Es decir, lo menos á trece millas de su casa y de su mujer.

—¿Y qué hará? Aquí no halla trabajo porque tiene mala fama.

—No importa; hay que ayudar al caído, que el alto ya se sostiene sólo; hacedme el favor de enviárnosle mañana y trataremos mi padre y yo de ocuparle en un buen jornal; no falta trabajo ni con qué pagarle en casa de los Hubert; ya podéis contar, señorita, que haré cuanto pueda por inspirarle afición al trabajo; es preciso que esta familia se arregle y que la pobre Josefina viva.

—¡Gracias, amigo mío, gracias!—exclamó Susana, estrechando la fuerte mano del colono entre las suyas blancas y delicadas.—¡Dádselas también á vuestra buena madre!

Hubert palideció al sentir la presión de la mano de Susana; luego se puso muy encarnado y salió saludando á la joven.

Esta descubrió el cesto lleno de huevos, legumbres, pan y frutas, ordenó á su criada que la siguiese con él y fue á casa de Josefina deseosa de consolarla y de hacer lucir un rayo de esperanza en aquella alma, tan largo tiempo entristecida y angustiada.

V

Tres meses se pasaron.

Susana no volvió á hallarse en comunicación con la noble y orgullosa familia de Nugent, ni existía ningún motivo para ello; en el castillo había siempre elegantes huéspedes de París, visitas de las cercanías, conciertos y fiestas; la existencia de la pobre maestra de escuela se pasaba en un círculo más humilde y más limitado; no obstante,

Susana creyó conocer que ella era el objeto casi exclusivo de la atención de Raoul; cuando en las horas que su clase le dejaba de descanso bordaba ó leía, sentada al lado de su ventana abierta, Raoul pasaba siempre como por casualidad, la miraba profundamente y la saludaba con un tierno respeto.

En la iglesia le veía siempre cerca de ella y en sus paseos por la falda de la florida colina que servía como de apoyo al pueblo, le hallaba siempre también, á pesar de haber fiesta en el castillo.

La certidumbre de que el rico heredero de Nugent se ocupaba de ella, la conmovió; Susana no había amado jamás y ninguna mujer podía ver á Raoul sin sentir hacia él una pasión verdadera y profunda; la bondad, la nobleza, estaban escritas en su hermoso y pensativo rostro, en su grave y distinguida figura; no obstante, la modestia y sencillez del carácter de Susana impidieron á ésta detener por largo tiempo su pensamiento en aquellas muestras de afición y los trabajos de una vida útil y ocupada dieron á sus ideas una distracción feliz y saludable.

La Navidad se aproximaba; una tarde, después de haber dejado cerrada su escuela

y cuando Susana se retiraba á su cuarto, le entregó su criada una carta cerrada.

Susana miró el sello, que tenía impreso en lacre verde una corona de conde y las iniciales R. N.

El corazón de la joven latió con violencia; fue á su cuarto y la abrió, creyendo que se trataría de un último socorro para la familia de Bertrand, de parte de los opulentos castellanos; la carta era de Raoul y decía así:

Señorita: un sentimiento profundo se ha apoderado de mi alma desde que he podido veros y oiros.

En nada se parece á un sentimiento pasajero esta impresión que ni quiero ni debo combatir, porque nace de la alta estimación en que tengo vuestro talento y vuestras virtudes.

Me he informado con cuidado y os he observado por mí mismo; por ambas cosas sé que sois bien nacida, que vuestra vida es la más pura, que vuestros talentos son muy poco comunes y que sois el ángel de los que sufren; entre todas las jóvenes del gran mundo que he tratado no hay una sola que me parezca tan digna de llevar mi nombre, ni que me ofrezca tantas garantías de felicidad; ¿queréis aceptarlo? ¿queréis

ser por ahora la Vizcondesa y más tarde la condesa de Nugent? Sólo de vos depende el aceptar y el hacerme así el más dichoso de los hombres.

No quiero ocultaros, sin embargo, que mi familia no dará nunca su aprobación para mi unión con vos; mi padre desea que me case con una joven de la más alta nobleza y además muy rica; pero, ¿acuso el corazón desea la fortuna cuando ama? ¿ni qué mayor fortuna para mí que poseeros? Todo lo arrostraré para esto y mi padre se convencerá algún día de lo mucho que valéis.

Decidíos, señorita y avisadme al instante que me creáis digno de vuestro amor; hasta entonces, como vivís sola, no me atrevo á ir á tener la dicha de veros, pues aprecio en más la pureza inmaculada de vuestra reputación que mi propia felicidad.

Esperando vuestra decisión, queda lleno de impaciencia y de la más alta consideración hacia vos,

RAOUL DE NUGENT.

Susana dejó caer la carta de sus manos; una nube pasó por delante de sus ojos; las alegrías de la fortuna, las alegrías áun más

grandes del amor se le aparecían y sintió levantarse en su corazón deseos ambiciosos que jamás hasta entonces había conocido.

Para huir de aquella fascinación y reflexionar con más calma, bajó á su pequeño jardín; el aire frío y la serenidad de un cielo de invierno le hicieron mucho bien; paseóse largo tiempo, reflexionando, rezando con fervor en algunos momentos y cuando llegó la noche, se fue á la iglesia.

Algunas mujeres se hallaban arrodilladas delante del confesonario; la iglesia, sombría, estaba alumbrada apenas por una lámpara que ardía junto al altar mayor y por dos cirios que temblaban delante del cuadro que ella había pintado; un vago perfume de incienso erraba bajo las bóvedas tranquilas y silenciosas.

Susana se arrodilló delante del altar de la Virgen y rezó largo rato: luego se acercó al confesonario y después de haber dicho al anciano vicario lo que había leído en la carta de Raoul, añadió:

—Perdonadme, padre mío; he estado próxima á caer en la tentación; durante algunos instantes he pensado en arrastrar á un hijo á desobedecer á su padre; he querido llevar el dolor y la turbación al seno de esa

familia; ¡y por qué, Dios mío! ¡por un poco de brillo, por un poco de fortuna, por un poco de descanso!... Pero el cielo me ha librado de los sueños de mi orgullo; me ha hecho ver como en un espejo las consecuencias de la ambición y de la desobediencia; tomad, padre mío; devolved esta carta á Mr. Raoul y habladle por mí; rehusad por mí.

—Sí, hija mía,—respondió el cura;—así lo haré y espero que Dios bendecirá vuestras buenas y rectas intenciones; esta misma noche veré á M. de Nugent; id en paz y no penséis más en todo esto.

VI

Susana procuró obedecer al anciano vicario y no pensar más en el amor de Raoul; éste había partido ocho días después de haber tenido una entrevista con el cura, en la que, á no dudarlo, éste le participó que la joven maestra rehusaba su mano y su amor

La noticia de que el vizconde de Nugent había emprendido un viaje á Oriente llegó

hasta Susana, extendida por los criados del castillo; éste se cerró, sus habitantes marcharon á París durante el invierno y cuando volvió la primavera con sus alegres brisas, la opulenta mansión permaneció cerrada, porque su vista recordaba amargamente al anciano conde la ausencia de su adorado hijo.

Susana no se venció sin combates y sin luchas; los colonos la vieron enflaquecer y quedarse tan delgada como la sombra de la hermosa joven de nieve y rosa que habían conocido; una fúnebre palidez se extendió por sus mejillas; por la noche dejaba el lecho y se sentaba al lado de la ventana; rezaba mirando á las estrellas y sólo la calma majestuosa de la Naturaleza devolvía á su corazón un poco de tranquilidad.

Sin embargo, no se dejó abatir ni anonadar por las olas de aquel amargo dolor que la envolvía; con un valor heróico oponía á sus angustias morales los cuidados materiales de la vida; del mismo modo que antes, se ocupaba asiduamente de sus pequeñas educandas; trabajaba para la iglesia, iba á visitar y á socorrer á los pobres; el trabajo, ese fiel auxiliar contra los sueños peligrosos, el trabajo, ese bien de los bienes, la

preservaba contra todo arrepentimiento del sacrificio terrible que había llevado á cabo, y trataba de no dejar ocioso un sólo instante de sus largos días.

Sin embargo, las noches de aquel invierno fueron bien tristes para la pobre joven; sola en su salón, sentada al lado de su chimenea y trabajando ante un velador que sostenía una modesta lámpara, algunas veces dejaba su bordado y buscaba en la leutura un remedio á sus dolorosos pensamientos; lloraba su perdido amor y quizá también la espléndida corona de marquesa que se le había ofrecido, y que había separado con mano firme de su frente.

¡Qué soledad la rodeaba, y qué brillo la hubiera cercado si hubiese aceptado el amor de Raoul! ¡Qué pobre era, y qué opulenta podía haber sido!

Contra estos pensamientos buscaba en su velador el libro admirable que el sublime Kempis ha dado á los cristianos, como un bálsamo del alma; la *Imitación de Cristo* refrescaba no sólo las llagas de su amor, sino también las de su orgullo; leía algunas páginas, miraba al cielo, y luego, tranquila y sonriente, tomaba de nuevo su labor.

Un día á la hora en que, terminada su

clase, iba á sentarse á la mesa, para almorzar, entró el señor vicario; Susana le invitó á acompañarla en su modesto desayuno.

—Acepto, hija mía, dijo el anciano; amo la soledad, pero soy dichoso cuando alguna vez puedo interrumpirla con vuestra dulce compañía.

El almuerzo empezó; huevos, leche, frutas y olorosa miel, con pan blanco, fueron los manjares que la joven maestra pudo ofrecer al buen vicario.

Al terminar el desayuno, el anciano tomó la palabra en estos términos:

—Voy á explicaros, mi querida Susana, el objeto de mi visita; vos me habéis hablado hace algún tiempo de una proposición de matrimonio que se os ha hecho, y á la que habéis contestado según exigían la religión y ese orgullo delicado que la misma religión no prohibe; á mi vez, yo vengo hoy á proponeros una unión menos brillante, pero que tiene sin duda algunas más probabilidades de dicha para vos. Hubert, el arrendador, os pide en matrimonio, y sus padres desean con ardor que aceptéis el ofrecimiento de su hijo.

—¡Hubert!—repitió Susana con admiración.

—Hablad, hija mía,—dijo el cura,—ha-

blad con toda franqueza; vos no tenéis padre, haced cuenta que yo lo soy.

—Pues bien, señor,—dijo Susana;—esta unión, ¿no es también muy desproporcionada para mí? Mi familia es ilustre; mi padre ha desempeñado durante muchos años un cargo honorífico en la magistratura; mi educación, si no sólida, no ha sido tampoco descuidada; durante cinco años he asistido á uno de los más brillantes salones de París, en casa de la condesa de Herblay... ¡Padre mío, me asustaba elevarme... pero me asusta más el descender tanto!

Algunas lágrimas cayeron de los bellos ojos de Susana; al lado de su padre, jamás se le hubiera propuesto semejante unión.

—Mi querida hija,—repuso el sacerdote tomando tiernamente entre las suyas la mano de la maestra;—oidme con atención; oid á vuestro viejo amigo, que aunque ya mira más al cielo que á la tierra, no desconoce las flores y los abrojos de ésta; es verdad que en vuestro casamiento con Hubert hay desproporción; vos soy infinitamente superior en todo á esa rica, pero humilde familia; vuestra cuna, vuestra educación, vuestro talento, vuestra hermosura, todo esto merecía más alto destino; pero la suerte os ha colo-

cado algunos escalones más abajo de lo que debíais estar, y vos habéis aceptado con cristiana humildad vuestro sitio; no temáis bajar un nuevo escalón; es el último que descendéis, y en medio de esa familia sencilla y buena brillaréis con todo el prestigio de vuestras admirables ventajas; la desproporción, que vos conocéis y yo también, sólo se hará sentir para vuestro bien; vos seréis recibida en casa de los Hubert con alegría, con ternura y con gratitud, pues así vuestro pretendiente como sus padres conocen cuan superior sois á ellos; vos hallaréis, estoy seguro, de qué llenar vuestro corazón en esas dulces y legítimas afecciones; vos seréis dichosa con la dicha que deis, con la unión que reinará alrededor vuestro, con las obras de caridad, que ya, rica con la fortuna de vuestro esposo, podéis llevar á cabo más fácilmente que hoy; y dentro de algunos años, esposa feliz de un marido lleno de buen sentido y de honor, que os adorará, os diréis que la verdadera felicidad no existe en la tierra más que en la moderación y en la medianía.

Susana guardó silencio; reflexionaba profundamente; comparaba la suerte que se le proponía con la que en otro tiempo Raoul le

había ofrecido, y un sentimiento dulce penètraba en su corazón.

La vida modesta y oculta de una mujer, de una madre embelleciendo por sus talentos el interior que el marido protege por la fuerza y la inteligencia, esta vida apacible le parecía llena de encantos.

Poco tiempo antes, el mundo y el actractivo de la riqueza la habían deslumbrado; pero temiendo á la humillación de verse desconocida y acusada por una familia opulenta, había huído de ellos; ahora su pensamiento reposaba en la perspectiva del trabajo y de las afecciones domésticas, y entrando en una familia que la llamaba con ternura, se sentía digna y satisfecha, y por consecuencia, con facilidad para ser dichosa.

—Padre mío,—dijo después de algunos instantes de silencio;—vuestra voz ha llegado á mi alma; dejadme tres días de reflexionar, y al cabo de ellos creo que podréis llevar un *sí* leal y firme al buen Hubert.

VII

Mucho tiempo había pasado; la más bella fiesta del año se celebraba en medio de las pompas del más hermoso día; la iglesia rezaba de la institución del Santo Sacramento de la Eucaristía.

La procesión, que llevaba en triunfo á Dios sacramentado, después de haber seguido una larga calle bordada de árboles y sembrada de flores, se detuvo ante un modesto altar elevado ex profeso á la puerta de la rica quinta Charmoise, propiedad de la familia Hubert.

Un lujo agreste y lleno de gusto había precedido á la decoración del altar: la antigua bóveda de la puerta de entrada formaba el arco de la capilla, y grandes masas de flores, cortadas en el jardín, en el bosque vecino y en la pradera, tapizadas las piedras grises; el altar levantado en el fondo estaba deslumbrador de luz, y letras artísticamente

formadas con olorosas rosas trazaban encima del tabernáculo las palabras: *Ecce panis angelorum.*

Al derredor del altar se hallaba la familia del colono Hubert; sus viejos padres, rejuvenecidos por la alegría, llevaban sobre sus frentes respetables la aureola de una vida consagrada al trabajo y á la virtud; Hubert estaba detrás de ellos, de rodillas, con el aire recogido, y cerca de éste Susana, cuyo noble y dulce rostro tenía una expresión de quietud y de dicha.

La joven tenía en sus brazos un hermoso niño de seis meses; otros dós de cinco y seis años de edad estaban prosternados delante de su madre, que parecía ofrecerlos á la bendición divina.

El notario monsieur de Javigni y su esposa, que habían venido á ver á sus amigos, rezaban en su compañía y partipaban de la piadosa alegría que reinaba en aquella feliz familia.

El palio bordado por Susana llegó hasta el altar; el vicario se arrodilló, y después de orar algunos instantes, se puso en pie y elevó la custodia para que el pueblo la adorase; el sol radioso iluminó de lleno el augusto tabernáculo donde un Dios se ofrecía á la

adoración de sus hijos; los monaguillos mecieron los incensarios, y nubes azuladas de perfumado incienso se elevaron hacia el puro firmamento.

Todas las frentes se inclinaron; de todos los labios se elevó una oración, y las jovencitas, en otro tiempo educandas de Susana, arrojaron á los aires una nube odorífica de hojas de rosa.

Después del descanso y de la plegaría hecha á la puerta de la quinta, el anciano cura entró de nuevo bajo el palio, llevando en sus manos la custodia, y luego se alejaron bajo los grandes árboles, la cruz de plata, los estandartes de seda, los trajes blancos de las jóvenes y el cortejo pacífico de los venerables sacerdotes que rodeaban al divino Cordero.

Un carruaje se hallaba detenido á la orilla del camino, sus dueños habían bajado de él y se habían arrodillado ante el Santísimo Sacramento: cuando la procesión hubo pasado, se levantaron y se acercaron á la familia Hubert, que les recibió con un grito de alegría.

Eran Raoul y su esposa; la esposa que su padre le había elegido, y ambos parecían felices y contentos.

Raoul saludó á Susana con respeto, y estrechó la mano de Hubert; madama Nugent abrazó á la señora Hubert con una amistad de hermana; luego los opulentos esposos volvieron á tomar el carruaje, y se alejaron con dirección al castillo.

Cuando hubieron desaparecido, Susana miró en torno suyo, y al ver á su familia tan unida, su marido satisfecho, sus viejos papadres llenos de alegría, sus hijos llenos de porvenir se dijo:

—Todos somos dichosos porque ni Raoul ni yo hemos salido de nuestra condición. ¡Gracias, Dios mío, por no haber permitido que yo fuese un instrumento de turbación, y haber hecho, por el contrario, que pueda traer alguna alegría á la familia que me ha adoptado!

Otra maestra ocupó el sitio de Susana en la escuela del pueblo; y aunque no tenía las sobresalientes dotes de aquella, guiada por los consejos de madama Hubert alcanzó á llenar su difícil cargo con acierto.

—No tengáis por insignificante vuestra tarea, amiga mía,—le decía Susana;—no hay posición que la virtud y el talento no puedan embellecer; vuestra misión, además, es grande y benéfica; sembrar el bien y ha-

cer fructificar la rica semilla de la religión en esas jóvenes almas es un trabajo noble y honroso, que Dios os recompensará, y que la sociedad aprecia ya y apreciará más cada día, si se llena con buen deseo é inteligencia.

FIN

ÍNDICE

El Tesoro de la Casa..... 5
Filipina..... 87
La Corona Nupcial..... 135
Modestia y Vanidad..... 277
La Maestra de Escuela..... 319

RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT 1862
202 Main Library

LOAN PERIOD 1 HOME USE	2	3
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
Renewals and Recharges may be made 4 days prior to the due date.
Books may be Renewed by calling 642-3405.

DUE AS STAMPED BELOW

MAY 31 REC'D

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, BERKELEY
BERKELEY, CA 94720

FORM NO. DD6

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003253100

339894

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY